



ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA;
SEGUIDO DE VARIOS
DISCURSOS

R

RALPH WALDO EMERSON


Ensayo sobre la naturaleza; seguido de varios discursos

Ralph Waldo Emerson

Nabu Public Domain Reprints:

You are holding a reproduction of an original work published before 1923 that is in the public domain in the United States of America, and possibly other countries. You may freely copy and distribute this work as no entity (individual or corporate) has a copyright on the body of the work. This book may contain prior copyright references, and library stamps (as most of these works were scanned from library copies). These have been scanned and retained as part of the historical artifact.

This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. that were either part of the original artifact, or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/isbn_9781171590965

ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA

ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

ENSAYO
SOBRE
LA NATURALEZA
SEGUIDO DE VARIOS DISCURSOS

DE
R. W. EMERSON

Traducción directa del inglés

POR
EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7.

ETON COUNTY LIBRARY
JACKSON, WYOMING

Asd to L. R.

ES PROPIEDAD

GIFT

f. 2 - 2

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

10 114

PS 1613
G65
1900
11410

INTRODUCCIÓN

Nuestro siglo es retrospectivo. Construye los sepulcros de sus antepasados. Escribe biografía, historia y crítica. Las anteriores generaciones miraron á Dios y á la Naturaleza frente á frente; nosotros miramos á través de sus ojos. ¿Por qué no hemos de poseer también un concepto original del Universo? ¿Por qué no hemos de tener una poesía y una filosofía de intuición, no de tradición, y una religión formada por revelación hecha á nosotros mismos y no por la historia de las suyas? Puestos por una temporada en comunicación con la Naturaleza, cuyos torrentes de vida fluyen á nuestro alrededor y nos invitan con las fuerzas que despliegan á obrar en proporción á la Naturaleza, ¿por qué hemos de tantear entre los descarnados huesos del pasado ó disfrazar á la generación viva con su marchito guardarropa? El sol brilla hoy también. Hay más lana y lino en los campos. Hay nuevas tierras, nuevos hombres, nuevas ideas. Atendamos á nuestros trabajos, á nuestras leyes y á nuestro culto.

Indudablemente no tenemos preguntas que hacer que sean irrespondibles. Debemos confiar en la perfección de todo lo creado de tal suerte, que creamos que cualquier

curiosidad que haya suscitado en nuestros espíritus el orden de cosas, puede satisfacerla este mismo orden de cosas. La condición de todo hombre es una solución en jeroglífico para las investigaciones que pueda hacer. Lo pone en práctica como vida antes de que lo comprenda como verdad. En cierto modo, la Naturaleza, en sus formas y tendencias, traza ya sus planes. Interroguemos á la gran aparición que refulge tan tranquilamente á nuestro alrededor. Investiguemos cuál es el fin de la Naturaleza.

Toda ciencia tiene una aspiración, á saber: descubrir una teoría de la Naturaleza. Tenemos teorías de razas y de funciones; pero apenas tenemos una remota aproximación á una idea de la creación. Estamos tan lejos del camino de la verdad, que los doctores religiosos disputan y se odian entre sí, y se considera á los hombres especulativos como superficiales y frívolos. Pero para el que forme un raciocinio más sólido, la verdad más abstracta es la más práctica. Siempre que aparece una teoría, ella misma será su evidencia. La prueba es que explicará todos los fenómenos. Créese ahora que muchos no sólo están por explicar, sino que son inexplicables: como el lenguaje, el sueño, el ensueño, las bestias, el sexo.

Filosóficamente considerado, el Universo está compuesto de la Naturaleza y del alma. Estrictamente hablando, por consiguiente, todo lo que está separado de nosotros, todo lo que la Filosofía distingue con el nombre de NO-YO, esto es, la Naturaleza y el Arte, todos los demás hombres y mi propio cuerpo, debe ser clasificado bajo este nombre: NATURALEZA. Al enumerar las cualidades de la Naturaleza y hacer el recuento, emplearé la palabra en ambos sentidos: en el común y en el filosófico. En investigaciones tan generales como éstas, el descuido no es material: no ocurrirá ninguna

confusión de ideas. *La Naturaleza*, en el sentido común, se refiere á las esencias que el hombre no puede cambiar: el espacio, el aire, el río, la hoja. *El Arte* se aplica á la mezcla de su voluntad con las mismas cosas: como en una casa, un canal, una estatua, un cuadro. Pero sus operaciones, tomadas en conjunto, son tan insignificantes (desmenuzar, cocer en horno, remendar y eujalbegar), que en una impresión tan grande como la del mundo del espíritu humano, no varían el resultado.

CAPÍTULO PRIMERO

NATURALEZA

Para entrar en soledad un hombre necesita tanto retirarse de su habitación como de la sociedad. Yo no soy solitario mientras leo y escribo, aunque nadie está conmigo. Pero si un hombre quiere estar solo, que mire á las estrellas. Los rayos que brotan de estos celestes mundos le separarán de las cosas vulgares. Cualquiera creería que se hizo la atmósfera transparente con objeto de dar al hombre, en los celestes cuerpos, la perpetua presencia de lo sublime. Vistos desde las calles de las ciudades, ¡cuán grandes son! Si las estrellas apareciesen una noche cada mil años, ¡cómo los hombres creerían y adorarían en ellas, y cómo conservarían por espacio de muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que se les había mostrado! Pero todas las noches salen estos predicadores de la belleza y alumbran el Universo con su sonrisa amonestadora.

Las estrellas excitan cierta reverencia, porque, aunque siempre presentes, son siempre inaccesibles; mas todos los objetos naturales producen una impresión análoga cuando el espíritu está dispuesto á recibir su influencia. La Naturaleza nunca ostenta apariencia mezquina. Ni el hombre más sabio descifra todo su secreto

y pierde su curiosidad al descubrir toda su perfección. La Naturaleza nunca llega á ser un juguete para los espíritus discretos. Las flores, los animales, las montañas, reflejaron toda la prudencia de sus mejores horas tanto como habían deleitado la sencillez de su infancia.

Cuando hablamos de la Naturaleza de este modo, tenemos en la mente un sentido distinto, pero más poético. Damos á entender la integridad de la impresión producida por múltiples objetos naturales. Esto es lo que distingue los nudos de un bastón del que tala un bosque del árbol del poeta. El encantador paisaje que vi esta mañana está indudablemente compuesto de unas veinte ó treinta fincas. Miller posee este campo, Locke aquél, y Manning el arbolado de más allá. Pero ninguno de ellos posee el paisaje. Hay en el horizonte una propiedad que ningún hombre posee, sino aquel cuyos ojos pueden integrar todas las partes; esto es, el poeta. Esta es la mejor parte de las fincas de estos hombres; y, no obstante, á esto no les dan derecho sus títulos territoriales.

Para hablar con verdad, pocas personas adultas pueden ver la Naturaleza. La mayoría de las personas no ven el sol. Al menos lo ven muy superficialmente. El sol sólo ilumina la vista del hombre, pero brilla en los ojos y el corazón del niño. El amante de la Naturaleza es aquel cuyos sentidos interiores y exteriores están ajustados uno á otro; el que ha conservado el espíritu de la infancia en la época de la edad madura. Su comunicación con los cielos y la tierra forma parte de su alimento diario. En presencia de la Naturaleza penetra al hombre un deleite violento, á pesar de las tristezas reales. La Naturaleza dice: «él es mi hijo, y, á pesar de sus impertinentes aflicciones, estará contento conmigo». Ni el sol ni el verano solo, sino cada hora y cada esta-

ción, rinden su tributo de deleite; porque cada hora y cada cambio implica y autoriza distinto estado de espíritu, desde la tarde ardiente hasta la obscura media noche. La Naturaleza es un coliseo donde igual se desempeña un juguete cómico que un drama. Disfrutando de buena salud, el aire es un cordial de increíble eficacia. Cruzando un terreno raso, con lodazales de nieve, al crepúsculo, bajo un cielo entoldado, sin pensar en ninguna cosa especial, he gozado de una perfecta alegría. Casi temo pensar en lo contento que estoy. En las selvas, un hombre se despoja de sus años como la culebra de su costra, y en cualquier período de la vida es siempre un niño. En las selvas hay juventud perpetua. Dentro de estas plantaciones de Dios reina el decoro y la santidad, se celebra un peregrino festival, y el huésped no se cansa de ellas en mil años. En las selvas volvemos á la razón y á la fe. Siento allí que nada puede ocurrirme en vida—ni desgracia ni calamidad—que no pueda reparar la Naturaleza. Estando sobre el terreno liso—con la cabeza bañada por el aire alegre y erguida hacia el infinito espacio,—todo vil egoísmo se desvanece, y me convierto en una transparente pupila. Lo veo todo. Las corrientes del Sér Universal circulan á través de mí; soy parte ó partícula de Dios. El nombre del amigo más íntimo suena entonces como cosa extraña é indiferente. Ser hermanos, ser conocidos, ser amos ó criados, es entonces una niñería y una molestia. Soy el amante de la belleza incalculable é inmortal. En la soledad encuentro algo más querido y connatural que en las calles ó pueblos. En el tranquilo paisaje, y especialmente en la línea lejana del horizonte, el hombre mira algo tan bello como su propia naturaleza.

El mayor deleite que los campos y bosques proporcionan es la indicación de ocultas relaciones entre el

hombre y los vegetales. No estoy solo ni desconocido. Ellos se inclinan hacia mí, y yo hacia ellos. El agitarse de las ramas con la tempestad es para mí nuevo y viejo. Me coge de sorpresa, y, sin embargo, no es desconocido. Su efecto es como el de un pensamiento más elevado, ó una emoción mejor, que viene sobre mí cuando yo imaginaba que estaba pensando noblemente ú obrando bien.

Sin embargo, es cierto que la facultad de producir este placer no reside en la Naturaleza, sino en el hombre ó en una armonía de ambos. Es necesario usar de estos placeres con gran templanza. Porque la Naturaleza no siempre está ataviada con arreos domingueros, sino que la misma escena que ayer exhalaba perfume y resplandecía como para una travesura de las ninfas, está hoy impregnada de melancolía. La Naturaleza siempre ostenta los colores del espíritu. Para un hombre que sufre una calamidad, el calor de su propio fuego le da tristeza. Luego, el que acaba de perder á un amigo querido siente una especie de desprecio por el paisaje. El cielo es menos grande cuando se despliega sobre el menos digno de la población.

CAPÍTULO II

COMODIDAD

Todo el que considere la causa final del mundo distinguirá una multitud de usos que entran como partes en el resultado. Todos ellos pueden clasificarse en una de las siguientes clases: Comodidad, Belleza, Lenguaje y Disciplina.

Bajo el nombre general de Comodidad incluyo todas esas ventajas que nuestros sentidos deben á la Naturaleza. Ésta, naturalmente, es un beneficio temporal y accesorio, no definitivo, como su servicio al alma. Sin embargo, aunque bajo, es perfecto en su género, y es el único empleo de la Naturaleza accesible á los hombres. La miseria del hombre parece petulancia pueril cuando exploramos la rápida y pródiga provisión que se ha creado para su sostén y deleite en esta verde bola que le balancea á través de los cielos. ¿Qué ángeles inventaron estos espléndidos ornamentos, estos ricos adornos, este océano de aire arriba, este océano de agua abajo, este firmamento de tierra entre ellos, este zodiaco de luces, este almacén de nubes, esta aglomeración de climas, esta repetición de años? Las bestias, el fuego, el agua,

las piedras y el trigo están á su servicio. El campo es á la vez su suelo, su taller, su patio, su jardín y su lecho.

More servants wait on man
thau he'll take notice of (1).

La Naturaleza, cuando sirve al hombre, no es sólo el material, sino el proceso y el resultado. Todas las partes trabajan incesantemente, unas en unión de otras, para el provecho del hombre. El viento siembra la semilla; el sol evapora el mar; el viento arrastra el vapor al campo; el hielo, por un extremo del planeta, condensa la lluvia en el extremo opuesto; la lluvia nutre á la planta; la planta nutre al animal; y así las interminables circulaciones de la Divina Caridad alimentan al hombre.

Las artes útiles no son más que reproducciones ó nuevas combinaciones, forjadas por el ingenio del hombre, de estos mismos bienhechores naturales. No espera brisas que le favorezcan, sino que, por medio del vapor, pone en práctica la fábula del odre de Eolo, y lleva en la marmita de su vapor los treinta y dos vientos. Para disminuir el miedo, empiedra el camino con barras de hierro; y montando en un coche con un cargamento de hombres, animales y mercancías detrás de él, atraviesa el país, de ciudad en ciudad, como un águila ó una golondrina por el aire. Por la unión de estos inventos, ¡cuánto ha cambiado la faz del mundo desde la época de Noé hasta la época de Napoleón! El pobre hombre privado tiene ciudades, buques, canales y puentes contruídos para él. Va á la estafeta, y la raza humana atiende con presteza á sus mensajes; va á la librería, y la raza humana lee y escribe todo lo que le sucede; va á a corte, y la nación cubre sus salarios. Construye su

(1) «El hombre está vigilado por más siervos de los que cree »

casa en el camino, y la raza humana trabaja todas las mañanas, y barre la nieve y abre un sendero para él.

Mas no hay necesidad de especificar detalles en esta clase de usos. El catálogo es interminable, y los ejemplos tan evidentes que los dejaré á la reflexión del lector, haciendo la observación general de que este beneficio mercenario produce un bien mayor. Un hombre es alimentado, no para que pueda alimentarse, sino para que pueda trabajar.

CAPÍTULO III

BELLEZA

Una necesidad más noble del hombre está satisfecha por la Naturaleza, á saber: el amor de la Belleza.

Los antiguos griegos llamaban al mundo *κοσμος*: belleza. Tal es la constitución de todas las cosas, ó tal es el poder plástico del ojo humano, que las formas primarias, como el cielo, la montaña, el árbol, el animal, nos dan placer *en y por sí mismos*: placer derivado de la línea, del color, del movimiento y de la agrupación. Esto parece debido en parte al ojo mismo. El ojo es el mejor de los artistas. Por la acción recíproca de su estructura y de las leyes de la luz, se produce la perspectiva, que integra toda masa de objetos, de cualquier carácter que sean, en un globo de luces y sombras, de suerte que, cuando los objetos particulares son mezquinos é insípidos, el paisaje que componen es redondo y simétrico. Y como el ojo es el mejor compositor, así la luz es el primero de los pintores. No hay objeto tan frío que la luz intensa no haga más bello. Y el estímulo que proporciona á los sentidos y una especie de infinidad que tiene, como el espacio y el tiempo, lo hacen todo alegre. Hasta el cadáver tiene su belleza. Pero, además de esta gracia general, difundida sobre la Naturaleza, casi todas las formas individuales

son agradables á los ojos, como está probado por nuestras inacabables imitaciones de algunas de ellas, por ejemplo: la bellota, la uva, el pino, el trigoero, el huevo, las alas y formas de los pájaros, las garras del león, la serpiente, las conchas, las llamas, las nubes, los brotes, las hojas y las formas de muchos árboles, como la palmera.

Para mejor consideración, podemos distribuir los aspectos de la Belleza en tres partes:

1. La simple percepción de las formas naturales es un placer. La influencia de las formas y acciones en la Naturaleza es tan necesaria al hombre, que, en sus funciones inferiores, parece estar en los confines de la comodidad y de la belleza. Para el cuerpo y el espíritu que han sido abrumados por el trabajo ó la compañía nocivos, la Naturaleza es medicinal y le restaura en su primitivo sér. El comerciante, el notario, sale del ruido y tráfago de la ciudad y ve el cielo y los bosques, y es hombre de nuevo. En su eterna calma, se encuentra á sí mismo. La salud de la vista parece pedir un horizonte. Nunca nos cansamos, mientras podemos ver bastante.

Pero en otras horas, la Naturaleza satisface al alma puramente por su hermosura y sin ninguna mezcla de provecho corporal. He visto el espectáculo de la mañana desde la cumbre de la montaña que está frente á mi casa, desde el alba hasta la salida del sol, con emociones que un ángel pudiera participar. Las largas barras delgadas de las nubes flotan como peces en el mar de la luz carmesí. Desde la tierra, como una costa, contemplaba yo el silencioso mar. Parecía que yo participaba de sus rápidas transformaciones: el activo encanto penetra en mí, obra del polvo, y me dilato y conspiro con el viento de la mañana. ¡Cómo nos deifica la Naturaleza con unos pocos elementos insignificantes! Dadme salud y un día, y

desplegaré la pompa de los emperadores ridículos. El
✓ alba es mi Asiria; la puesta del sol y la salida de la luna,
• mi Pafos y los reinos inconcebibles de hadas; la larga
tarde será mi Inglaterra de los sentidos y del entendi-
miento; la noche será mi Alemania de la filosofía místi-
ca y de los sueños.

No menos excelente, á no ser por nuestra menor
sensibilidad durante las horas vespertinas, fué el encanto
de un crepúsculo de Enero, la tarde pasada. Las nubes
del occidente se dividieron y subdividieron en flecos de
color de rosa, mezclados con tintes de inefable dulzura,
y el aire tenía tanta vida y suavidad que daba pena en-
cerrarse en casa. ¿Qué era lo que la Naturaleza quería
decir? ¿No había significado oculto en el reposo vivo del
valle que está detrás del molino; significado que Homero
ó Shakespeare no podrían reformar para mí en pala-
bras? Los árboles deshojados se convierten en obeliscos
de llamas al crepúsculo, con el azul oriente por fondo, y
las estrellas de los muertos cálices de las flores y todos
los troncos marchitos y todos los rastrojos apilados con-
tribuyen á la muda música.

Los habitantes de las ciudades suponen que el paisaje
del campo sólo es agradable la mitad del año. Yo, por el
contrario, me recreo en observar las gracias de la decora-
ción de invierno, y creo que tanto nos entusiasma ésta
como la del verano. Para el ojo atento, cada instante del
año tiene su propia belleza, y en el mismo campo mira,
- cada hora, un cuadro que nunca había visto antes y que
nunca verá después. El cielo cambia á cada momento y
refleja su gloria ó su tristeza sobre las llanuras que están
debajo. El estado de la cosecha en las fincas de alrededor
altera la expresión del terreno de semana en semana.
La sucesión de las plantas en los pastos y en las orillas
del camino, que forman el silencioso reloj por medio del

cual dice el tiempo las horas del verano, harán las divisiones del día sensibles á un penetrante observador. Las bandadas de pájaros é insectos, como las plantas, puntuales á su tiempo, síguense unas á otras, y el año tiene espacio para todas. En las corrientes de agua la variedad es mayor. En Julio, la azul hierba brota en grandes capas sobre las márgenes de nuestro agradable río, y multiplica las amarillas mariposas en continuo movimiento. El arte no puede rivalizar con esta pompa de púrpura y oro. El río está perpetuamente de gala y cada mes se vanagloria de un nuevo ornamento.

Pero esta hermosura de la Naturaleza que se ve y se siente como hermosura es la menor parte. Los vislumbres del día, el rocío de la mañana, la lluvia, las montañas, los huertos en flor, las estrellas, la luz de la luna, las sombras en el agua tranquila, y otras cosas semejantes, si se ansían demasiado, se convierten en espectáculos y nos burlan con su irrealidad. Salid de casa á ver la luna, y os parecerá puro oropel; no os agradará cuando su luz ilumina vuestro paseo ordinario. La belleza que resplandece en las tardes amarillas de Octubre, ¿quién jamás la percibirá? Salid á descubrirla, y se desvanece: sólo es un espejismo cuando la contempláis desde las ventanas de la diligencia.

2. La presencia de un elemento más elevado, á saber, del elemento espiritual, es esencial á su perfección. La belleza elevada y divina que puede amarse sin afeminamiento es la que se encuentra en combinación con la voluntad humana y nunca separada. La belleza es el sello que Dios pone á la virtud. Toda acción natural es graciosa. Todo acto heroico es también decente y hace que resplandezcan el lugar y los espectadores. Las grandes acciones nos enseñan que el Universo es propiedad de todos los individuos que lo habitan. Toda criatura

racional está en aptitud de poseer un dote y una finca. Es suya si quiere. Puede desprenderse de ella; puede encogerse en un rincón y abdicar de su reino, como hace la mayoría de los hombres; pero tiene derecho al mundo en virtud de su constitución. En proporción á la energía de su pensamiento y voluntad, se apodera del mundo. «Todas estas cosas por que los hombres aran, construyen ó navegan, obedecen á la virtud», decía un historiador antiguo. «Los vientos y las olas, dice Gibbon, están siempre de parte de los más hábiles navegadores». Así el sol, la luna y todas las estrellas de los cielos. Cuando se lleva á cabo una acción noble, por ventura en un paisaje de gran belleza natural; cuando Leonidas y sus trescientos mártires consumen un día muriendo y el sol y la luna vienen y los miran en el estrecho desfiladero de las Termópilas; cuando Arnolfo Winkelreid, en los altos Alpes, bajo la sombra de la avalancha, agrupa á su lado una gavilla de lanzas austriacas para romper la línea de sus camaradas, ¿no son estos héroes acreedores á aumentar la belleza del paisaje á la belleza de la acción? Cuando el bote de Colón se aproxima á la costa de América, á la ribera ocupada antes de él por salvajes, saliendo de todas sus chozas de caña; con el mar detrás, y las montañas de púrpura del Archipiélago Indio alrededor, ¿podemos separar el nombre del cuadro vivo? ¿No reviste el Nuevo Mundo su forma con sus bosques de palmeras y sábanas de bordado caprichoso? Siempre la belleza natural se despliega en la atmósfera apropiada y envuelve grandes acciones. Cuando Sir Harry Vane fué arrastrado á la Torre, sentado en un trineo, para sufrir la muerte, como campeón de las leyes inglesas, uno de la multitud le gritó: «Nunca os sentasteis en sitial tan glorioso». Carlos II, para intimidar á los ciudadanos de Londres, hizo que el patriota Lord Russel fuese arrastrado en un coche

abierto, por las principales calles de la ciudad, hasta llegar al patíbulo. «Pero—para emplear el sencillo método narrativo de su biógrafo—la multitud imaginó que veía la libertad y la virtud sentándose á su lado». En los lugares privados, entre objetos sórdidos, un acto de verdad ó de heroísmo parece representarse el cielo como su templo y el sol como su lámpara. La Naturaleza extiende sus brazos para abrazar al hombre, cuando sus pensamientos son de igual grandeza. Sigue con gusto sus pasos con el rosa y el violeta, y ajusta sus líneas de grandeza y gracia á la decoración de su niño mimado. Sólo que sus pensamientos han de tener un objeto igual y la trama debe ajustarse al cuadro. Un hombre virtuoso está en unísono con sus obras y forma la figura central de la esfera visible. Homero, Píndaro, Sócrates, Foción, se asocian caprichosamente en nuestra memoria con toda la geografía y el clima de Grecia. Los cielos visibles y la tierra simpatizan con Jesús. Y en la vida común, todo el que ha visto á una persona de carácter enérgico y genio agradable, habrá notado cuán fácilmente toma todas las cosas consigo, las personas, las opiniones y el día; y la Naturaleza se hace sierva de un hombre.

3. Hay todavía otro aspecto bajo el cual puede verse la belleza del mundo, á saber: cuando se hace objeto del entendimiento. Además de la relación de las cosas con la virtud, tienen relación con el pensamiento. El entendimiento escudriña el orden absoluto de las cosas tal como están en el espíritu de Dios y sin los colores del afecto. Las facultades intelectuales y activas parecen sucederse unas á otras en el hombre, y la actividad exclusiva de una engendra la actividad exclusiva de otra. Hay algo enemigo en cada una respecto de la otra; pero, de igual modo que los períodos alternos de la nutrición y el trabajo en los animales, cada una prepara á la otra y será segui-

da infaliblemente por ella. Por eso la belleza, que, en relación á las acciones, viene, como hemos visto, sin buscarla, y viene porque no se busca, permanece inmóvil para la percepción y pesquisa de la inteligencia; y luego otra vez, por su turno, del poder activo. Nada divino muere. Todo bien es eternamente reproductivo. La belleza de la Naturaleza se reforma en el espíritu, y no por estéril contemplación, sino por nueva creación.

Todos los hombres se sienten en algún grado impresionados por la faz del mundo. Algunos hasta se deleitan en ella. Este amor á la belleza es el gusto. Otros sienten el mismo amor con tal exceso que, no contentos con admirar, tratan de encerrarla en nuevas formas. La creación de la belleza es el Arte. La producción de una obra de arte arroja una luz sobre el misterio de la humanidad. Una obra de arte es un extracto ó epítome del mundo. Es el resultado ó expresión de la Naturaleza, en miniatura. Porque aunque las obras de arte son innumerables y todas distintas, el resultado ó expresión de todas ellas es semejante y simple. La Naturaleza es un mar de formas radicalmente iguales y hasta únicas. Una hoja, un rayo de sol, un paisaje, el Océano, producen una impresión análoga sobre el espíritu. Lo que es común á todos ellos, esa perfección y armonía, es la belleza. Por eso el tipo de belleza es el circuito completo de las formas naturales, la totalidad de la Naturaleza, que los italianos expresaban definiendo la belleza *il piu nell'uno*. Nada es bello solo; nada es bello más que en conjunto. Un solo objeto es tan bello como indica esta gracia universal. El poeta, el pintor, el escultor, el músico, el arquitecto, tratan cada uno de concentrar esta radiación del mundo en un punto, y cada uno en su obra satisface el amor de la belleza que le estimula á producir. Así, pues, el Arte es la Naturaleza pasada á través del

alambique del hombre. Así en el Arte, la Naturaleza trabaja por medio de la voluntad de un hombre repleto con la belleza de sus primeras obras.

El mundo existe así para que el alma satisfaga el deseo de belleza. Extended este elemento á su extremo, y lo llamaré un fin definitivo. No puede pedirse ó darse la razón de por qué el alma busca la belleza. La belleza, en su sentido más amplio y profundo, es una expresión para el Universo. Dios es el *omnbello* (1). La verdad, la bondad y la belleza no son más que fases diferentes del mismo Todo. Pero la belleza en la Naturaleza no es definitiva. Es el heraldo de la belleza íntima y eterna, y no sólo de un bien sólido y satisfactorio. Debe, por consiguiente, considerarse como una parte y no como la última ó más elevada expresión de la causa final de la Naturaleza.

(1) Permítaseme este forzado neologismo, á falta de otra palabra para expresar en castellano la idea del que posee toda la belleza.—*N del T*

CAPÍTULO IV

LENGUAJE

El tercer empleo que la Naturaleza proporciona al hombre es el del *Lenguaje*. La Naturaleza es el vehículo del pensamiento y en un grado simple, doble y triple:

1. Las palabras son signos de los hechos naturales.
2. Los hechos particulares naturales son símbolos de los hechos particulares individuales.
3. La Naturaleza es el símbolo del espíritu.

1. Las palabras son signos de los hechos naturales. El objeto de la historia natural es ayudarnos á comprender la historia sobrenatural. El objeto de la creación exterior es darnos lenguaje para los seres y cambios de la creación interior. Toda palabra que se emplea para expresar un hecho moral ó intelectual, si se ahonda en su raíz, se observa que se tomó de alguna apariencia material. *Right* (1) originariamente significa *straight* (2); *wrong* (3) significa *twisted* (4); *spirit* (5)

(1) Se conservan los nombres ingleses porque en castellano no coinciden estas derivaciones. *Right* significa *recto*.—*N. del T.*

(2) *Estrecho*.

(3) *Falso*.

(4) *Torcido*.

(5) *Espíritu*.

primariamente significa *wind* (1); *transgression* (2) significa cruzar una línea; *supercilious* (3), significa *el arrugar las cejas* (4). Decimos *el corazón*, para expresar la emoción; *el cerebro*, para denotar el pensamiento; y *el pensamiento* y la *emoción* son, á su vez, palabras tomadas de cosas sensibles y ahora apropiadas á la naturaleza espiritual. La mayoría de los procesos por los cuales se realiza esta transformación está oculta para nosotros por la remota época en que el lenguaje se formó; pero la misma tendencia puede observarse diariamente en los niños. Los niños y los salvajes sólo emplean nombres de cosas que continuamente convierten en verbos y aplican á actos mentales análogos.

2. Pero este origen de las palabras que contienen un significado espiritual (hecho tan conspicuo en la historia del lenguaje) es nuestra menor deuda á la Naturaleza. No hay sólo palabras que son emblemáticas: hay cosas que son emblemáticas. Todo hecho natural es símbolo de algún hecho espiritual. Toda apariencia en la Naturaleza corresponde á algún estado del espíritu; y ese estado de espíritu sólo puede describirse presentando esa apariencia natural como su imagen. Un hombre furioso es un león; un hombre astuto es un tigre; un hombre firme es una roca; un hombre instruído es una antorcha. Un cordero es la inocencia; una culebra es el sutil despecho; las flores expresan para nosotros las funciones delicadas. La luz y la obscuridad son nuestras expresiones familiares refiriéndonos á la ciencia y á la ignorancia; y refiriéndonos al amor, el calor. La distancia visible, de-

(1) *Viento*.

(2) *Transgresión*.

(3) *Altivo, arrogante, imperioso*.

(4) Del latín, *supercilium*, ii. el ceño, de donde *supercilious* viene á ser lo que en castellano *ceñudo*.—*N. del T.*

trás y delante de nosotros, es, respectivamente, nuestra imagen de la memoria y de la esperanza.

¿Quién contempla un río, en una hora de meditación, y no recuerda el flujo de todas las cosas? Arrojad una piedra á un arroyo, y los círculos que se forman son el más hermoso tipo de todas las influencias. El hombre es consciente de un alma universal, dentro ó detrás de su vida individual, donde, como en un firmamento, las naturalezas de la Justicia, la Verdad, el Amor, la Libertad, salen y brillan. Este alma universal la llaman Razón; no es mía, ni tuya, ni suya, sino que nosotros somos suyos: son su propiedad y hombres. Y el cielo azul, en que está enterrada la tierra privada; el cielo, con su calma eterna y lleno de universos eternos, es el tipo de la razón. Lo que intelectualmente considerado llamamos Razón, considerado en relación con la Naturaleza lo llamamos espíritu. El espíritu es el creador. El espíritu tiene vida en sí mismo. Y el hombre, en todos los siglos y países, lo incorpora en su lenguaje como el *Padre*.

Fácilmente se ve que no hay nada propicio ó caprichoso en estas analogías, sino que son constantes y penetran la Naturaleza. Estos no son los sueños de algunos poetas de aquí y de allá, sino que el hombre es un analogista y estudia las relaciones de todos los objetos. Está colocado en el centro de los seres, y un rayo de relación pasa á él desde cualquier otro sér. Y ni el hombre puede comprenderse sin estos objetos, ni estos objetos sin el hombre. Todos los hechos de la historia natural, tomados en sí mismos, no tienen valor, sino que son estériles como un solo sexo. Pero asociadlos á la historia humana, y están llenos de vida. Toda la flora, todos los volúmenes de Linneo y de Buffon, no son más que áridos catálogos de hechos; pero los más triviales de estos hechos, el hábito de una planta, los órganos, el trabajo ó el ruido de

un insecto, aplicados á la ilustración de un hecho en la filosofía intelectual ó de cualquier manera asociados á la naturaleza humana, nos afectan de la manera más viva y agradable. La semilla de una planta, cuyas analogías con la naturaleza del hombre consisten en el poco uso que se hace de ella, existe en todo discurso, hasta la voz de Pablo, que llama al cadáver humano una semilla: «Se muestra un cuerpo natural; ha surgido un cuerpo espiritual». El movimiento de la tierra alrededor de su eje y alrededor del sol, forma el día y el año. Estos son ciertas sumas de luz y calor en bruto. Pero ¿no se intenta hacer una analogía entre la vida del hombre y las estaciones? ¿Y ganan las estaciones en grandeza ni sublimidad patética con esa analogía? Los instintos de la hormiga son muy importantes considerados como de la hormiga, pero desde el momento en que se ve que un rayo de la relación se extiende de ella al hombre, y se ve que el ganapán es un instructor—un cuerpo con un corazón robusto,—entonces todos sus hábitos, aun los que se dicen que se observan más recientemente, los que nunca reposan, se hacen sublimes.

A causa de esta radical correspondencia entre las cosas visibles y los pensamientos humanos, los salvajes, que sólo poseen lo que es necesario, conversan por figuras. A medida que avanzamos en la historia, el lenguaje se hace más pintoresco, hasta llegar á su infancia, cuando todo es poesía, ó en que todos los hechos espirituales están representados por símbolos naturales. Los mismos símbolos se encuentran en la formación de los elementos primitivos de todos los idiomas. Por otra parte, se ha observado que todos los idiomas se asemejan unos á otros en los pasajes de mayor elocuencia y fuerza. Y lo que ocurre con el lenguaje primitivo, ocurre con el lenguaje perfeccionado. Esta inmediata depen-

dencia del lenguaje respecto de la Naturaleza, esta conversión de un fenómeno exterior en un tipo de algo perteneciente á la vida humana, nunca pierde su facultad de afectarnos. Esto es lo que da ese sabor picante á la conversación de un labrador de robusta naturaleza ó de un cazador, sabor de que todos los hombres gustan.

Así la Naturaleza es un intérprete, por cuyo medio conversa el hombre con sus semejantes. El poder de un hombre para relacionar su pensamiento con su propio símbolo y emplearle así, depende de la sencillez de su carácter; esto es, de su amor á la verdad y su deseo de comunicarla íntegra. La corrupción del hombre va seguida de la corrupción del lenguaje. Cuando la sencillez de carácter y la soberanía de las ideas se destruyen por el predominio de los deseos secundarios: el deseo de riqueza, el deseo de placer, el deseo de poder, el deseo de gloria; y la doblez y la falsedad ocupan el puesto de la sencillez y de la verdad, el poder sobre la Naturaleza, como intérprete de la voluntad, se pierde en último grado; la nueva imagen cesa de crearse, y las antiguas palabras se pervierten al tomarlas por cosas que no son; el papel en moneda se emplea cuando no hay oro en tejos dentro de los desvanes. A su debido tiempo se manifiesta el fraude, y las palabras pierden todo su poder de estimular el entendimiento ó los afectos. Pueden encontrarse centenares de escritores en toda nación civilizada, que por un corto tiempo creen y hacen á otros creer que ven y enuncian las verdades, que no visten por sí mismos un pensamiento en su traje natural, sino que se ahmentan conscientemente del lenguaje creado por los principales escritores del país, á saber: los que primitivamente se apoyan en la Naturaleza.

Pero los hombres discretos destruyen esta dicción corrompida y asocian de nuevo las palabras á las cosas

visibles; de suerte que el lenguaje pintoresco es un certificado de que quien lo emplea es un hombre en alianza con la verdad y con Dios. Desde el momento en que nuestro discurso traspasa la línea de los hechos familiares y está inflamado por la posición ó exaltado por el pensamiento, se viste de imágenes. Un hombre que conversa con viveza, si escudriña sus procesos intelectuales, descubrirá que siempre surge en su espíritu una imagen material, más ó menos luminosa, á la vez que cualquier pensamiento; y esa imagen viene á ser el traje del pensamiento. De aquí que los buenos escritos y los brillantes discursos sean perpetuas alegorías. Esta imagen es espontánea. Es la mezcla de la experiencia con la acción actual del espíritu. Es la creación propia. Es la operación de la causa primitiva sobre los instrumentos que ya hizo.

Estos hechos pueden indicar la ventaja que la vida de campo posee para un espíritu enérgico sobre la vida artificial y restringida de las ciudades. Sabemos por la Naturaleza más de lo que podemos comunicar á capricho. Su luz penetra en el espíritu siempre y olvidamos su presencia. El poeta, el orador educado en los bosques, cuyos sentidos fueron alimentados por sus bellos y apacibles cambios, año por año, sin objeto y sin cuidado, no olvidará del todo la lección, en el bullicio de las ciudades ó en el tráfago de la política. Mucho después, en medio de la agitación de los consejos nacionales, á la hora de la revolución, estas solemnes imágenes reaparecerán en su esplendor matinal, como símbolos y expresiones de los pensamientos que los acontecimientos ocurridos despiertan. Á la llamada de este noble sentimiento, de nuevo los bosques se agitan, los pinos murmuran, el río corre y brilla, y el ganado baja de las montañas, tal como él los vió y oyó en su infancia. Y con estas for-

mas, se ponen en sus manos los encantos de la persuasión, las llaves del poder.

3. Así estamos ayudados por los objetos naturales en la expresión de los significados particulares. Pero ¿qué gran lenguaje se necesita para comunicar estas informaciones de bagatelas! ¿Necesitaron razas tan nobles de criaturas esta profusión de formas, esta multitud de universos en los cielos, para dar al hombre el diccionario y la gramática de su municipal lenguaje? Mientras empleemos esta gran cifra para arreglar los asuntos de nuestra olla y nuestro caldero, comprendemos que no lo hemos puesto á su uso, ni somos capaces. Somos como viajeros que se sirven de las cenizas de un volcán para tostar huevos. Mientras vemos que siempre está dispuesto á disfrazar lo que queremos decir, no podemos esquivar la cuestión de si los caracteres significan ó no lo que deben significar. ¿No tienen las montañas, las olas y los cielos otro significado que el que le damos conscientemente cuando los empleamos como emblemas de nuestros pensamientos? El mundo es emblemático. Las partes del discurso son metáforas, porque toda la Naturaleza es una metáfora del espíritu humano. Las leyes de la Naturaleza moral responden á las de la materia, como el rostro al rostro en un espejo. «El mundo visible y la relación de sus partes es el cuadrante del invisible». Dos axiomas de la física traducen las leyes de la ética. Así, por ejemplo: «El todo es mayor que su parte»; «la reacción es igual á la acción»; «el peso menor puede levantar al mayor, estando la diferencia de peso compensada por el tiempo»; y muchas proposiciones semejantes, que tienen un sentido ético tanto como físico. Estas proposiciones tienen un sentido mucho más extenso y universal cuando se aplica á la vida humana que cuando se limita al uso técnico.

En cierto modo, las frases memorables de la historia y los proverbios de las naciones consisten generalmente en un hecho natural recogido como un cuadro ó una parábola de una verdad moral. Así, por ejemplo: una piedra que rueda no coge musgo; un pájaro en la mano vale más que dos en la maleza; un paralítico, yendo por el camino recto, vencerá á un caballo de carrera por el torcido; apilar heno mientras el sol quema es mucho más duro que llenar una copa; el vinagre es el hijo del vino; la última onza parte la espalda del camello; los árboles de mucha vida echan primero raíces; y así sucesivamente. En su primario sentido éstos son hechos triviales, pero los repetimos por el valor de su sentido analógico. Lo que es cierto de los proverbios, es cierto de todas las fábulas, parábolas y alegorías.

Esta relación entre el espíritu y la materia no es imaginada por un poeta, sino que está en la voluntad de Dios, y así pueden conocerla todos los hombres. Aparece á los hombres ó no aparece. Cuando en las horas dichas ponderamos este milagro, el hombre sabio duda, sí, en toda otra ocasión, no es ciego y sordo,

Can these things be,
and overcome us like a summer's cloud,
without our special wonder? (1),

porque el Universo se hace transparente, y la luz de leyes más elevadas que las suyas brilla á través de él. Este es el problema en pie que ha producido el milagro y el estudio de todos los genios sublimes desde que comenzó el mundo, desde la era de los egipcios y brahmanes, hasta la de Pitágoras, de Platón, de Bacón, de Leibnitz y de Swedenborg. Allí se sienta la Esfinge á orillas del ca-

(1) «¿Pueden ocurrir estas cosas y abrumarnos, como una nube de verano, sin nuestra sorpresa especial?»

mino; y de siglo en siglo, cuando viene cada profeta, prueba su fortuna descifrando su enigma. Parece sentir el espíritu una necesidad de manifestarse en formas materiales; y el día y la noche, el río y la tempestad, la bestia y el pájaro, el ácido y el azúcar, preexisten en las Ideas necesarias del espíritu de Dios, y son lo que son en virtud de las anteriores afecciones en el mundo del espíritu. Un hecho es el fin ó el último resultado del espíritu. La creación visible es el término de la circunferencia del mundo invisible. «Los objetos materiales, decía un filósofo francés, son necesariamente como una especie de *escorias* de las ideas substanciales del Creador, que siempre deben conservar una relación exacta con su primer origen; en otros términos, la Naturaleza visible debe tener un aspecto espiritual y moral».

Esta doctrina es abstrusa, y aunque las imágenes de «traje», «escorias», «espejo», etc., pueden estimular la fantasía, debemos reclamar la ayuda de expositores más sutiles y más vitales para hacerla clara. «Toda escritura ha de interpretarse por el mismo espíritu que la dió»: es la ley fundamental de la crítica. Una vida en armonía con la Naturaleza, con el amor de la verdad y de la virtud, purificará los ojos para comprender el texto. Por grados podemos llegar á conocer el sentido primitivo de los objetos permanentes de la Naturaleza, de suerte que el mundo será para nosotros un libro abierto, y toda forma dará indicios de su vida oculta y de su causa final.

Un nuevo interés nos sorprende, mientras que, bajo la opinión ahora indicada, contemplamos la espantosa grandeza y multitud de objetos, supuesto que «todo objeto rectamente visto, descubre una nueva facultad del alma». Lo que era verdad inconsciente, llega á ser, cuando se interpreta y se define en un objeto, una parte del dominio de la ciencia, una nueva remesa para el almacén de fuerza.

CAPÍTULO V

DISCIPLINA

Fijándonos en esta significación de la Naturaleza, llegamos de una vez á un nuevo hecho: que la Naturaleza es una disciplina. Este uso del mundo incluye los anteriores usos como partes suyas.

El espacio, el tiempo, la sociedad, el trabajo, el clima, el alimento, la locomoción, los animales, las fuerzas mecánicas, dannos día por día sinceras lecciones, cuya significación es ilimitada. Etlucan el entendimiento y la razón. Toda propiedad de la materia es una escuela para el entendimiento: su solidez ó resistencia, su inercia, su extensión, su figura, su divisibilidad. El entendimiento añade, divide, combina, mide, y encuentra eterna alimentación y espacio para su actividad en este digno escenario. Entretanto, la Razón transfiere todas estas lecciones á su mundo peculiar de pensamientos, percibiendo la analogía que asocia á la materia y al espíritu.

1. La Naturaleza es una disciplina del entendimiento en verdades intelectuales. Nuestra comunicación con los objetos sensibles es un ejercicio constante en las lecciones necesarias de la diferencia, de la semejanza, del orden, del ser y del parecer, del arreglo progre-

sivo, del ascender de lo particular á lo general, de la combinación de múltiples fuerzas en un fin. Proporcionado á la importancia del órgano que va á formarse, es el extremo cuidado con que se provee á su disciplina, cuidado que no se omite en ningún caso. El tedioso ejercicio, día por día, año por año, para formar el sentido común; la continua reproducción de incomodidades, inconveniencias, dilemas; el regocijo que por nosotros sienten algunos hombres; la disputa de premios, los cálculos de interés, y todo lo que forme la médula del espíritu, nos enseñan que «los buenos pensamientos no son mejores que los buenos sueños, si no se ponen en obra».

La Propiedad cumple el mismo buen oficio con sus sistemas filiales de deuda y crédito. La deuda oprimiendo á la deuda, cuya faz de bronce amedrenta y causa repulsión á la viuda, al huérfano y al hijo del genio; la deuda, que consume tanto tiempo, que tanto estropea y desalienta á un gran espíritu con cuidados que parecen tan bajos, es un preceptor cuyas lecciones no pueden olvidarse y que más necesitan los que más sufren con él. Por otra parte, la Propiedad, que se ha comparado con razón á la nieve, «si hoy cae abajo, mañana caerá en torbellinos»; es únicamente la acción de superficie de la maquinaria interna, como el horario en la esfera de un reloj. Mientras que ahora es la gimnástica del entendimiento, está recogida en la intuición del espíritu, en la experiencia de las leyes profundas.

Todo el carácter y fortuna del individuo está afectado por las menores desigualdades en la cultura del entendimiento; por ejemplo, en la percepción de las diferencias. Por eso en el Espacio y el Tiempo, el hombre puede saber que las cosas no están confundidas ni amontonadas, sino que están divididas y son individuales.

Una campana y un arado tienen cada uno su uso particular, y ninguno puede hacer el oficio del otro. El agua es buena para beber, el carbón para encender, la lana para vestir; pero la lana no puede beberse, ni el agua hilarse, ni el carbón comerse. El hombre sabio muestra su sabiduría en la separación, en la gradación; y su escala de criaturas y de méritos es tan vasta como la Naturaleza. El necio no tiene categoría en su escala; pero suponed que todo hombre es como cualquier otro hombre. Lo que no es bueno, lo llaman digno; y lo que no es odioso, lo llaman mejor.

En cierto modo, ¡qué buen cuidado forma la Naturaleza en nosotros! No perdona equivocaciones. Su sí es sí; y su no, no. Los primeros pasos en la Agricultura, la Astronomía, la Zoología (los primeros pasos que dan el agricultor, el cazador y el marinero), enseñan que la Naturaleza siempre gana á los dados; que en sus perlas y rubíes se concilian útiles y seguros resultados. ¡Cuán tranquila y genialmente percibe el espíritu, una después de otra, las leyes de la Física! ¡Qué noble emoción dilata al mortal cuando entra en los consejos de la creación y comprende por intuición el privilegio de SER! Su intuición le refina. La hermosura de la Naturaleza brilla en su propio seno. El hombre es mayor cuanto mejor puede ver esto, y el Universo menor, porque las relaciones del Tiempo y del Espacio se desvanecen cuando se conocen las leyes. Aquí nos sentimos de nuevo fascinados é intimidados por el inmenso Universo que ha de explorarse. «Lo que sabemos es un grado para lo que no sabemos.» Abrid cualquier reciente revista científica y examinad los problemas referentes á la Luz, el Calor, la Electricidad, el Magnetismo, la Fisiología, la Geología, y juzgad si el interés de la ciencia natural está expuesto á agotarse.

Pasando por alto muchos particulares de la disciplina de la Naturaleza, no debemos dejar de especificar dos. El ejercicio de la voluntad ó la lección del poder se enseña en todos los casos. Desde que el niño va poseyendo sucesivamente sus varios sentidos, hasta la hora en que dice: «¡Hágase tu voluntad!», está aprendiendo el secreto de que puede reducir á capricho no sólo hechos particulares, sino conglomeraciones de hechos, y hasta toda la serie, y conformar así todos estos hechos á su carácter. La Naturaleza es completamente medianera; está hecha para servir. Recibe el dominio del hombre tan dulcemente como el asno en que el Salvador cabalgó. Ofrece todos sus reinos al hombre como material en bruto, que puede moldear y convertir en lo que es útil. El hombre nunca se cansa de trabajarlo. Forja el aire sutil y delicado en doctas y melodiosas palabras, y les da alas como ángeles de persuasión y mando. Con cada idea, su reino va extendiéndose más y más, hasta que el mundo se convierte al fin sólo en una voluntad realizada: en el reflejo del hombre.

2. Los objetos sensibles se conforman á las amonestaciones de la Razón y reflejan la conciencia. Todas las cosas son morales, y en sus interminables cambios tienen una relación incesante con la Naturaleza espiritual. Por eso es la Naturaleza gloriosa en forma, color y movimiento, como todos los orbes en los cielos más remotos; todos los cambios químicos, desde el más rudo cristal hasta las leyes de la vida; todos los cambios de vegetación, desde el primer principio del desarrollo de una hoja hasta el bosque del trópico y la mina de carbón; toda función animal, desde la esponja hasta Hércules, indicará ó fulminará al hombre las leyes de lo recto y lo injusto y repetirá los Diez Mandamientos. Por eso es siempre la Naturaleza aliada de la religión: aplica todas sus

pompas y riquezas al sentimiento religioso. El profeta y el sacerdote, David, Isaías, Jesús, han ahondado en este manantial.

Este carácter ético penetra el tuétano y la médula de la Naturaleza de tal manera, que parece ser el fin para que fué creada. Todo objeto privado corresponde á cualquier miembro ó parte; ésta es su función universal y pública, y nunca se omite. Nada en la Naturaleza se agota en su primer uso. Cuando una cosa ha servido á un fin, es completamente nueva para un servicio ulterior. En Dios todo fin se convierte en un nuevo medio. Así el uso de la comodidad, considerado en sí mismo, es vil é insignificante. Pero hay para el espíritu una gran educación en la doctrina del uso, á saber: que una cosa sólo es buena en cuanto que sirve; que una conspiración de partes y efectos para producir un fin es esencial á cualquier ser. La primera y más grave manifestación de su verdad es nuestra inevitable y odiada disciplina en valores y necesidades, en trigo y carne.

Ya se ha explicado, al tratar del significado de las cosas materiales, que todo proceso natural no es más que una traducción de una sentencia moral. La ley moral reposa en el centro de la Naturaleza y radia hasta la circunferencia. Es el meollo y la médula de toda substancia, de toda relación y de todo proceso. Todas las cosas con que nos comunicamos nos predicán. ¿Qué es una finca más que un evangelio mudo? La paja y el trigo, las hierbas y las plantas, el tizón, la lluvia, los insectos, el sol, son sagrados emblemas, desde el primer surco del manantial hasta la última pila que la nieve del invierno amontona en los campos. Pero el marinero, el pastor, el minero, el comerciante, en sus varios resultados, tienen cada cual una experiencia exactamente paralela y que lleva á las mismas conclusiones. Porque

todas las organizaciones son radicalmente iguales. Y es indudable que este sentimiento moral, que así perfuma el aire, florece en el grano é impregna las aguas del mundo, es percibido por el hombre y reside en su alma. La influencia moral de la Naturaleza sobre todos los individuos es la suma de verdad que le ilustra. ¿Quién puede apreciar esto? ¿Quién puede imaginar cuánta firmeza enseñó al pescador la roca batida del mar? ¡Cuánta tranquilidad ha reflejado al hombre el cielo azul, sobre cuyas invioladas profundidades arrastran los vientos montones de borrascosas nubes y ni dejan arruga ni mancha! ¡Cuánta industria, previsión y afecto hemos aprendido de las pantomimas de los brutos! ¡Qué astuto predicador del dominio de sí mismo es el variable fenómeno de la Salud!

Aquí se percibe, muy especialmente, la unidad de la Naturaleza—la unidad en la variedad—que encontramos dondequiera. Toda la interminable variedad de cosas forman una impresión única ó idéntica. Jenófanes se quejaba, en su tiempo, de que, mirase donde quisiese, todas las cosas se reducían á la unidad. Estaba aburrido de ver la misma entidad en la fastidiosa variedad de formas. La fábula de Proteo tiene un gran fondo de verdad. Todo objeto particular de la Naturaleza, una hoja, una gota, un cristal, un instante de tiempo, están relacionados con el todo y participan de la perfección del todo. Cada partícula es un microcosmos y reproduce fielmente la semejanza del mundo.

No sólo existen semejanzas en las cosas cuya analogía es evidente, como cuando descubrimos el tipo de la mano humana en el ala del fósil sauro, sino también en los objetos donde hay gran desemejanza superficial. Así De Staël y Goethe llaman á la Arquitectura «música congelada». «Una iglesia gótica, decía Coleridge, es una

religión petrificada.» Miguel Angel sostenía que para un arquitecto es esencial el conocimiento de la Anatomía. En los oratorios de Haydn, las notas presentan á la imaginación, no sólo movimientos, como el de la culebra, el del ciervo y el del elefante, sino también colores, como el de la hierba verde. El granito se diferencia en sus leyes sólo por el mayor ó menor calor del río que lo desgasta. El río, cuando corre, se asemeja al aire que corre sobre él; el aire se asemeja á la luz que lo atraviesa con más sutiles corrientes; la luz se asemeja al calor que la acompaña por el espacio. Cada criatura es sólo una modificación de la otra; la semejanza en ellas es mayor que la diferencia, y su ley radical es una y la misma. De aquí que un precepto de un arte ó una ley de una organización se mantenga íntegra á través de la Naturaleza. Tan íntima es la unidad que, como fácilmente se echa de ver, yace bajo la envoltura inferior de la Naturaleza y tiene su origen en el espíritu universal y que penetra también el pensamiento. Toda verdad universal que expresamos en palabras implica ó supone cualquier otra verdad. *Omne verum vero consonat*. Es como un gran círculo en una esfera que abarca todos los círculos posibles; círculos que, sin embargo, pueden trazarse y abarcarlo en cierto modo. Toda verdad, así, es el Ente absoluto visto por un lado. Pero este ente tiene innumerables lados.

La misma unidad central es todavía más evidente en las acciones. Las palabras son órganos finitos del espíritu infinito. No pueden cubrir las dimensiones de lo que reside en la verdad. La rompen, la cortan y la empobrecen. Una acción es la perfección y publicación de pensamiento. Una recta acción parece llenar la vista y estar relacionada con toda la Naturaleza. «El hombre sabio, al hacer una cosa, las hace todas; ó, en una cosa que

hace rectamente, ve la semejanza de todo lo que se hace rectamente.»

Las palabras y las acciones no son los atributos de la Naturaleza muda y bruta. Nos introducen en esa forma singular que predomina sobre todas las demás formas. Esto es lo humano. Todas las demás organizaciones parecen ser las degradaciones de la forma humana. Cuando esta organización aparece entre tantas que la rodean, el espíritu la prefiere á todas las demás. Dice: «De una cosa como ésta he sacado la alegría y el conocimiento. En una cosa como ésta me encontré y vi. Le hablaré. Puede hablar de nuevo. Puede obedecerme aunque ya esté formado y vivo». En realidad, el ojo—el espíritu—va siempre acompañado de estas formas, macho y hembra; y éstas son incomparablemente las más ricas informaciones del poder y del orden que radican en el corazón de las cosas. Desgraciadamente, cada una de ellas lleva la huella de alguna injuria: está dañada y es superficialmente defectuosa. Sin embargo, muy distintas de la Naturaleza sorda y muda que les rodea, todas estas cosas reposan como caños de fuente en el impenetrable mar del pensamiento y de la vida, donde éstas son las entradas, únicas entre todas las organizaciones.

Sería una agradable tarea seguir en detalle el oficio que ejercen en nuestra educación; pero ¿dónde nos detendríamos? En la vida de adolescente y de adulto nos asociamos con algunos amigos que, como los cielos y las aguas, son compatibles con nuestra idea; que correspondiendo cada uno á cierto afecto del alma, satisfacen por ese lado nuestro deseo; y que carecemos de poder para poner á tal distancia de nosotros que podemos enmenzarlos y hasta analizarlos. No podemos menos de amarlos. Cuando la mucha comunicación con un amigo nos

ha proporcionado un tipo de excelencia y ha aumentado nuestro respeto hacia los recursos de Dios, que envía así á una persona real que exceda á nuestro ideal; cuando, además, se ha convertido en un objeto de pensamiento, y, mientras que su carácter conserva todos sus efectos inconscientes, se convierte dentro del espíritu en sólida y suave sabiduría,—es un signo para nosotros de que su oficio está dando fin y por lo general se aparta de nuestra vista al poco tiempo.

CAPÍTULO VI

IDEALISMO

Así el hombre, el inmortal discípulo, descifra el inefable pero inteligible y practicable significado del mundo en todos los objetos del sentido. A este fin de la Disciplina conspiran todas las partes de la Naturaleza.

Una idea noble se insinúa perpetuamente: si este fin es ó no la causa final del Universo, y si la Naturaleza exterior existe. Es un resultado de esta apariencia que llamamos el mundo, que Dios enseñará á un espíritu humano y así lo hará recibir cierto número de convenientes sensaciones, que llamamos el sol y la luna, el hombre y la mujer, la casa y el comercio. En mi absoluta impotencia de atestiguar la autenticidad de lo que me manifiestan mis sentidos, de saber si las impresiones que me causan corresponden á los objetos exteriores, ¿qué diferencia hay en que Orión esté en los cielos ó en que algún dios pinte su imagen en el firmamento de mi alma? Siendo idénticas las relaciones de las partes y el fin del todo, ¿qué diferencia hay en que el mar y la tierra se unan y en que los mundos se revuelvan y confundan sin número ni fin, abriéndose abismo bajo abismo y una vía láctea danzando sobre otra, por el espacio absoluto; ó en que las mismas apariencias, sin las relaciones del tiempo y del espacio, se inscriban en la fe constante del hombre?

Ya la Naturaleza posea una existencia substancial, ya esté sólo en el apocalipsis del espíritu, es á la vez útil y venerable para mí. Sea lo que sea, es ideal para mí, mientras no puedo dar testimonio de la fidelidad de mis sentidos.

Los frívolos toman á mofa la teoría ideal, como si sus consecuencias fuesen ridículas y como si afectasen á la estabilidad de la Naturaleza. Seguramente no. Dios nunca juega con nosotros y nunca comprometerá el fin de la Naturaleza, permitiendo cualquier inconsecuencia en su método. Cualquier defecto de la permanencia de las leyes paralizaría las facultades del hombre. Su permanencia se respeta como cosa sagrada, y su fe es por eso perfecta. Las revoluciones y transformaciones del hombre se realizan todas en la hipótesis de la permanencia de la Naturaleza. No estamos contruídos como un barco, para ser botado al agua, sino como una casa, para estar en pie. Es una consecuencia natural de esta estructura que, mientras las fuerzas activas predominan sobre las reflexivas, resistimos indignados cualquier insinuación de que la Naturaleza sea más pasajera ó mudable que el espíritu. El corredor, el carretero, el carpintero, el cobrador de portazgo, se disgustan mucho con esta intuición. Pero mientras que prestamos aquiescencia absoluta á la permanencia de las leyes naturales, queda todavía en pie la cuestión de la existencia absoluta. El efecto uniforme que la cultura produce en el espíritu humano no es destruir nuestra fe en la estabilidad de los fenómenos particulares, como el calor, el agua, la epidemia, sino inducirnos á considerar la Naturaleza como un fenómeno, no como una substancia; atribuir la existencia necesaria al espíritu; juzgar la Naturaleza como un accidente y un efecto.

A los sentidos y á la inteligencia inculta pertenece

una especie de creencia instintiva en la existencia absoluta de la Naturaleza. A su juicio, el hombre y la Naturaleza están indisolublemente unidos. Las cosas son definitivas y nunca traspasan su esfera. La presencia de la Razón corrompe esta fe. El primer esfuerzo del pensamiento tiende á relajar este despotismo de los sentidos, que nos inclinan á la Naturaleza como si fuésemos una parte de ella, y nos muestra la Naturaleza lejos y flotante. Hasta que este agente más elevado interviene, el ojo animal ve, con asombrosa fidelidad, los contornos agudos y las superficies coloreadas. Cuando el ojo de la Razón se abre, al contorno y á la superficie se añaden la gracia y la expresión. Estas proceden de la imaginación y del afecto y destruyen algo de la perfección angular de los objetos. Si la Razón ha de ser estimulada para una visión más activa, los contornos y las superficies se hacen transparentes y ya no se ven: á través de ellos se ven las causas y los espíritus. Los momentos mejores y más felices de la vida son esos deliciosos despertares de las nobles potencias y el reverente apartarse de la Naturaleza delante de Dios.

Procedamos á indicar los efectos de la cultura.

1. Nuestra primera institución en la Filosofía ideal es una insinuación de la Naturaleza misma. La Naturaleza conspira con el espíritu por emanciparnos. Ciertos cambios mecánicos, una ligera alteración en nuestra posición local, nos produce un dualismo. Nos sentimos extrañamente impresionados por ver la costa desde un barco que se mueve, desde un globo ó á través de los reflejos de un cielo que no estamos acostumbrados á contemplar. El menor cambio en nuestro punto de vista da á todo el mundo un aire pictórico. Un hombre que rara vez anda á caballo sólo necesita engancharlo á un coche y atravesar su ciudad para convertir la calle en una repre-

sentación de títeres. Los hombres, las mujeres, al hablar, al correr, al traficar, al pelear; los activos mecánicos, los holgazanes, los mendigos, los muchachos, los perros, no se hacen irreales ó al menos están completamente apartados de toda relación con el observador, el cual los ve como seres aparentes, no substanciales. ¡Qué nuevos pensamientos se sugieren por ver un rostro de familia en el rápido movimiento del ferrocarril! Más aún, los objetos más usados (hacer un cambio muy ligero en el punto de visión) nos agradan más. En una cámara obscura, el carro de un carnicero y la figura de uno de nuestros amigos nos divierten. Así un retrato de un rostro bien conocido nos recompensa. Volved los ojos de arriba abajo, mirando al paisaje á través de vuestras piernas, y ¡cuán agradable es el cuadro, aunque lo habéis visto alguna vez estos veinte años!

En estos casos, por medios mecánicos, se señala la diferencia entre el observador y el espectáculo, entre el hombre y la Naturaleza. De aquí nace un placer, mezclado con temor; puedo decir que se siente probablemente un grado inferior de lo sublime, por el hecho de que el hombre comprende que, si el mundo es un espectáculo, algo en sí mismo es estable.

2. En un grado más elevado, el poeta comunica el mismo placer. Por medio de algunos rasgos delinea, como en el aire, el sol, la montaña, el campo, la ciudad, la doncella, iguales á los que conocemos, pero levantados de la tierra á flote ante la vista. Junta la tierra y el mar, los hace girar alrededor del eje de su primario pensamiento y los dispone de nuevo. Poseído por una pasión heroica, emplea la materia como símbolos suyos. El hombre sensual conforma los pensamientos á las cosas; el poeta conforma las cosas á sus pensamientos. Uno considera la Naturaleza como arraigada y ligada; el otro, como

fluida, é imprime su sér en ella. Para él, el mundo infundible es dúctil y flexible; reviste de humanidad el polvo y las piedras, y las hace imágenes de la Razón. La imaginación puede definirse como el uso que la Razón hace del mundo material. Shakespeare posee la facultad de subordinar la Naturaleza á los fines de la expresión, y la posee en mayor grado que todos los poetas. Su musa imperial lanza la creación de mano en mano, como un juguete, para adoptar cualquier caprichosa forma de pensamiento que domina en su espíritu. Se visitan los más remotos espacios de la Naturaleza y se juntan las cosas más distanciadas, por una sutil conexión espiritual. Nos damos cuenta de que la magnitud de las cosas naturales es únicamente relativa, y todos los objetos se encogen y se ensanchan á capricho del poeta. Así en sus sonetos, los cantos de los pájaros, los aromas y colores de las flores, juzga que son la *sombra* de su amada; el tiempo, que la aparta de él, es su *cofre*; la sospecha que ha despertado es su *ornamento*:

The ornament of beauty is Suspect,
A crow which flies in heaven's sweetest air (1)

Su pasión no es el fruto del cambio; cuando habla, construye una ciudad, funda un estado.

No, it was builded far from accident;
It suffers not in smiling pomp, nor falls
Under the brow of thralling discontent;
It fears not policy, that heretic,
That works on leases of short-wmbered hours,
But all alone stands hugely politic (2)

(1) «El ornamento de la belleza es la sospecha, cuervo que cruza la atmósfera más suave de los cielos»

(2) «No, fué construída por casualidad; no ostenta risueña pompa ni cae bajo el dominio del esclavizador descontento, no teme este herético á la policía, porque anda apoyado en las breves horas, sino que todo es inmensamente político».

En la energía de su constancia, las Pirámides le parecen recientes y perecederas. Y la frescura de la juventud y del amor le deslumbran por su semejanza con la mañana.

Take those lips away
Which so sweetly were forsworn,
And those eyes—the break of day,
Lights that do mislead the morn (1).

La salvaje belleza de esta hipérbole, puedo decir de paso, no es fácil de igualar en la literatura. Esta transfiguración que sufren todos los objetos materiales por la pasión del poeta; esta facultad que ejerce, en cualquier momento, de magnificar lo pequeño, de empequeñecer lo grande, puede explanarse con mil ejemplos tomados de sus obras. Tengo delante de mí la Tempestad, y sólo citaré estas pocas líneas:

Ariel.—The strong based promontory
Have I made shake, and by the spurs pluckcoun
The pine and cedar (2).

Próspero llama á la música, para dulcificar al frenético Alonso y á sus compañeros:

A solemn air, and the best comfort
To an unsettled fancy, cure thy brains,
Now useless, boiled within thy skull (3).

En otra parte dice:

The charm dissolves apace,
and as the morning steals upon the night,

(1) «Cierra esos labios que tan suavemente fueron perjuros, y estos ojos como la aurora que son las luces que vencen á la mañana».

(2) «*Ariel* —El promontorio de sólida base lo hice sacudirse y con las espuelas derribé el pino y el cedro».

(3) «Un aire solemne, el mejor alivio para una fantasía desarreglada, cura tus nervios, ahora inútiles, calentados con tu cráneo».

melting the darkness, so their rising senses
begin to chase the ignorant fumes that mantle
their clearer reason.

Their understanding
begins to swell: and the approaching tide
will shortly fill the reasonable shores,
that now lie foul and muddy (1).

La percepción de las afinidades reales entre los acontecimientos (es decir, de las afinidades *ideales*, porque solo éstas son reales) pone al poeta en condiciones de desembarazarse de las más imponentes formas y fenómenos del mundo y afirmar el predominio del alma.

3. Mientras que el poeta nos deleita así animando la Naturaleza como un creador, con sus propios pensamientos, distínguese del filósofo sólo en esto: en que el uno se propone como fin primordial la Belleza; el otro, la Verdad. Pero el filósofo, lo mismo que el poeta, pospone el orden aparente y las relaciones de las cosas al imperio del pensamiento. «El problema de la filosofía, según Platón, es, para todo lo que existe condicionalmente, encontrar un motivo incondicionado y absoluto». Procede con la confianza de que una ley determina todos los fenómenos; y que, conocida esa ley, pueden predecirse los fenómenos. Esa ley, cuando está dentro del espíritu, es una idea. Su belleza es infinita. El verdadero filósofo y el verdadero poeta son idénticos; y una belleza, que es verdad, y una verdad, que es belleza, es la aspiración de ambos. ¿No es el encanto de una de las definiciones de Platón ó Aristóteles exactamente igual al de Antígonas ó Só-

(1) «El encanto se desvanece prontamente, y cuando la mañana roba á la noche, disolviendo la obscuridad, sus sentidos que despiertan, comienzan á desterrar el humo ignorante que oculta su razón perspicaz. Su entendimiento comienza á despertar, y la marea que se acerca ocupará pronto las razonables costas que ahora yacen sucias y cenagosas»

focles? En ambos casos, el encanto es que se ha comunicado á la Naturaleza una vida espiritual; que el bloque aparentemente sólido de la materia ha sido ocupado y disuelto por un pensamiento; que este débil sér humano ha penetrado las vastas masas de la Naturaleza con un alma que las informa, y se ha reconocido en su armonía; esto es, se ha apoderado de su ley. En Física, cuando esto se consigue, la memoria se desembaraza de sus engorrosos catálogos de particularidades y compendia siglos de observación en una simple fórmula. Así, pues, aún en la Física, lo material siempre se degrada ante lo espiritual. El astrónomo, el geómetra, confían en su irrefragable análisis y desdeñan los resultados de la observación. La sublime observación de Eulero sobre su ley de los arcos: «Se creerá que esto es contrario á toda experiencia, pero es verdad», ya ha trasladado la Naturaleza al espíritu y abandonado la Naturaleza como un cadáver corrompido.

4. Se ha observado que la ciencia intelectual expone invariablemente una duda sobre la existencia de la materia. Turgot decía: «El que nunca ha dudado de la existencia de la materia, esté seguro de que no tiene aptitud para las investigaciones metafísicas». Fijamos la atención en las Naturalezas inmortales, necesarias é increadas, esto es, en las Ideas; y en su bella y mayestática presencia, comprendemos que nuestro sér exterior es un sueño y una sombra. Mientras que contemplamos este Olimpo de dioses, pensamos en la Naturaleza como en un apéndice del alma. Ascendemos á su región y sabemos que éstos son los pensamientos del Sér Supremo. «Estos son los que existían desde la eternidad, desde el comienzo, antes de que fuese la tierra. Cuando preparaba los cielos, existían ellos; cuando esparcía las nubes, cuando llenaba las fuentes. En-

tonces fueron creados por él. De ellos tomó consejo».

Su influencia es proporcionada. Como objetos de la ciencia, son accesibles á pocos hombres. Sin embargo, todos los hombres son capaces de engrandecerse por medio de la piedad ó de la pasión. Y ningún hombre toca estas Naturalezas divinas sin hacerse en cierto modo divino. Como una nueva alma, renuevan el cuerpo. Nos hacemos físicamente ágiles y alegres; pisamos el aire; la vida no es ya tediosa, y creemos que nunca lo será. Ningún hombre siente la edad, la desgracia ó la muerte en su serena compañía, porque es transportado fuera del distrito del cambio. Mientras contemplamos sin velos la Naturaleza de la justicia y de la verdad, aprendemos la diferencia entre lo absoluto y lo condicional ó relativo. Percibimos lo absoluto. Por vez primera, *existimos*. Nos hacemos inmortales, porque el tiempo y el espacio son relaciones de la materia, que, con una percepción de la verdad, ó una buena voluntad, no tienen analogía.

5. Finalmente, la religión y la moral, que pueden llamarse adecuadamente la práctica de las ideas ó la introducción de las ideas en vida, producen un efecto análogo en toda la cultura inferior, degradando la Naturaleza y señalando su dependencia sobre el espíritu. La ética y la religión difieren en esto: en que la una es el sistema de los deberes humanos comenzando por el hombre; y la otra, el sistema de los deberes humanos comenzando por Dios. La religión implica la personalidad de Dios; la ética, no. Son idénticas para nuestro objeto actual. Ambas pisotean la Naturaleza. La primera y última lección de la religión es: «Las cosas que se ven son temporales; las cosas que no se ven son eternas». Afrenta á la Naturaleza. Hace en los ignorantes lo que la filosofía hace en Berkeley y Viasa. El lenguaje monótono que

puede oírse en las iglesias de las sectas más ignorantes es éste: «Despreciad las manifestaciones insubstanciales del mundo: son vanidades, sueños, sombras, irrealidades; buscad las realidades de la religión». El devoto insulta á la Naturaleza. Algunos teósofos han llegado á concebir cierta hostilidad é indignación hacia la materia, como los Maniqueos y Plotino. Desconfiaban de sí mismos mirando las ollas de carne de su Egipto. Plotino se avergonzaba de su cuerpo. En una palabra, todos dirían de la materia lo que Miguel Angel decía de la belleza: «Es la frágil y fastidiosa cizaña con que Dios viste el alma que ha puesto en el tiempo».

Parece ser que el movimiento, la poesía, la ciencia física é intelectual, tienden á afectar nuestras convicciones sobre la realidad del mundo exterior. Pero confieso que hay algo desagradable en explicar con demasiada curiosidad los detalles de esta proposición general: que toda cultura tiende á imbuirnos de idealismo. No tengo hostilidad hacia la Naturaleza, sino amor de niño hacia ella. Me expansiono y vivo en el caluroso día, como el trigo y los melones. Hablemos francamente. No deseo tirar piedras á mi suegra ni ensuciar mi hermoso nido. Sólo deseo indicar la verdadera posición de la Naturaleza respecto del hombre; dónde está su puesto, que es á lo que tiende toda recta educación; cómo el motivo que ha de conseguirse es el objeto de la vida humana, esto es, de la conexión del hombre con la Naturaleza. La cultura invierte las opiniones vulgares sobre la Naturaleza é induce al espíritu á llamar aparente lo que acostumbra á llamar real, y real lo que acostumbra á llamar visionario. Los niños, verdad es, creen en el mundo exterior. La creencia de que ese mundo sólo es aparente, es un pensamiento *á posteriori*; pero con la cultura, esta fe surgirá en el espíritu tan seguramente como la primera.

La ventaja de la teoría ideal sobre la fe popular es ésta: que presenta el mundo precisamente en la posición que es más deseable al espíritu. Es en realidad la posición que toma la razón especulativa y práctica; esto es, la filosofía y la virtud. Porque, visto á la luz del pensamiento, el mundo siempre es fenomenal, y la virtud lo subordina al espíritu. El idealismo ve el mundo en Dios. Mira todo el círculo de personas y cosas, de acciones y acontecimientos, de patria y religión, no como penosamente acumulado, átomo por átomo, acto por acto, en un remoto y rastroso pasado, sino como un vasto cuadro que Dios pinta en la eternidad presente, para la contemplación del alma. Por eso el alma se desembaraza de un estudio demasiado trivial y microscópico del mapa universal. Respeto demasiado el fin para sumergirse en los medios. Ve en el Cristianismo algo más importante que los escándalos de la historia eclesiástica ó las bagatelas de la crítica; y, muy negligente por lo que toca á las personas ó milagros, y no molesto por los precipicios de la evidencia histórica, acepta de Dios el fenómeno tal como lo encuentra, como la pura y respetable forma de la religión en el mundo. No se pone ardiente y apasionada ante la apariencia de lo que llama su buena ó mala ventura, ante la unión ú oposición de otras personas. Ningún hombre es su enemigo. Acepta todo lo que ocurre como una parte de su lección. Vigila más que obra, y sólo obra en cuanto que puede vigilar mejor.

CAPÍTULO VII

ESPÍRITU

Es esencial á una verdadera teoría de la Naturaleza y del hombre que contenga algo progresivo. Los usos que se agotan ó que pueden agotarse, y los hechos que acaban por la afirmación, no pueden ser todo lo cierto de esta buena morada donde el hombre está alojado y donde todas sus facultades encuentran apropiado y continuo ejercicio. Y todos los usos de la Naturaleza pueden compendiarse en uno que da á la actividad del hombre un objeto infinito. A través de todos sus dominios, hasta los suburbios y arrabales de las cosas, es fiel á la causa de donde trae origen. Señala lo absoluto. Es una gran sombra que siempre oculta el sol que está detrás de nosotros.

El aspecto de la Naturaleza es devoto. Como la figura de Jesús, está con la cabeza inclinada y las manos dobladas sobre el pecho. El hombre más feliz es el que aprende de la Naturaleza la lección del culto. De esa inefable esencia que llamamos Espíritu, el que piensa más dirá menos. Podemos prever á Dios en los groseros y distantes fenómenos de la materia; pero cuando tratamos de definirlos y describirlos, nos faltan el lenguaje y el pensamiento, y somos tan impotentes como locos

y salvajes. Esa Esencia no quiere recordarse en proposiciones; pero cuando el hombre se ha adorado intelectualmente, el más noble ministerio de la Naturaleza es presentarse como la aparición de Dios. Es el gran órgano por el cual el Espíritu universal habla al individuo y se esfuerza por atraer á sí el individuo. Cuando consideramos el Espíritu, vemos que las opiniones ya presentadas no incluyen toda la circunferencia del hombre. Debemos añadir algunos pensamientos relacionados con éstos.

- Tres problemas plantea la Naturaleza al Espíritu: ¿Qué es la materia? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Sólo á la primera de estas cuestiones responde la teoría ideal. El idealismo dice: la materia es un fenómeno, no una substancia. El idealismo nos enseña la disparidad total entre la evidencia de nuestro propio sér y la evidencia del sér del mundo. El uno es perfecto; el otro, incapaz de seguridad alguna: el Espíritu es una parte de la naturaleza de las cosas; el mundo es un sueño divino del cual podemos despertar á las glorias y seguridades del día. El idealismo es una hipótesis para juzgar la Naturaleza por otros principios que los de la Carpintería y la Química. Sin embargo, si sólo niega la existencia de la materia, no satisface las exigencias del Espíritu. Deja á Dios fuera de mí. Me deja en el espléndido laberinto de mis percepciones, para que vague sin objeto. Entonces el corazón le resiste, porque destruye los afectos, negando el sér substancial á hombres y mujeres. La Naturaleza está de tal suerte penetrada de vida humana, que hay algo de humanidad en todas y en cada una de las cosas particulares. Pero esta teoría hace á la Naturaleza extraña á mí y no cuenta con esa consanguinidad que le reconocemos. Considerémosla, pues, en el estado actual de nuestros conocimientos, únicamente como una útil hipótesis preparatoria que sirve para ha-

cernos apreciar la externa distinción entre el alma y el mundo.

Pero cuando, siguiendo los invisibles pasos del pensamiento, llegamos á investigar ¿de dónde viene la materia y á dónde va?, surgen muchas verdades de los repliegues de nuestra conciencia. Aprendemos que el Altísimo está presente al alma del hombre; que la terrible Esencia universal, que no es sabiduría, ni amor, ni belleza, ni poder, sino todas y cada una de estas cosas á la vez, es aquella para la cual todas las cosas existen y por la cual son; que el Espíritu crea; que más allá de la Naturaleza y en toda la Naturaleza está presente el Espíritu; que el Espíritu es uno y no compuesto; que el Espíritu no obra sobre nosotros desde fuera, esto es, en el espacio y el tiempo, sino espiritualmente ó por medio de nosotros mismos. Por eso el Espíritu, esto es, el Sér Supremo, no construye la Naturaleza alrededor de nosotros, sino que la despliega por medio de nosotros, como la vida del árbol despliega nuevas ramas y hojas por los poros de las viejas. Como una planta en la tierra, así un hombre reposa en el seno de Dios; es alimentado por inagotables fuentes, y saca, á medida de sus necesidades, fuerza inexhausta. ¿Quién puede poner límites á las posibilidades del hombre? Inspira lo infinito, siendo admitido á contemplar las naturalezas absolutas de la justicia y la verdad, y comprendemos que el hombre tiene acceso al Espíritu del Creador y es el mismo Creador en lo finito. Esta opinión, que me advierte dónde se esconden los manantiales de la sabiduría y del poder, y señala la virtud como

the golden key
which opens the palace of eternity (1),

(1) «La llave de oro que abre el palacio de la eternidad.»

lleva en sí el mejor certificado de verdad, porque me anima á crear mi mundo particular mediante la purificación de mi alma.

El mundo procede del mismo Espíritu que el cuerpo del hombre. Es una encarnación de Dios más remota é inferior; una proyección de Dios en lo inconsciente. Pero se distingue del cuerpo en una cosa importante. No está, como éste, sujeto á la voluntad humana. Es, por consiguiente, para nosotros, la actual manifestación del Espíritu Divino. Es un punto fijo de donde podemos partir. Cuando degeneramos, el contraste entre nosotros y nuestra morada es evidente. Somos tan extraños á la Naturaleza como ajenos á Dios. No comprendemos las notas de los pájaros. El raposo y el ciervo huyen de nosotros; el oso y el tigre nos hieren. No conocemos más que el uso de algunas plantas, como el trigo y la manzana, la patata y el vino. ¿No es imagen suya el paisaje, cuyos vislumbres todos tienen grandeza? Sin embargo, esto puede demostrarnos qué discordancia hay entre el hombre y la Naturaleza, porque no podéis admirar libremente un hermoso paisaje si los labradores están cavando en el campo. El poeta ve algo ridículo en su deleite, hasta que no está á vista de los hombres.

CAPÍTULO VIII

PERSPECTIVAS

En las investigaciones respecto á las leyes del mundo y á la organización de las cosas, la razón más elevada es siempre la más verdadera. Lo que parece débilmente posible es refinado y muchas veces es débil y obscuro, porque es la más profundamente arraigada en el espíritu entre las verdades eternas. La ciencia empírica puede ofuscar la vista y, por medio del conocimiento de las funciones y procesos, privar al sabio de la viril contemplación del conjunto. El sabio se hace antipoético. Pero el naturalista más instruído que demuestra una completa y devota atención á la verdad, verá que queda mucho por aprender de su relación con el mundo; y que esto no ha de aprenderse por ninguna adición ó sustracción, ú otra comparación de cantidades conocidas, sino que se llega á ello por impensadas salidas del espíritu, por una continua vigilancia sobre sí mismo y por una humildad absoluta. Comprenderá que hay en el sabio cualidades más excelentes que la precisión y la infalibilidad; que una conjetura es muchas veces más útil que una afirmación indiscutible, y que un sueño puede hacernos penetrar en el secreto de la Naturaleza más profundamente que cien experimentos juntos.

Porque los problemas que han de resolverse son precisamente los que el fisiólogo y el naturalista se olvidan de plantear. No es tan conveniente para un hombre conocer todos los individuos del reino animal, como saber de dónde procede y á qué conduce ésta tirana unidad en su constitución, que eternamente separa y clasifica las cosas, esforzándose por reducir las más diversas á una forma. Cuando contemplo un exuberante paisaje, mi objeto no es tanto recitar correctamente el orden y la superposición de las capas de tierra, como saber por qué toda idea de multitud se desvanece en un tranquilo sentido de unidad. No puedo recomendar la minuciosidad en los detalles, mientras no se trata de explicar la relación entre las cosas y los pensamientos; ni se alude á la *metafísica* de la conchiliología, de la botánica, de las artes, para demostrar la relación de las formas, de las flores, de las conchas, de los animales y la arquitectura con el espíritu y fundar la ciencia en las ideas. En un gabinete de Historia Natural, nos sentimos impresionados por cierto reconocimiento y simpatía hacia las formas más ridículas de la bestia, el pez y el insecto. El americano que se ha limitado en su país á la vista de edificios trazados con arreglo á modelos extranjeros, se sorprende al entrar en la catedral de York ó en San Pedro de Roma, comprendiendo que estas estructuras son también imitaciones, débiles copias de un arquetipo invisible. No tiene su ciencia suficiente humanidad, mientras el naturalista pasa por alto esa sorprendente afinidad que existe entre el hombre y el mundo, del cual es señor, no porque es el más sutil habitante, sino porque es su cabeza y su corazón, y encuentra algo de sí mismo en todas las cosas, grandes y pequeñas, en todos los estratos de la montaña, en todas las nuevas leyes del color, en todos los hechos de la astronomía ó en la influencia atmosférica que crean

la observación ó el análisis. Una percepción de este misterio inspira la musa de Jorge Herbert, el gran salmista del siglo XVII. Las siguientes líneas forman parte de su poema sobre el hombre.

Man is all symmetry,
Full of proportions, one limb to another,
And to all the world besides.
Each part may call the farthest, brother;
For head with foot hath private amity,
And both with moons and tides.

Nothing hath go so far
But man hath caught and kept it as his prey,
His eyes dismount the highest stair
He is in little all the sphere.
Herbs gladly, cure our flesh, because that he
Find their acquaintance there.

For us, the winds do blow,
The earth doth rest, heaven move, and fountains flow,
Nothing we see, but means our good,
As our delight, or as our treasure;
The whole is either our cupboard of food,
Or cabinet of pleasure.

The stars have us to bed
Night draws the curtain, which the sun withdraw,
Music and light attend our head
All things unto our flesh are kind,
In their descent and being, to our mind,
In their ascent and cause

More servants wait on man
Than he'll take notice of In every path,
He treads down which doth befriend him
When sickness makes him pale and wan
'Oh mighty love' Man is one world and hath
Another to attend him (1).

(1) «El hombre es todo simetría, está lleno de proporciones, un miembro con otro y ambos con el mundo que está á su alrededor. Cada parte atrae á la próxima, hermano, porque el corazón tiene amis-

La percepción de esta clase de verdades forma la eterna atracción que arrastra á los hombres hacia la ciencia, pero el fin se pierde de vista en atención á los hombres. En vista de esta semivisión de la ciencia, aceptamos la sentencia de Platón: «La poesía se aproxima á la verdad vital más que á la historia». Toda hipótesis y todo vaticinio del espíritu merece cierto respeto; aprendamos á preferir las teorías y sentencias imperfectas que contienen vislumbres de verdad á los sistemas complicados que no tienen una indicación útil. Un escritor discreto comprenderá que los fines del estudio y de la composición se cumplen mejor anunciando regiones inexploradas de pensamiento y comunicando, por la esperanza, nueva actividad al espíritu obtuso.

Por eso concluiré este ensayo con algunas tradiciones del hombre y de la Naturaleza, que cierto poeta me cantó, y que, como siempre han existido en el mundo y acaso reaparezcan cuando venga un nuevo bardo, pueden ser á la vez historia y profecía.

«Los cimientos del hombre no están en la materia,

tad privada con los pies y ambos con los cuartos de la luna y con las mareas. Nada ha ido tan lejos que el hombre no lo haya cogido y conservado como presa suya, sus ojos contemplan la más alta estrella es en pequeño todo el Universo. Las hierbas curan con gusto nuestra carne, porque él tiene comunicación con ellas. Por nosotros soplan los vientos, la tierra descansa, los orbes se mueven y las fuentes corren, nada vemos sino lo que redunde en nuestro bien, como nuestro placer ó nuestro tesoro: todas las cosas vienen á ser nuestra alacena ó nuestro gabinete de placer. Las estrellas nos preparan lecho; la noche echa la cortina que el sol alza. La música y la luz hieren nuestra cabeza. Todas las cosas que son para nuestra carne son buenas, en su descenso y ser, las que son para nuestro espíritu, lo son en su elevación y causa. El hombre tiene sobre sí más criados de lo que piensa. En todos los senderos recoge lo que le favorece cuando la enfermedad le pone pálido y descolorido. ¡Oh, sublime amor! El hombre es un mundo y tiene otro que le espera».

sino en el espíritu. Pero el elemento del espíritu es la eternidad. Para él, por consiguiente, la más remota serie de acontecimientos, las más antiguas cronologías, son jóvenes y recientes. En el ciclo del hombre universal, de quien proceden los individuos conocidos, los siglos son puntos y toda la historia no es más que la época de una degradación. Desconfiamos y negamos interiormente nuestra simpatía hacia la Naturaleza. Confesamos y rehusamos sucesivamente nuestra relación con ella. Estamos, como Nabucodonosor, destronados, privados de razón y comiendo hierba como un buey. Pero ¿quién puede poner límites á la fuerza reparadora del espíritu? Un hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres sean inocentes, la vida será más larga y llegará á ser inmortal, tan ciertamente como despertamos del sueño. Ahora bien: el mundo se pondría demente y furioso si estas desorganizaciones durasen centenares de años. Está equilibrado por las defunciones y los nacimientos. Los nacimientos son los perpetuos Mesías, que vienen á los brazos de los hombres decaídos y ruegan por ellos para traerlos al paraíso. El hombre es el bufón de sí mismo. Una vez fué penetrado y disuelto por el espíritu. Llenó la Naturaleza con sus corrientes undosas. De él salieron el sol y la luna: del hombre, el sol; de la mujer, la luna. Las leyes de su espíritu, los períodos de sus acciones, se exteriorizaron en el día y la noche, en el año y las estaciones. Pero, habiendo hecho para sí mismo este enorme cascarón, sus aguas se retiraron; ya no llenan venas, están reducidas á una gota. Ve que su estructura se amolda á él, pero se amolda colosalmente. Decid más bien que, una vez adaptada, ahora le viene larga. Adora tímidamente su propia obra. Ahora el hombre es el partidario del sol; y la mujer, de la luna. Sin embargo, algunas veces despierta de su sueño y se pasma de sí

mismo y de su morada, y queda extrañamente pensativo ante la semejanza que existe entre él y ella. Comprende que si su ley es todavía suprema, si todavía tiene poder elemental, *si su palabra tiene valor en la Naturaleza*, no es un poder consciente, no es inferior, sino superior á su voluntad. Es el Instinto». Así cantó mi poeta órfico.

Ahora el hombre sólo aplica á la Naturaleza la mitad de su fuerza. Trabaja sólo con su entendimiento sobre el mundo. Vive en él y lo domina mediante una sabiduría de tres al cuarto; y aunque sea el que más trabaja en él, no es más que medio hombre; y mientras sus brazos son robustos y hace bien la digestión, su espíritu está embrutecido, y es un salvaje egoísta. Su relación con la Naturaleza, su dominio sobre ella, se ejerce por medio del entendimiento, como por el abono, el uso económico del fuego, del viento, del agua y de la aguja de marear; por el carbón, la agricultura química, por los reparos que en el cuerpo humano hacen el dentista y el cirujano. Esta es la reasunción del poder, como si un rey desterrado vendiese sus territorios, pulgada por pulgada, en vez de sentarse de una vez en su trono. Entretanto, en la densa obscuridad no faltan rayos de una luz mejor—ejemplos casuales de la acción del hombre sobre la Naturaleza en su plena fuerza—con la razón, así como con el entendimiento. Ejemplos así son: la tradición de los milagros en la más remota antigüedad de todas las naciones, la historia de Jesucristo, las hazañas de un príncipe, como en las revoluciones religiosas y políticas y en la abolición de la esclavitud; los milagros de entusiasmo como los atribuidos á Swedenborg, Hohenlohe y los cuáqueros; muchos hechos oscuros y todavía discutidos, ahora clasificados bajo el nombre de Magnetismo animal; la oración, la elocuencia, la cura-

ción de sí mismo y la sabiduría de los niños. Estos son ejemplos del momentáneo dominio de la razón: el ejercicio de un poder que no existe en el tiempo ni en el espacio, sino que es momentánea explosión que produce el poder. La diferencia entre la fuerza actual é ideal del hombre la representan con una comparación feliz los hombres de ciencia, diciendo que el conocimiento del hombre es un conocimiento vespertino, *vespertina cognitio*, y el conocimiento de Dios conocimiento matutino, *matutina cognitio*.

El problema de restaurar en el mundo la belleza original y eterna se resuelve por la redención del alma. La ruina ó el vacío que vemos cuando contemplamos la Naturaleza está en nuestra vista. El eje de la visión no coincide con el eje de las cosas, y así parecen no transparentes, sino opacas. La razón de que el mundo carezca de unidad y esté roto y en pedazos es que el hombre está desunido consigo mismo. No puede ser un naturalista hasta que satisface todas las exigencias del espíritu. El amor es una de estas exigencias, lo mismo que la ciencia. En realidad, ninguna de las dos cosas puede ser perfecta sin la otra. En el significado estricto de las palabras el pensamiento es devoto, y la devoción es pensamiento. El abismo llama al abismo. Pero en la vida actual no se celebra el matrimonio. Hay hombres inocentes que adoran á Dios siguiendo la tradición de sus padres; pero su sentido del deber no se ha extendido al uso de sus facultades. Y hay pacientes naturalistas, que hielan su asunto con la luz invernal del entendimiento. ¿No es también la oración un estudio de la verdad, una excursión del alma por el insondable infinito? Ningún hombre oró jamás de corazón sin aprender algo. Pero cuando un fiel pensador, resuelto á despojar cada objeto de las relaciones personales y verlo á la luz del

pensamiento, anima al mismo tiempo la ciencia con el fuego de los más santos afectos, entonces Dios ostentará de nuevo su poder en la creación.

No necesitará cuando el espíritu está preparado para el estudio investigar los objetos. La invariable huella de la sabiduría consiste en ver lo milagroso en lo vulgar. ¿Qué es un día? ¿Qué es un año? ¿Qué es el verano? ¿Qué es la mujer? ¿Qué es un niño? ¿Qué es el sueño? Para nuestra ceguedad estas cosas parecen insignificantes. Hacemos que las fábulas oculten la aridez del hecho y lo adaptan, como decimos, á la más alta ley del espíritu. Pero cuando el hecho se ve á la luz de una idea, la ostentosa fábula desaparece y muere. Contemplamos la verdadera ley. Por consiguiente, para el sabio un hecho es verdadera poesía y la más bella de las fábulas (1). Estos milagros ocurren á la puerta de nuestras casas. También sois un hombre. El hombre y la mujer y su vida social, la pobreza, el trabajo, el sueño, el miedo y la fortuna, os son conocidos. Sabed que ninguna de estas cosas es superficial, sino que cada fenómeno tiene sus raíces en las facultades y afectos del espíritu. Mientras las cuestiones abstractas ocupan vuestra inteligencia, la Naturaleza le atrae hacia las concretas para que las resolváis. Sería una discreta investigación de gabinete comparar punto por punto, especialmente en las crisis notables de la vida, nuestra historia diaria con el nacimiento y progreso de las ideas en el espíritu.

Así hemos de mirar al mundo con nuevos ojos. Res-

(1) Sobre esto pueden consultarse con provecho las dos obras de Guyau *L'art au point de vue sociologique* y *Les problèmes de l'esthétique contemporaine*, y la *Ontología*, de Mercier. (Traducción de la *La España Moderna*.)—N. del T

ponderará la interminable investigación de la inteligencia: ¿qué es la verdad?; y la de los afectos: ¿qué es el bien?, rindiéndose pasivamente á la voluntad educada. Entonces pasará lo que mi poeta decía: «La Naturaleza no es fija, sino fluida. El espíritu la altera, moldea, la hace. La inmovilidad ó estupidez de la Naturaleza es la ausencia de espíritu; para el espíritu puro es fluida, es volátil, es obediente. Todo espíritu se construye una morada; y además de su morada, un mundo; y además de su mundo, un cielo. Sabed, pues, que el mundo existe para vosotros. Para vosotros es el fenómeno perfecto. Sólo podemos ver lo que somos. Todo lo que Adán tuvo, todo lo que César pudo, lo tenéis y lo podéis vosotros. Adán llamó su morada á los cielos y á la tierra; César llamó su casa á Roma: vosotros tal vez podáis llamar vuestra al comercio de un pescador, á cien acres de terreno arado, ó á la buhardilla de un estudiante. Sin embargo, línea por línea y punto por punto, vuestro dominio es tan grande como los suyos, aunque sin nombres hermosos. Construíd, por consiguiente, vuestro mundo. En tanto que conformáis vuestra vida á la idea pura que existe en vuestro espíritu, éste desplegará sus mayores proporciones. Una revolución correspondiente en las cosas acompañará á la influencia del espíritu. Inmediatamente desaparecerán las apariencias desagradables: telarañas, cuculebras, epidemias, manicomios, cárceles, enemigos; son temporales y no se verán más. Las sordideces é inmundicias de la Naturaleza las disipará el sol y las esparcirá el viento. Como, cuando el verano llega del Sur, las capas de nieve se disuelven y la faz de la tierra se pone verde, así el espíritu progresivo creará sus ornamentos en su camino y llevará consigo la belleza que visita y el canto que la encanta; chupará los rostros hermosos, y los ardientes corazones, y los doctos discursos, y los actos

heroicos, hasta que ya no se perciba el mal. El dominio del hombre sobre la Naturaleza, que no es compatible con la observación—dominio tal que ahora está más allá de su sueño de Dios,—entrará sin más sorpresa que la que siente el hombre ciego que gradualmente va recobrando la vista».

FIN DEL ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA

DISCURSOS

DISCURSOS

EL HOMBRE PENSADOR

Discurso pronunciado ante la Sociedad *Phi Beta Kappa*,
en Cambridge, el 31 de Agosto de 1837.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Os saludo en la apertura de vuestro curso literario. Nuestro aniversario es de esperanza y tal vez de trabajo. No promovemos concursos de energía ó maña para la recitación de historias, tragedias y odas, como los antiguos griegos; ni parlamentos de amor y poesía, como los trovadores; ni asociaciones para el adelanto de la ciencia, como nuestros contemporáneos de las capitales inglesas y europeas. Hasta aquí, nuestro día festivo ha sido simplemente un signo amistoso del renacimiento de las aficiones literarias entre un pueblo demasiado activo para ocuparse más de las letras. Por eso es precioso como signo de un instinto indestructible. Quizás ha llegado el tiempo en que debe ser y será alguna otra cosa; en que la inteligencia perezosa de este continente ostentará sus cubiertas de hierro y ocupará la vospuesta expectación

del mundo con algo mejor que los ejercicios de las artes mecánicas. Nuestra época de sujeción, nuestro largo aprendizaje en la instrucción de otros países, llega á su fin. Los millones de hombres que á nuestro alrededor se precipitan en la vida no pueden siempre alimentarse con los residuos secos de las cosechas extranjeras. Surgen acontecimientos, acciones que deben cantarse, que se cantarán. ¿Quién duda que la poesía revivirá y nos conducirá á una nueva edad, como la estrella en la constelación Arpa, que ahora brilla en nuestro cenit, según anuncian los astrónomos, será un día la estrella polar por espacio de mil años?

A la luz de esta esperanza, acepto el tópico que no sólo el uso, sino la naturaleza de nuestra asociación parecen prescribir para este día: *el intelectual americano*. Año por año, venimos á leer un capítulo más de su biografía. Investigamos qué nuevas luces, qué nuevos acontecimientos se han agregado con el correr de los días á su carácter, á sus deberes y á sus esperanzas. Es una de esas fábulas que, desde una antigüedad desconocida, comunica una inesperada sabiduría, que los dioses, al principio, dividieron al Hombre en hombres, que así serían más útiles á sí mismos, así como la mano se dividió en dedos para cumplir mejor sus fines. La antigua fábula encubre una doctrina siempre nueva y sublime: que hay un Hombre presente á todos los hombres particulares sólo parcialmente ó por una facultad, y que debéis tomar toda la sociedad para encontrar á todo el hombre. El hombre no es un labrador, ni un profesor, ni un ingeniero, sino que lo es todo. El hombre es sacerdote, estudiante, político, productor y soldado. En el estado *dividido* ó social, estas funciones están repartidas entre los individuos, cada uno de los cuales aspira á hacer su porción de trabajo, mientras el otro hace la suya. La fábula

la implica que el individuo, para poseerse, debe algunas veces distribuir parte de su trabajo con todos los demás trabajadores. Pero, afortunadamente, esta unidad primitiva, este manantial de fuerza, se ha distribuido á las multitudes de tal suerte, tan minuciosamente se ha subdividido y partido, que se desperdicia en pedazos y no puede recogerse. El estado de la sociedad es uno en que los miembros han sufrido la amputación del tronco y se contonean como otros tantos monstruos que pasean: un dedo bueno, una nariz, un estómago, un codo, pero nunca un tronco.

El hombre se transforma así en una cosa, en muchas cosas. El plantador, que es el hombre enviado al campo para recoger alimento, rara vez concibe idea alguna de la verdadera dignidad de su ministerio. Ve su fanega y su carro y no ve nada más; y se convierte en el labrador, en vez de convertirse en el hombre que ocupa la finca (1). El comerciante apenas da nunca un precio ideal á su trabajo, sino que está dominado por la rutina de su oficio, y el alma está sujeta á los duros. El sacerdote se convierte en una fórmula; el notario, en un expediente; el mecánico, en una máquina; el marinero, en una jarcia. En esta distribución de oficios, el intelectual es la inteligencia en comisión. En el estado próspero, es el *Hombre pensador*. En el estado decadente, cuando es la víctima de la sociedad, tiende á convertirse en un mero pensador, ó (lo que es todavía peor) en el papagayo del pensamiento de otros hombres. Así considerado, como *Hombre Pensador*, contiénese en esta consideración toda la teoría de su oficio. La Naturaleza le solicita con todos sus cuadros plácidos é instructivos. El pasado le

(1) *And sinks into the farmer, instead of Man on the farm* Juego de palabras que no puede conservarse en castellano.—*N del T.*

instruye. El futuro le invita. En realidad, ¿no es todo hombre un estudiante, y no existen todas las cosas para provecho del estudiante? Y finalmente, ¿no es el verdadero intelectual (1) el único maestro verdadero? Pero, como el antiguo oráculo decía: «Todas las cosas tienen dos asas. Precaveros de la mala». En la vida el intelectual se extravía muchas veces con el género humano y renuncia á su privilegio. Veámosle en su escuela y considerémosle en relación á las principales influencias que recibe.

I. La primera en tiempo y la primera en importancia de las influencias que dominan al espíritu es la de la Naturaleza. Todo el día, el sol; y, después del crepúsculo, la noche y sus estrellas. Siempre sopla el viento; siempre la hierba crece. Todos los días, los hombres y las mujeres están conversando, mirando y siendo mirados. El intelectual debe necesariamente quedar pensativo y admirado ante este gran espectáculo. Debe fijar su valor en su espíritu. ¿Qué es la Naturaleza para él? Nunca hay un principio, nunca hay un fin, á la inexplicable continuidad de este tejido de Dios, sino siempre una fuerza circular que vuelve sobre sí misma. Por eso se asemeja á su propio espíritu, cuyo comienzo, cuyo fin nunca puede encontrar tan completo, tan ilimitado. Cuando sus esplendores brillan (sistema sobre sistema resplandeciendo como rayos), hacia arriba, hacia abajo, sin centro, sin circunferencia, en la masa y en la partícula, la Naturaleza se apresura á dar cuenta de ella al espíri-

(1) La palabra *scholar*, que en inglés indica *sabio, erudito, literato*, puede tener perfectamente, por amplificación, el significado de *intelectual* ó de *sabio*, que yo le doy indistintamente para evitar confusiones. Como significa también *estudiante*, de aquí resulta la antítesis entre *scholar* y *master* (maestro), que yo no puedo conservar en castellano por haber dado á *scholar* la significación de intelectual —N del T.

tu. La clasificación comienza. Para el espíritu joven, todo es individual, vive por sí mismo. En seguida encuentra medio de unir dos cosas y ve en ellas una naturaleza: primero tres, luego tres mil; y así, tiranizado por su instinto unificador, va uniendo las cosas, disminuyendo las anomalías, descubriendo raíces ocultas debajo de tierra, por cuyo medio se enlazan cosas contrarias y remotas y florecen en un vástago. Ahora aprende que desde el alba de la historia ha habido una constante acumulación y clasificación de hechos. Pero ¿cuál es la clasificación sino el percibir que estos objetos no son caóticos y no son extraños, sino que tienen una ley que es también una ley del espíritu humano? El astrónomo descubre que la geometría, pura abstracción del espíritu humano, es la medida del movimiento planetario. El químico encuentra proporciones y un método inteligible en la materia, y la ciencia no es nada más que el hallazgo de analogía é identidad entre las más remotas partes. El alma ambiciosa se detiene ante cada hecho accesorio; una por otra, reduce todas las extrañas constituciones, todas las nuevas facultades, á su clase y ley, y continúa por siempre animando la última fibra de la organización, los arrabales de la Naturaleza, por medio de la intuición.

Así se le indica á este muchacho de la escuela, bajo la bóveda inclinada del día, que él y ella proceden de la raíz: una es hoja y otra es flor, la relación, la simpatía que se agitan en todas las venas. ¿Y cuál es esa raíz? ¿No es el alma de su alma? Pensamiento demasiado audaz, sueño demasiado descabellado. Sin embargo, cuando esta luz espiritual haya revelado la ley de las naturalezas terrenas, cuando haya aprendido á adorar el alma y á ver que la filosofía natural que ahora existe es sólo el primer tanteo de su mano gigantesca, mirará hacia adelante

buscando un conocimiento que siempre progresa. Verá que la Naturaleza es lo opuesto del alma, correspondiendo á ella parte por parte. Uno es un sello y otro una impresión. Su belleza es la belleza de su propio espíritu. La Naturaleza llega á ser para él la medida de sus hazañas. Aquello de la Naturaleza que él conoce y aquello de su espíritu que conoce también no lo posee. Y por fin el hermoso y antiguo precepto: «Conócete á ti mismo», y el precepto moderno: «Estudiad la Naturaleza», se convierten en una máxima.

II. La otra gran influencia que domina en el espíritu del intelectual es el Pasado; en cualquier forma, sea de la Literatura, del Arte ó de las instituciones, está grabado ese espíritu. Los libros son el mejor tipo de la influencia del pasado, y acaso detendremos la verdad, aprenderemos la suma de esta influencia más convenientemente considerando sólo su valor.

La teoría de los libros es noble. El intelectual de los primeros siglos recibía en sí el mundo que le rodeaba; lo cobijaba allí; le daba el nuevo orden de su propio espíritu y lo enunciaba de nuevo. Le venía la vida; salía de él la verdad. Venían á él las acciones perecederas; salían de él los inmortales pensamientos. Le venían los negocios; salía de él la poesía. Era el hecho inerte; ahora es el pensamiento activo. Puede quedarse y puede ir. Ahora dura; después huye; luego inspira. Precisamente, en proporción á la profundidad del espíritu de donde surgió, así se remonta, así canta.

Ó mejor diré que depende de cómo se ha llevado á cabo el proceso de transmutar la vida en verdad. En proporción á lo completo de la destilación, así será lo puro é imperecedero del producto. Pero nadie es completamente perfecto. Así como ninguna burbuja de aire puede hacer por cualquier medio un vacío perfecto, así

no puede ningún artista excluir por completo lo convencional, lo local, lo perecedero de su libro, ó escribir un libro de pensamiento, que sea tan eficaz en todos los respectos, para una remota posteridad, como para los contemporáneos, ó, más bien, para el siguiente siglo. Cada siglo—está averiguado—debe escribir sus libros; ó, más bien, cada generación debe escribirlos para la siguiente. Los libros de un período antiguo no cumplirán esta condición.

Sin embargo, aquí surge un grave perjuicio. La santidad que se atribuye al acto de la creación, al acto del pensamiento, se transfiere inmediatamente al recuerdo. El poeta, al cantar, fué un hombre divino; de aquí en adelante, el canto es divino también. El escritor era un espíritu justo y docto; de aquí en adelante queda establecido que el libro es perfecto cuando el amor del héroe se corrompe hasta convertirse en el culto de su estatua. Inmediatamente el libro se hace perjudicial. El guía es un tirano. Buscamos á un hermano, y encontramos ¡ay! á un gobernante. El indolente y pervertido espíritu de la multitud, siempre propenso á oponerse á las exigencias de la Razón, habiéndose opuesto, al haber recibido este libro, se fija en él y levanta el grito, si es desigual. Se construyen sobre él universidades. Escriben libros sobre él los pensadores, no el Hombre Pensador; los hombres de talento, esto es: los que atacaban la injusticia, los que se salían de los dogmas aceptados y se acomodaban á sus principios particulares. Jóvenes humildes se criaron en las bibliotecas, creyendo que era su deber aceptar las opiniones que han establecido Cicerón, Locke, Bacon; olvidando que Cicerón, Locke, Bacon, no eran más que jóvenes que iban á las bibliotecas cuando escribían estos libros.

De aquí que, en vez del Hombre Pensador, tenga-

mos el ratón de biblioteca. De aquí que la clase instruída, que aprecia los libros, los aprecia como tales; no como relacionados con la Naturaleza y la constitución humana, sino como formando una especie de Tercer Estado con el mundo y el alma. De aquí vienen los restauradores de ediciones, los correctores, los bibliómanos de todas clases. Esto es malo, esto es peor de lo que parece. Los libros son la mejor de las cosas, bien usados; abusando de ellos, son de las peores. ¿Cuál es el buen uso? ¿Cuál es el fin que conduce al efecto? No sirven para nada más que para inspirar. Nunca quise más ver un libro que sentirme arrastrado por su atracción, transparentándose en mi órbita y haciéndole un satélite en vez de un sistema. La única cosa de valor en el mundo es el alma activa; el alma libre, soberana, activa. A esto tiene derecho todo hombre; esto contiene dentro de sí todo hombre; aunque, en casi todos los hombres, está obstruído é innato. El alma activa ve la verdad absoluta, y enuncia la verdad ó la crea. En esta acción hay genio, no el privilegio de un favorito aquí y allí, sino el sólido caudal de todo hombre. En su esencia es progresiva. El libro, el colegio, la escuela de arte, la institución de cualquier género, se detiene en la pasada expresión del genio. Esto es bueno, dicen; sostengámonos con esto. Miran hacia atrás, no hacia adelante; y el genio siempre mira hacia adelante. Los ojos del hombre están colocados en su frente, no en la parte trasera de la cabeza. El hombre espera. El genio crea. Crear es la prueba de una divina presencia. Por mucho talento que tenga, si el hombre no crea, el efluvio puro de la Divinidad no es suyo. Puede haber cenizas y humo, pero no llamas. Hay formas creadoras; hay acciones creadoras; hay palabras creadoras; esto es, formas, acciones y palabras que no indican ninguna costumbre ó autoridad, sino que deri-

van espontáneamente del espíritu en su sentido de lo bueno y de lo bello.

Por otra parte, en vez de ser su profeta, recibid siempre de otro espíritu su verdad, aunque sea en torrientes de luz, sin períodos de soledad, averiguación y dominio de sí mismo, y se hace un perjuicio fatal. El genio es siempre el enemigo del genio por una influencia mutua. La literatura de todas las naciones es testigo de esto. Los poetas dramáticos ingleses han *shakspearizado* (1) por espacio de doscientos años. Indudablemente hay una buena manera de leer, de suerte que se subordine severamente. El Hombre Pensador no debe sujetarse á sus instrumentos. Los libros son para las horas de ocio del sabio. Cuando puede leer á Dios directamente, la hora es demasiado preciosa para que se desperdicie en lecturas de otros hombres. Pero cuando llegan los intervalos de obscuridad—como deben llegar,—cuando el alma no ve, cuando el sol está oculto y las estrellas alejan su brillo, acudimos á las lámparas que se encendieron con su rayo para guiar nuestros pasos hacia el Este, donde está el alba. Oímos que podemos hablar. El proverbio árabe dice: «Una higuera que está frente á una higuera se hace fructuosa».

Es notable el carácter de placer que sacamos de los mejores libros. Nos impresionan siempre con la convicción de que una Naturaleza escribió y la misma lee. Leemos los versos de uno de los grandes poetas ingleses—de Chaucer, de Marvell, de Dryden,—con la más moderna alegría, con un placer que en gran parte está causado por la abstracción de todo *tiempo* que se hace en sus versos. Hay cierto temor mezclado con la satisfacción de nuestra sorpresa, cuando este poeta, que vivía en

(1) No dudo en emplear este neologismo algo violento.—*N del T.*

algún mundo pasado, doscientos ó trescientos años hace, dice lo que está íntimamente ligado á mi alma, lo que yo también he pensado y dicho. Pero para la evidencia, atribuída á la doctrina filosófica de la identidad de todos los espíritus, debemos suponer alguna armonía preestablecida, alguna previsión de las almas que han de ser, y alguna preparación de víveres para sus futuras necesidades, como el hecho observado en los insectos, que recogen alimento, antes de morir, para el gusano joven á quien nunca verán.

No debemos obrar por ninguna afición sistemática, por ninguna exageración de instintos que nos induzca á desestimar el libro. Nosotros todos sabemos que, como el cuerpo humano puede alimentarse con cualquier artículo de sustento, aunque sea hierba cocida y caldo de zapatos, así el espíritu humano puede alimentarse con cualquier conocimiento. Y han existido hombres grandes y heroicos que casi no tuvieron otra erudición que las páginas impresas. Sólo quiero decir que se necesita un cerebro robusto para sufrir esa dieta. Debe ser uno inventor para leer bien. Como el proverbio dice: «El que quiere traer á casa la riqueza de las Indias, debe transportarla». Hay, pues, lectura creadora lo mismo que escritura creadora. Cuando el espíritu está fortificado por el trabajo y la invención, la página de cualquier libro que leemos se hace luminosa con múltiples alusiones. Toda sentencia es doblemente significativa, y el sentido de nuestro autor es tan amplio como el mundo. Entonces vemos (lo que siempre es cierto) que como la hora de visión del profeta es breve y rara entre los monótonos días y meses, así es su recuerdo la menor parte de su volumen. El hombre que discierne, leerá en su Platón ó en su Shakspeare sólo esa menor parte, sólo las auténticas expresiones del oráculo; y todo lo

demás lo rechaza, aunque sea de Platón ó de Shakspeare.

Como es natural, hay una porción de lectura casi indispensable para un hombre sabio. Debe aprender la historia y las ciencias exactas por medio de la lectura laboriosa. Las universidades, en cierto modo, tienen su oficio indispensable: enseñar los rudimentos. Pero sólo pueden servirnos cuando aspiran, no á ejercer, sino á crear; cuando recogen en sus hospitalarios claustros todos los rayos del genio y, por los fuegos concentrados, inflaman los corazones de su juventud. El pensamiento y el conocimiento son naturalezas en que el aparato y la pretensión nada valen. Las togas y las fundaciones pecuniarias, aunque sea de ciudades áureas, nunca pueden compensar la menor sentencia ó sílaba de ingenio. Olvidad esto, y nuestros colegios americanos cesarán en su importancia pública, al paso que se harán más ricos cada año.

III. Corre en el mundo la noción de que el sabio debe ser un recluso, un valetudinario, inepto para cualquier trabajo manual ó cualquier ocupación pública, como un cortaplumas que se toma por un hacha. Los llamados «hombres prácticos» se mofan de los hombres especulativos, como si, porque especulan ó ven, no pudiesen hacer nada. He oído decir que los clérigos—que son siempre más universalmente que cualquier otra clase los sabios de su época—están educados como mujeres; que no oyen la conversación ruda y espontánea de los hombres, sino sólo un lenguaje carantoñero y meloso. Muchas veces están virtualmente privados de franquicias, y en realidad son abogados de su celibato. Concediendo que esto sea cierto de las clases estudiosas, no es justo y prudente. La acción en el sabio es subordinada, pero es esencial. Sin ella no es hombre. Sin ella nunca puede

obtener la verdad. Mientras el mundo se despliega ante la vista como una nube de belleza, no podemos ver su belleza. La inacción es cobardía: no puede existir un sabio que no tenga el espíritu heroico. El preámbulo del pensamiento, la transición por la cual pasa de lo consciente á lo inconsciente, es la acción. Sólo sé en cuanto que he vivido. Inmediatamente sabemos qué palabras están impregnadas de vida y cuáles no.

El mundo—esta sombra del alma ó el *otro yo*—se extiende alrededor. Sus atracciones son las llaves que abren mis pensamientos y me ponen en relación conmigo mismo. Me arrojó resueltamente á este bullicioso tumulto. Agarro de la mano á los que están junto á mí y ocupo mi puesto en el círculo para sufrir y trabajar, enseñado por un instinto, que el mudo abismo se hará vocal con el lenguaje. Penetro en su orden; disipo su miedo; dispongo de él dentro del circuito de mi vida expansiva. Aquello de la vida que conozco por experiencia, aquello de la soledad que he vencido y plantado, ó en cuanto que he extendido mi sér, es dominio mio. No veo cómo ningún hombre puede, en obsequio de sus nervios y de su siesta, evitar cualquier acción de que pueda participar. Su discurso está formado de perlas y rubíes. El trabajo penoso, las calamidades, la desesperación, la necesidad, son maestros de elocuencia y de sabiduría. El verdadero sabio envidia todas las ocasiones de acción pasada por una pérdida del poder.

Este es el material en bruto, con el cual moldea la inteligencia sus espléndidos productos. Extraño procedimiento es este por el cual la experiencia se convierte en pensamiento, como una hoja de zarzamora se convierte en satén. La manufactura avanza á todas horas. Las acciones y sucesos de nuestra infancia y juventud son ahora objeto de tranquila observación. Son como hermo-

sas figuras en el aire. No así con nuestras acciones recientes, con los negocios que ahora traemos entre manos. Sobre éstos somos completamente incapaces de especular. Nuestros afectos circulan por aquí. No los sentimos ó conocemos, como no sentimos los pies ó la mano ó el cerebro de nuestro pensamiento. El nuevo acto es una parte de la vida y permanece por algún tiempo sumergido en nuestra vida inconsciente. En alguna hora de meditación, se desprende de la vida, como un fruto maduro, para convertirse en un concepto del espíritu. Inmediatamente se eleva, se transfigura; lo corruptible ha dominado á la incorrupción. Ahora será para siempre un objeto de belleza, por vil que sea su origen y lo que le rodea. Observad también la imposibilidad de anticipar este acto. En su estado de larva, no puede huir, no puede brillar; es una larva pesada. Pero súbitamente, sin que nos demos cuenta, la misma cosa despliega hermosas alas, y es un ángel de sabiduría. Así no hay hecho ni acontecimiento en nuestra historia privada que, más tarde ó más temprano, no pierda su forma adherente é inerte, y nos asombre remontándose desde nuestra morada al empíreo. La cuna y la infancia, la escuela y el patio de recreo, el miedo á los muchachos, á los perros y á las férulas, el amor á las niñas y á los granos, y muchos otros hechos que algún día brillaron en nuestro horizonte, han desaparecido ya; el amigo y el conocido, la profesión y el partido, la ciudad y el campo, la nación y el mundo, deben también remontarse y cantar.

Como es natural, el que ha desplegado su fuerza total en acciones adecuadas tiene la más rica recompensa de sabiduría. No me cerraré en este globo de acción y transplantaré un roble á un tiesto, para que languidezca y muera; ni confiaré la renta de alguna simple facultad

y agotaré una vena de mi pensamiento, como esos sabo-
yanos que, ganando su vida con esculpir en barro pas-
tores, pastoras y fumadores holandeses por toda Europa,
iban un día á la montaña á buscar víveres y descubrían
que habían cortado el último de los pinos. A millares
tenemos autores que han escrito de su propia vena y
que, movidos por una prudencia recomendable, embar-
caron para Grecia ó Palestina, siguieron al cazador por
la pradera ó corretean por Algeria para rellenar sus pro-
visiones.

Si fuese sólo para un vocabulario, el sabio sería codi-
cioso de la acción. La vida es nuestro diccionario. Bien
se gastan los años en trabajos del campo, en la ciudad,
por la intuición de los comercios y las fábricas; en la
franca comunicación con muchos hombres y mujeres; en
la ciencia, en el arte; con el fin de dominar, en todos
sus hechos, un lenguaje por el cual se ilustren é infor-
men nuestras percepciones. Aprendo inmediatamente de
cualquier orador cuánto ha vivido ya por la fuerza ó el
esplendor de su lenguaje. La vida es para nosotros como
el triángulo de donde sacamos emblemas para la maso-
nería de hoy. Este es el medio de aprender gramática.
Las universidades y los libros sólo son copia del lenguaje
que hablan el campo y el taller. Pero el valor final de la
acción, como el de los libros, consiste en que es un re-
curso. Ese gran principio de la ondulación en la Natura-
leza que se muestra en la aspiración y respiración, en el
deseo y en la saciedad, en el flujo y reflujo del mar, en
el día y la noche, en el frío y calor, y en cuanto que está
engranado más profundamente en todo átomo y en todo
fluido, nos es conocido con el nombre de polaridad; estos
«accesos de fácil transmisión y reflexión», como Newton
los llamaba, son la ley de la Naturaleza, porque son la
ley del espíritu.

El espíritu piensa ahora; ahora obra, y cada acceso reproduce al otro. Cuando ha agotado sus materiales, cuando la fantasía ya no pinta, cuando los pensamientos ya no se reciben y los libros causan fastidio, siempre tiene el recuerdo *de vivir*. El carácter es más elevado que la inteligencia. Pensar es la función. Vivir es el funcionario. El arroyo se retira á su manantial. Un alma grande será enérgica para vivir tanto como para pensar. ¿Falta órgano ó medio para comunicar sus verdades? Todavía puede recaer sobre esta fuerza elemental de vivirlos. Este es un acto total. El pensar es un acto parcial. La grandeza de la justicia ha de resplandecer en sus asuntos. La belleza del afecto ha de alegrar su hermoso tejado. Estos hombres «alejados del bullicio», que residen y obran con él, comprenderán la fuerza de su constitución, en los actos y acontecimientos del día, mejor de lo que puede apreciarse por cualquier ostentación pública y estudiada. El tiempo le enseñará que el sabio no pierde las horas que el hombre vive. Aquí encierra el sagrado germen de su instinto puesto al abrigo de la influencia. Lo que se pierde en gracia se gana en energía. No vendrá de entre aquellos cuyos sistemas de educación han agotado su cultura el gigante que ha de ayudar á destruir lo antiguo ó fundar lo nuevo, sino de la inviolada Naturaleza salvaje, de los terribles druidas, como el último Alfredo y Shakspeare.

Por eso oigo con gusto cuanto se diga de la dignidad y necesidad de trabajo para cada ciudadano. Hay virtud, sin embargo, en la azada, para las manos prácticas como para las inexpertas. Y el trabajo es en todas partes bien acogido: se nos invita al trabajo; sólo ha de observarse esta limitación: que un hombre, en obsequio de una actividad más amplia, sacrificará cualquier opinión al juicio popular y á su modo de obrar.

He hablado ahora de la educación del intelectual por medio de la Naturaleza, por medio de los libros y por medio de la acción. Resta decir algo de sus deberes. Son los que constituyen al Hombre Pensador. Todos pueden comprenderse en la confianza en sí mismo. El oficio del intelectual es consolar, educar y guiar á los hombres, mostrándoles los hechos en medio de las apariencias. Se dedica á la tarea vil, deshonrosa y mal pagada de la observación. Flamsteed y Herschel, en sus vidriados observatorios, pueden catalogar las estrellas, mereciendo alabanzas de todos los hombres; y siendo espléndidos y útiles los resultados, es segura la honra. Pero él, en su observatorio privado, catalogando las obscuras y nebulosas estrellas del espíritu humano, en que ningún hombre piensa; espiando á veces días y meses por unos pocos hechos; corrigiendo sus antiguos recuerdos, debe renunciar á la ostentación y á la fama. En el largo período de preparación, debe muchas veces revelar ignorancia é ineptitud en las artes populares, incurriendo en el desdén de los aptos, que le echan á un lado. Debe tartamudear en su lenguaje; muchas veces debe olvidar las lenguas vivas por las muertas. Lo que es peor aún, debe aceptar ¡cuántas veces! la pobreza y la soledad. Por la comodidad y el placer de pisar el antiguo camino, aceptando las modas, la educación, la religión de la sociedad, se toma la molestia de hacerlas suyas; y, como es natural, la acusación de sí mismo, el ánimo pusilánime, la frecuente incertidumbre y pérdida del tiempo, que son las zarzas y ortigas en el camino de los que confían en sí mismos y de los que á sí mismos se dirigen; y el estado de hostilidad virtual en que parece estar con la sociedad, y especialmente con la sociedad educada. Para toda esta pérdida y desdén, ¿qué compensación hay? Ha de encontrar consuelo en ejercer las más elevadas funcio-

nes de la Naturaleza humana. Es un individuo que ha de desprenderse de las consideraciones privadas, y respirar y vivir á costa de los pensamientos públicos é ilustres. Es el ojo del mundo. Es el corazón del mundo. Ha de resistir la prosperidad vulgar que degenera en barbarismo, conservando y comunicando los sentimientos heroicos, las nobles biografías, el verso melodioso y las conclusiones de la Historia. Cualesquiera que sean los oráculos que el corazón humano, en todas las horas solemnes, ha empleado como comentario sobre el mundo de las acciones, todos los recibirá y comunicará. Y cualquier nuevo veredicto que la Razón desde su inviolable estrado pronuncie sobre los hombres pasajeros y sobre los acontecimientos del día, lo oirá y promulgará.

Siendo éstas sus funciones, se le hace sentir toda confianza en sí mismo y no condescender nunca con el clamoreo popular. Él, y sólo él, conoce el mundo. El mundo de cualquier momento es la más pura apariencia. La mitad del género humano aplaude alguna gran jerarquía, algún gran fetique de un gobierno, algún negocio efímero, alguna guerra ó algún hombre, y la otra mitad los difama, como si todo dependiese de este simple detalle (1). La diferencia está en que toda la cuestión no merece el más mezquino pensamiento, que el sabio ha desperdiciado al prepararse para la polémica. No le quitéis su creencia de que una escopetilla es una escopetilla, aunque los ancianos y venerables de la tierra afirman que ha de ser la ruina de un destino. En el silencio, en

(1) *As if all depended on this particular UP or DOWN .. Como si todo dependiese de este particular UP ó DOWN.* Así dice textualmente el autor, formando un giro incomprensible para quien no sepa que el verbo *to cry*, con la partícula *up* pospuesta, significa *aplaudir*, y con la partícula *down*, también pospuesta, significa *difamar*.—*N del T.*

la firmeza, en la severa abstracción, dejadle solo; que añada observación á observación, sufriendo el desdén, sufriendo el reproche; que aproveche el tiempo, contento, si puede satisfacerse á sí solo con haber visto algo cada día. El éxito le acompaña en todos los buenos pasos que da. Porque el instinto que le induce á decir á su hermano lo que piensa es seguro. Entonces aprende que al entrar en los secretos de su espíritu ha entrado en los secretos de todos los espíritus. Aprende que el que ha dominado cualquier ley en sus pensamientos privados, es dueño en el mismo grado de todos los hombres cuyo lenguaje habla y de todos aquellos á cuyo lenguaje puede traducirse. El poeta, en absoluta soledad, recordando sus pensamientos espontáneos, ha recordado aquello que los hombres de las «vastas ciudades» han juzgado verdadero para ellos también. El orador desconfía al principio de la oportunidad de sus francas confesiones, de la necesidad de conocer á las personas á quienes se dirige, hasta que ve que es el complemento de su auditorio, que éste bebe sus palabras porque satisface las exigencias de su naturaleza; cuanto más profundamente sondea en su privado y secreto presentimiento, descubre con gran sorpresa que es más aceptable, más público y más universalmente verdadero. El pueblo se deleita en él; la mejor parte de cada hombre comprende: ésta es mi música, éste soy yo mismo.

En la confianza en sí mismo se comprenden todas las virtudes. El sabio debe ser libre; libre y valiente. Libre según la definición de la libertad: «sin ningún obstáculo que no surja de su propia constitución». Valiente, porque el miedo es una cosa que un sabio echa á un lado por su misma función. El miedo nace siempre de la ignorancia. Es una vergüenza para él que su tranquilidad en tiempos difíciles surja de la presunción de que,

como la de los niños y mujeres, la suya es una clase protegida, ó que busque una paz temporal por la desviación de sus pensamientos de la política ó de las cuestiones molestas, ocultando su cabeza como un avestruz en los arbustos, atisbando en los microscopios, como un muchacho que silba para no tener miedo. Así el peligro es mayor peligro; así el miedo es peor. Al que es varonil, miradle frente á frente. Miradle á los ojos, investigad su naturaleza, inspeccionad su origen, mirad el cachorrillo de este león que no está muy detrás; entonces descubrirá en sí mismo una perfecta comprensión de su naturaleza y extensión; habiá puesto sus manos al otro lado, y puede desde aquí en adelante desafiario y vencerlo. El mundo es suyo, pues puede ver por su pretensión. La sordera, la ceguedad, la impasibilidad, el error que veis, son producidos sólo por el sufrimiento, por vuestro sufrimiento. Ved si es mentira y le habéis dado su golpe mortal.

Sí, nosotros somos los cobardes, nosotros los desconfiados. Corre una noción perjudicial: que hemos venido tarde á la Naturaleza, que el mundo acabó hace mucho tiempo. Como el mundo era plástico y fluido en manos de Dios, así ocurre siempre con los atributos que le concedemos. Para la ignorancia y el pecado, es roca. Se adaptan á él como pueden; pero, en proporción á como el hombre tiene algo divino en sí, el firmamento corre delante de él y toma su huella y forma. No es grande el que puede alterar la materia, sino el que puede alterar mi estado de espíritu. Esos son los reyes del mundo, los que dan el color de su pensamiento actual á toda la Naturaleza y á todo el arte, y persuaden á los hombres, por la placentera serenidad, de que esta cosa que hacen es la manzana que los siglos han deseado arrancar, ahora madura, é invitando á las naciones á la recolección. El gran hombre hace la gran cosa. Dondequiera

que Macdonald se sienta, él es el que preside la mesa. Linneo hace de la botánica el más atractivo de los estudios, y le desprende del agricultor y del herbolario; Davy hizo lo mismo con la Química, y Cuvier con los fósiles. El día es siempre del que trabaja durante él con serenidad y con gran entusiasmo. Los inconstantes juicios de los hombres preocupan á aquel cuyo espíritu se satisface con una verdad, como las hacinadas olas del Atlántico siguen á la luna.

Para esta confianza en sí mismo, la razón es tan profunda que no puede sondearse; tan obscura que no puede iluminarse. No me atraería las simpatías de mi auditorio si afirmase mi creencia. Creo que el hombre ha sido engañado, que se ha engañado á sí mismo. Casi ha perdido la luz que puede guiarle á sus prerrogativas. Los hombres no se dieron cuenta. Los hombres en la Historia, en el mundo de hoy, son chinchas, son estiércol: se les llama «las masas» y «el rebaño». En un siglo, en un milenio, uno ó dos hombres, es decir, una ó dos aproximaciones á la verdadera situación de cada hombre. Todos los demás ven en el héroe ó en el poeta su propio sér verde y crudo, madurado, y se contentan con ser menos de suerte que puedan alcanzar toda su estatura. ¡Qué testimonio lleno de grandeza, lleno de piedad, surge para las exigencias de su naturaleza, por mediación del pobre plebeyo, del pobre fanático, que se regocija en la gloria de su jefe! El pobre y el humilde encuentran alguna compensación á su inmensa capacidad moral por su aquiescencia á una inferioridad política y social. Se contentan con ser barridos como moscas al paso de un gran personaje, de suerte que haga justicia á esa naturaleza común que es el deseo más caro de todos ver ampliada y glorificada. Se asolean á la luz del gran hombre y comprenden que están en su elemento. Arrojan la

dignidad humana de sus despreciables individualidades y la echan sobre las espaldas de un héroe, pereciéndose por dar una gota de sangre para hacer latir ese gran corazón y hacer á esos gigantes músculos combatir y conquistar. Vive para nosotros y nosotros vivimos en él.

Los hombres, tales como son, buscan, naturalmente, el dinero ó el poder; y el poder porque es tan bueno como el dinero; los llamados «despojos del oficio». ¿Por qué no, ya que aspiran á lo más alto y que esto que sueñan es lo más alto? Despertadlos, y abandonarán el falso bien y se remontarán á la verdad y dejarán los gobiernos á los escribientes y pasantes. Esta revolución ha de llevarse á cabo por la modificación gradual de la idea de cultura. La principal empresa del mundo en favor de la cultura, por el desarrollo, es la educación de un hombre. Aquí están los materiales esparcidos por el terreno. La vida privada de un hombre será una monarquía más ilustre, más formidable para su enemigo, más suave y serena en su influencia para su amigo que cualquier reino de la historia, porque un hombre, rectamente considerado, comprende las naturalezas particulares de todos los hombres. Cada filósofo, cada bardo, cada actor, ha hecho por mí, como mediante un comisionado, lo que un día puedo hacer yo por mí mismo. Los libros que algún día hemos amado más que la órbita de los ojos, los hemos agotado completamente. Lo cual equivale á decir que hemos adoptado el punto de vista que el espíritu universal tomó por los ojos de ese escribiente; hemos sido ese hombre y hemos pasado de largo. Primero una, luego otra, agotamos todas las cisternas, y haciéndonos mayores con todos estos surtidos, recogemos un sustento mejor y más abundante. Nunca ha vivido el hombre que puede alimentarnos siempre. El espíritu humano no puede incrustarse en una persona que ponga una barrera por

cualquier sitio á este ilimitado é ilimitable imperio. Hay un fuego central que, flameando desde los bordes del Etna, alumbra las capas de Sicilia, y ahora, desde el cráter del Vesubio, ilumina las torres y viñas de Nápoles. Hay una luz que radia de mil estrellas. Hay un alma que anima á todos los hombres.

Pero he insistido acaso hasta el cansancio en esta abstracción del sabio. No debo diferir por más tiempo lo que tengo que decir, de más próxima referencia al tiempo y á este país. Históricamente, se cree que hay una diferencia en las ideas que predominan sobre épocas sucesivas; y hay datos para señalar el genio de la edad clásica, de la romántica y ahora de la reflexiva ó filosófica. Expuestas las opiniones que he apuntado sobre la unidad ó identidad del espíritu en todos los individuos, no insisto mucho en estas diferencias. En realidad, creo que cada individuo pasa por todas tres. El niño es griego; el joven, romántico; el adulto, reflexivo. No niego, sin embargo, que puede trazarse bastante resueltamente la idea directora.

Nuestro siglo está considerado como el siglo de la introspección. ¿Ha de ser un mal necesariamente? Al parecer somos críticos. Estamos entorpecidos por pensamientos secundarios. No podemos disfrutar de nada porque apetece saber en qué consiste el placer. Estamos con los ojos cerrados. Vemos con los pies. Nuestra época está infectada por la desgracia de Hamlet:

Sickled o'er with the pale cast of thought (1).

¿Es eso malo, pues? La vista es la última cosa de que hay que tener lástima. ¿Queríamos estar ciegos? ¿Tememos contemplar á la Naturaleza y á Dios y beber

(1) «Marcada con el pálido tinte del pensamiento »

la verdad seca? Considero el descontento de la clase literaria como una simple prueba del hecho de que no se encuentran en el estado de espíritu de sus padres y lamentan el estado de espíritu futuro porque no lo han probado, como un muchacho tiene miedo al agua antes de saber nadar. Si hay algún período en que se desee nacer, ¿no es el siglo de la Revolución, cuando lo viejo y lo nuevo se unen y admiten comparación; cuando las energías de todos los hombres son exploradas por el miedo y por la esperanza; cuando las glorias históricas del pasado pueden compensarse con las ricas posibilidades de la nueva era? Esta ocasión, como todas las ocasiones, es muy buena, si sabemos aprovecharnos de ella.

Descifro con júbilo algunos de los signos propicios de los días futuros, tales como se vislumbran ya en la Poesía y en el Arte, en la Filosofía y en la Ciencia, en la Iglesia y en el Estado. Uno de estos signos es el hecho de que el mismo movimiento que produjo la elevación de lo que se llamó la clase baja del estado tomó en la literatura un aspecto muy marcado y benigno. En vez de lo sublime y bello, se observó y se poetizó lo bajo, lo humilde, lo vulgar. Lo que había sido negligentemente pisoteado por los que estaban enjaezándose y aprovisionándose para largas jornadas por remotos países, se vió súbitamente que era más rico que todos los dominios extranjeros. La literatura de los pobres, los sentimientos del niño, la filosofía del arroyo, el significado de la vida doméstica, son los tópicos de nuestra época. Es un gran adelanto. Es un signo de nuevo vigor que las extremidades se hagan activas, que las corrientes de cálida vida circulen por las manos y por los pies. No estoy por lo grande, por lo remoto, por lo romántico, por lo que se hace en Italia ó en Arabia, por lo que es el arte griego ó el canto provenzal: abrazo lo común; ex-

ploro lo familiar; me siento al pie de lo bajo. Dadme intuición para hoy, y conoceréis los mundos antiguos y futuros. ¿De qué queréis saber realmente el significado? La harina en el cuartal; la leche en el lebrillo; la balada en la calle; las noticias del bote; el brillo de los ojos; la forma y la gallardía del cuerpo: mostradme la razón definitiva de estas cosas; mostradme la sublime presencia de la elevada causa espiritual acechando, como siempre acecha, en estos suburbios y extremidades de la Naturaleza; dejadme ver cada pequeñez de éstas radiando con la polaridad que la pone inmediatamente bajo una ley eterna; y veréis el almacén, el arado y el libro de caja en conexión con la misma causa por la cual la luz ondula y los poetas cantan, y el mundo no es ya una habitación de trastos viejos, sino que tiene forma y orden: no hay ya pequeñeces; no hay enigmas; sino que un mismo plan une y anima el más elevado pináculo y la zanja más honda.

Esta idea ha inspirado el genio de Goldsmith, Burns, Cowper, y, en tiempos más recientes, de Goethe, Wordsworth y Carlyle. Esta idea la han puesto ellos en práctica de distinto modo y con distinto éxito. En contraste con su manera de escribir, el estilo de Pope, de Johnson, de Gibbon, parece frío y pedantesco. El de ellos es ardiente y movido. El hombre se sorprende al descubrir que las cosas próximas no son menos bellas y asombrosas que las cosas remotas. Lo próximo explica lo distante. La gota es un océano en pequeño. Un hombre está en relación con toda la Naturaleza. La percepción del mérito de lo vulgar es fértil en descubrimientos. Goethe, que en esto es el más moderno de los modernos, nos ha mostrado, como nadie lo hizo jamás, el genio de los antiguos.

Hay un hombre de genio, que ha hecho mucho por

la filosofía de la vida, y cuyo valor literario nunca se ha estimado lo suficiente: hablo de Swedenborg. Siendo el más imaginativo de los hombres, aunque escribiese con la precisión de un matemático, se esforzó por injertar una ética puramente filosófica en el cristianismo popular de su época. Esta tentativa debía ofrecer, como es natural, dificultades que ningún genio podría dominar. Pero él vió y mostró la conexión entre la Naturaleza y los afectos del alma. Penetró el carácter emblemático ó espiritual del mundo visible, audible y tangible. Su musa, amante de las sombras, exploró é interpretó muy especialmente las partes inferiores de la Naturaleza, mostró el misterioso lazo que liga el mal moral con las formas materiales y ha dado en parábolas épicas una teoría de la locura, de las bestias, de las cosas inmundas y temibles. Otro signo de nuestra época, también marcado por un análogo movimiento político, es la nueva importancia concedida á cada individuo particular. Todo lo que tiende á aislar al individuo, á rodearle con las barreras del respeto natural—de suerte que cada hombre comprenda que el mundo es suyo, y el hombre se trate con el hombre como un soberano con otro soberano,—tiende á la unión así como á la grandeza. «Aprendí, decía el melancólico Pestalozzi, que ningún hombre, en la inmensa tierra de Dios, quiere ni puede ayudar á cualquier otro hombre.» La ayuda sólo debe venir del corazón. El sabio es el hombre que debe compendiar en sí toda la capacidad de su época, toda la herencia del pasado, todas las esperanzas del futuro. Debe ser una universidad de conocimientos. Si hay alguna lección que deba taladrar su oído más que otra, es ésta: El mundo no es nada, el hombre lo es todo; en vosotros mismos está la ley de toda la Naturaleza, y no sabéis sin embargo cómo se forma un glóbulo

de savia; en vosotros mismos duerme toda la razón; á vosotros os toca saberlo todo; á vosotros os toca atreveros á todo.

Señor Presidente: señores: esta confianza en el insondable poder del hombre debe poseerla por todos los motivos, por todas las profecías, por todas las preparaciones, el sabio americano. Hemos aprendido demasiado tarde las modas de Europa. El espíritu del americano es tímido, imitativo y dócil, según se sospecha. La avaricia pública y privada hace denso y espeso el aire que respiramos. El sabio es decente, indolente, complaciente. Ved ya las trágicas consecuencias. El espíritu de este país que aprendió á aspirar á objetos inferiores, se devora á sí mismo. No hay más trabajo que el decoroso y complaciente. Los jóvenes que más prometen, que comienzan á vivir en nuestras costas, oreados por los vientos de la montaña, iluminados por todas las estrellas de Dios, observan que la tierra no late al unísono de estas cosas; pero se apartan de la acción por el disgusto que les inspiran los principios con arreglo á los cuales se manejan los negocios y se hacen ganapanes ó mueren de disgusto: algunos de ellos se suicidan. ¿Cuál es el remedio?—No lo vieron; y miles de jóvenes confiados que ahora buscan carrera, no lo ven tampoco; y el remedio es que el hombre por sí solo se agarre indomablemente á sus instintos y allí se cobije, aunque el inmenso universo ruede delante de él. Paciencia, paciencia; llevemos por compañía las sombras de todos los buenos y los grandes; por solaz, la perspectiva de vuestra vida eterna; y por trabajo, el estudio y la comunicación de los principios, el hacer que estos estudios prevalezcan, la conversión del mundo. ¿No es la principal desgracia en el mundo no ser una individualidad; no ser estimado como un carácter; no rendir ese fruto peculiar que cada

hombre fué creado para dar, sino ser estimado en la masa, entre ciento ó mil, del partido ó la sección á que pertenecemos; y nuestra opinión predicha geográficamente, como el norte ó el sur? No así, hermanos y amigos; Dios mediante, los nuestros no serán así. Caminaremos con nuestros pies, trabajaremos con nuestras manos, diremos nuestros pensamientos. Entonces el hombre no será ya un sér digno de lástima, de duda y de sensual indulgencia. El miedo y el amor al hombre serán un muro de defensa y una guirnalda de alegría á nuestro alrededor. Por vez primera existirá una nación de hombres, porque cada cual se cree inspirado por el alma divina que también inspira á todos los hombres.

DISCURSO

pronunciado ante la clase de antiguos del Colegio de Dios, de Cambridge, en la tarde del domingo 15 de Julio de 1838

En este refulgente verano, ha sido un lujo aspirar el aire de la vida. La hierba crece, el capullo se abre, la pradera se ilumina de rojo y oro con los matices de las flores. La atmósfera está poblada de pájaros y suavizada por el aroma de los pinos, el bálsamo de Gibad y el haya nueva. La noche no da tristeza á la tierra con su benéfica sombra. A través de la transparente obscuridad las estrellas derraman sus rayos casi espirituales. El hombre bajo ellos parece un niño y su inmenso globo un juguete. La noche fresca baña al mundo como con un río, y prepara sus ojos de nuevo para la luz carmesí del alba. Nunca se desplegó más ostentosamente el misterio de la Naturaleza. El trigo y el vino han sido libremente distribuídos á todas las criaturas, y el silencio nunca interrumpido con que la antigua bondad avanza, no ha dado una palabra de explicación. Se ve uno obligado á respetar la perfección de este mundo en que se deleitan nuestros sentidos. ¡Cuán inmenso! ¡Cuán rico! ¡Qué invitación hace á todas las facultades del hombre! En su fértil suelo, en su mar navegable, en sus montañas llenas de metal y de piedra, en sus bosques, en sus animales, en sus ingredientes químicos, en la fuerza y en la dirección

de la luz, del calor, de la atracción y de la vida, merece que la observen y disfruten el cerebro y el corazón de todos los grandes hombres. Los plantadores, los mecánicos, los inventores, los astrónomos, los arquitectos y los capitanes, los honra la historia con gusto.

Mas desde el momento en que el espíritu escruta y revela las leyes que rigen al Universo, y hace de las cosas lo que son, entonces convierte el mundo en un simple comentario y fábula de este espíritu. ¿Qué soy yo y qué es el mundo?, pregunta el espíritu humano, con una curiosidad siempre avivada, pero nunca extinguida. Mirad estas leyes predominantes, que nuestra imperfecta comprensión puede ver tomar esta ó la otra forma, pero nunca formar un círculo. Mirad estas infinitas relaciones, tan iguales y á la vez tan distintas, que son muchas y, sin embargo, son una. Quiero estudiar, quiero saber, quiero admirar para siempre. Estas obras de la inteligencia han sido las diversiones del espíritu humano en todos los siglos.

Una belleza más secreta, suave y omnipotente aparece al hombre cuando su corazón y su espíritu se abren al sentimiento de la virtud: entonces inmediatamente es instruído en lo que está sobre él. Aprende que su sér no tiene límites; que ha nacido para el bien y la perfección, por más que ahora yazga en el mal y en la miseria. Lo que venera es todavía suyo, aunque no lo ha realizado. *Debe.* Conoce el sentido de esa gran palabra, aunque deja de darse cuenta de su análisis. Cuando, inocentemente ó por percepción intelectual, llega á decir: «Amo lo recto; la verdad es hermosa siempre; virtud, soy tuyo; sálvame; sírvete de mí; me someteré á tu voluntad día y noche, en lo grande, en lo pequeño que pueda ser, no virtuoso, sino virtud», entonces se cumple el fin de la creación, y Dios queda satisfecho.

El sentimiento de la virtud es una reverencia y placer en la presencia de ciertas leyes divinas. Comprende que este método de vida familiar que llevamos encubre, bajo lo que parecen necios detalles, principios que asombran. El niño, en medio de sus baratijas, está aprendiendo la acción de la luz, el movimiento, la gravedad, la fuerza muscular; y en el método de la vida humana, entran el amor, el miedo, la justicia, el apetito, el hombre y Dios. Estas leyes se niegan á ser adecuadamente establecidas. No serán escritas sobre el papel por nosotros ó para nosotros, ni la lengua las dirá. Eluden, evaden nuestro perseverante pensamiento, y sin embargo, las leemos en el rostro de cada uno, en las acciones de cada uno, en nuestro propio remordimiento. Los rasgos morales que van englobados en todo acto y pensamiento virtuoso, debemos separarlos en el lenguaje y describirlos ó indicarlos con la penosa enumeración de muchas particularidades. Sin embargo, como este sentimiento es la esencia de toda religión, permitidme que guíe vuestra vista á los objetos precisos del sentimiento, por una enumeración de algunas de esas clases de hechos en que este elemento es evidente.

La intuición del sentimiento moral es una intuición de la perfección de las leyes del alma. Estas leyes se ponen en práctica. Están fuera del tiempo, fuera del espacio, y no se encuentran sujetas á las circunstancias. Así en el alma del hombre hay una justicia cuyas retribuciones son inmediatas y completas. El que hace una buena acción se ennoblece inmediatamente. El que hace una acción vil queda obligado por la acción misma. El que se despoja de la impureza contrae la pureza. Si un hombre es de corazón justo, entonces es Dios; la seguridad de Dios, la inmortalidad de Dios, la majestad de Dios, entran en ese hombre con la justicia. Si un hombre di-

simula, se engaña, se engaña á sí mismo y hace conocimiento consigo mismo. Un hombre, en vista de la absoluta bondad, adora con total humildad. Todo paso hacia adelante es un paso hacia arriba. El hombre que se renuncia entra en sí mismo al hacerlo así.

¡Ved cómo trabaja por todas partes esta rápida energía intrínseca, enderezando entuertos, corrigiendo apariencias y poniendo los hechos en armonía con los pensamientos! Su operación en la vida, aunque lenta para los sentidos, es, al fin, tan segura como en el alma. Por ella, un hombre se convierte en la Providencia, dispensando el bien á su bondad y el mal á su pecado. El carácter se conoce siempre. Los hurtos nunca enriquecen; las limosnas nunca empobrecen; el asesinato se divulgará fuera de los muros de piedra. La menor mezcla de mentira—por ejemplo, la más escasa mezcla de vanidad, la menor tentativa por causar una buena impresión, una favorable apariencia—viciará inmediatamente el efecto; pero hablad la verdad, y toda la Naturaleza y todos los espíritus os ayudarán con inesperado apoyo. Hablad la verdad, y todas las cosas vivas ó brutas serán testigos vuestros, y las raíces de la hierba que hay debajo de tierra parecerán excitaros y moveros á dar vuestro testimonio. Ved de nuevo cómo la perfección de la Ley se aplica á los afectos y se convierte en la ley de la sociedad. Como somos, así nos asociamos. El bueno busca por afinidad al bueno; el vil, por afinidad, al vil. Así, de su volición, las almas pasan á los cielos ó al infierno.

Estos hechos siempre han sugerido al hombre el credo sublime de que el mundo no es el producto de múltiples fuerzas, sino de una Voluntad, de un Espíritu; y que un espíritu domina en todas partes, en cada rayo de la estrella, en cada onda de la laguna; que es un espíritu activo; y que todo lo que se opone á esa voluntad se frus-

tra y falla siempre, porque las cosas pasan así y no de otro modo. El bien es positivo. El mal es únicamente privativo, no absoluto. Es como el frío, que es la privación del calor. Todo mal es muerte ó no-existencia. La bondad es absoluta y real. Tanta bondad como tiene un hombre, tanta vida tiene; porque todas las cosas proceden de este mismo espíritu, que se llama amor, justicia ó templanza, en sus distintas aplicaciones, así como el océano recibe diferentes nombres por las varias costas que baña. Todas las cosas proceden del mismo espíritu y todas las cosas conspiran con él. Mientras un hombre busca buenos fines, es fuerte, con toda la fuerza de la Naturaleza. En cuanto que se extravía de estos fines, se despoja del poder, de sus auxiliares;—se desprende de todas las cadenas remotas, se hace cada vez menos: un átomo, un punto, hasta que la absoluta maldad es la muerte absoluta.

La percepción de esta ley de leyes despierta en el espíritu un sentimiento que llamamos el sentimiento religioso y que constituye nuestra mayor felicidad. Asombroso es su poder para encantar y mandar. Es un aire de la montaña. Es el perfumador del mundo. Es mirra y estoraque, clorina y romero. Hace á los cielos y á las montañas sublimes, y es el silencioso canto de las estrellas. Por este sentimiento el Universo se hace seguro y habitable, no por la ciencia ó el poder. El pensamiento puede obrar frío é intransitivo en las cosas y no encontrar fin ó unidad; pero el alba del sentimiento de la virtud en el corazón da la seguridad de que la ley es soberana sobre todas las naturalezas; y los mundos, el espacio, el tiempo, la eternidad, parecen estallar de júbilo.

Este sentimiento es divino y deificante. Es la beatitud del hombre. Le hace ilimitable. Por él se conoce el alma. Corrige el error capital del niño, que trata de ser

grande siguiendo al grande, y espera sacar ventajas *de otro* y lo corrige demostrándole que el origen de todo bien está en sí mismo, y que él, lo mismo que todo hombre, es una puerta en los abismos de la Razón. Cuando dice: «Debo», cuando el amor le anima, cuando escoge, advertido de lo alto, la buena y grande acción, entonces por su alma vagan supremas melodías enviadas de la Sabiduría Suprema; entonces puede adorar y ampliarse por su culto, porque nunca puede ir detrás de este sentimiento. En los más sublimes vuelos del alma, la rectitud nunca es exagerada, el amor nunca es excesivo.

Este sentimiento forma la base de la sociedad y sucesivamente crea todas las formas de culto. El principio de veneración nunca muere. El hombre caído en la superstición, en la sensualidad, nunca queda en absoluto sin visión del sentimiento moral. En cierto modo, todas las expresiones de este sentimiento son sagradas y permanentes en proporción á su pureza. Las expresiones de este sentimiento nos afectan más profundamente que todas las demás composiciones. Las sentencias del tiempo viejo, que exhalan esta piedad, son todavía nuevas y fragantes. Este pensamiento arraiga siempre más profundamente en los espíritus de los hombres, en el devoto y meditabundo Oriente; no sólo en Palestina, donde llegó á su más pura expresión, sino en Egipto, en Persia, en la India, en China. Europa siempre ha debido al genio oriental sus divinos impulsos. Lo que estos santos bardos decían, todos los hombres sanos lo encuentran agradable y verdadero. Y las únicas impresiones de Jesús sobre el género humano, cuyo nombre no está tanto escrito como grabado en la historia del mundo, es prueba de la virtud sutil de esta infusión.

Entretanto, mientras las puertas del templo están abiertas noche y día ante todos los hombres, y los orácu-

los de esta verdad nunca cesan, está guardado por una severa condición; á saber, una intuición. No puede recibirse de segunda mano. Verdaderamente, no es la instrucción, sino la provocación, lo que puedo recibir de otra alma. Lo que él anuncia, debo primero encontrarlo verdadero en mí, ó rechazarlo absolutamente; y bajo su palabra, sea quien sea, no puedo aceptar nada. Por el contrario, la ausencia de esta fe primaria es la presencia de la degradación. Como es el flujo, así es el reflujo. Dejad que parta esta fe y que las palabras se pronuncien y que las cosas se realicen; y entonces se hacen falsas y perniciosas. Entonces caen la Iglesia, el Estado, el Arte, las Letras, la Vida. Al olvidarse la doctrina de la naturaleza divina, una enfermedad infecta y encanija la constitución. En algún tiempo, el hombre lo era todo; ahora es un apéndice, un estorbo. Y porque no puede despojarse en absoluto del interior Espíritu Supremo, su doctrina sufre esta perversión: que la naturaleza divina se atribuye á una ó dos personas y se niega á todas las demás con furia. Se pierde la doctrina de la inspiración; la vil doctrina de la mayoría de votos usurpa el puesto á la doctrina del alma. Los milagros, la profecía, la poesía, la vida ideal, la vida santa, existen únicamente como historia antigua; no están en las creencias ni en las aspiraciones de la sociedad; sino que, cuando se mencionan, parecen ridículas. La vida es cómica ó lastimosa, tan pronto como desaparecen de la vista los altos fines de la existencia, y el hombre se hace miope y sólo puede atender á lo que afecta á los sentidos.

Estas opiniones generales, que, en cuanto que son generales, nadie discutirá, encuentran abundante explicación en la historia de la religión y especialmente en la historia de la Iglesia cristiana. En ella hemos nacido y nos hemos criado todos nosotros. La verdad contenida

en ella vais á enseñarla ahora vosotros, jóvenes amigos. Como culto establecido del mundo civilizado, tiene gran interés histórico para nosotros. De sus benditas palabras, que han sido el consuelo de la humanidad, no necesitáis que os hable. Me esforzaré por cumplir mi deber con vosotros en esta ocasión, señalando dos errores en su administración, que cada día parecen más graves, desde el punto de vista que hemos adoptado.

Jesucristo pertenecía á la verdadera raza de profetas. Vió con ojos abiertos el misterio del alma. Atraído por su severa armonía, encantado con su belleza, vivió en ella. Sólo él en toda la historia estimó la grandeza del hombre. Vió que Dios se encarna en el hombre y siempre sale á tomar posesión de su mundo. Decía en este júbilo de emoción sublime: «Soy divino. Por mí obra Dios, por mí habla. Si queréis ver á Dios, véme á mí, ó véte á ti, cuando piensas como yo pienso». Pero ¡qué falseamiento sufrió su doctrina y su recuerdo en el mismo siglo y en los siguientes! No hay doctrina de la razón que pueda ser enseñada por el entendimiento. El entendimiento bebió este sublime canto en los labios del poeta, y dijo al siglo siguiente: «Este fué Dios, bajado de los cielos. Os mataré si decís que fué hombre». Su idioma y sus figuras retóricas han usurpado el puesto de su verdad; y las iglesias no se construyen con sus principios, sino con sus tropos. El Cristianismo se convirtió en un mito, como la enseñanza poética de Grecia y Egipto lo había sido antes. Habló de milagros, porque comprendió que la vida del hombre era un milagro y todo lo que el hombre hace un milagro; y supo que este cotidiano milagro resplandece más á medida que el hombre es más divino. Pero la palabra milagro, según la pronuncian las iglesias cristianas, da una falsa impresión: es un monstruo. No se identifica con el trébol ventoso ni con la lluvia

que cae. Sintió respeto por Moisés y los profetas, pero no sintió inadecuada ternura de posponer sus revelaciones iniciales á la hora y al hombre que ahora existe, á la eterna revelación del corazón. Así fué un verdadero hombre. Habiendo visto que la ley domina en nosotros, no quiso ser dominado. Audazmente, con la mano, el corazón y la vida, declaró que era Dios. Así fué un verdadero hombre. Así es, á mi juicio, la única alma de la Historia que apreció el mérito de un hombre.

1. Al contemplar así á Jesús, comprendemos claramente el primer defecto del Cristianismo histórico. El cristianismo histórico ha decaído en el error que corrompe todas las tentativas para comunicar la religión. Tal como se nos presenta y se nos ha presentado durante muchos siglos, no es la doctrina del alma, sino una exageración de lo personal, lo positivo, lo ritual. Hase insistido y se insiste, con perjudicial exageración, sobre la *persona* de Jesús. El alma no conoce las personas. Invita á todos los hombres á ensancharse hasta el círculo completo del Universo, y no tiene más preferencias que las del amor espontáneo. Pero, por mediación de esta monarquía oriental del Cristianismo, que la indolencia y el miedo han creado, el amigo del hombre se hizo injuriador del hombre. La manera como su nombre está rodeado de expresiones, que fueron un día expansiones, pero están ahora petrificadas en títulos oficiales, mata toda generosa simpatía y gusto. Todos los que me oyen deben comprender que el lenguaje en que habla Cristo á Europa y América no es el estilo de la amistad y del entusiasmo propio de un corazón noble y bueno, sino que es apropiado y formalista; pintamos un semidiós, como los griegos describirían á Osiris ó Apolo. Aceptad de lleno las injuriosas imposiciones de nuestra primera instrucción catequística, y hasta la honradez y la abnega-

ción no serían más que espléndidos pecados si no llevan el nombre cristiano. Quisiera uno ser:

A pagan suckled in a creed outworn (1),

antes que ser privado de su viril derecho á penetrar en la Naturaleza y encontrar no los nombres y los lugares, no el terreno y profesiones, sino hasta la virtud y la verdad prohibidas y monopolizadas. No seréis aún un hombre. No poseeréis el mundo; no os atreveréis á vivir con arreglo á la infinita ley que está dentro de vosotros y en compañía con la infinita Belleza que los cielos y la tierra os reflejan en todo lo hermoso que existe para nosotros; sino que debéis subordinar vuestra naturaleza á la de Cristo, debéis aceptar vuestras interpretaciones y tomar su retrato tal como el vulgo lo dibuja.

Eso es siempre lo mejor que se me da á mí mismo. La gran doctrina estoica me excita hasta lo sublime. Obedece á ti mismo. Lo que muestra Dios en mí me fortifica. Lo que muestra Dios fuera de mí me hace una verruga y un lobanillo. No poseo ya la razón necesaria de existir. Ya las espesas sombras del olvido prematuro se ciernen sobre mí y moriré para siempre. Los bardos divinos son los amigos de mi virtud, de mi inteligencia, de mi energía. Me advierten que los rayos que atraviesan mi espíritu no son míos, sino de Dios; que tenían los mismos rayos y no eran desobedientes á la celeste visión. Así los amo. De ellos salen nobles provocaciones invitándome también á emanciparme, á resistir al mal, á someter el mundo y á *ser*. Y así, por sus santos pensamientos, Jesús nos sirve, y sólo así. Aspirar á convertir á un hombre por milagros es una profanación del alma. Una verdadera conversión, un

(1) «Un pagano amamantado en un credo gastado.»

verdadero Cristo, ahora, como siempre, ha de llevarse á cabo por la recepción de hermosos sentimientos. Es cierto que un alma grande y generosa, como la suya, al andar entre los sencillos se hace preponderar, como él lo hizo, de tal suerte que da nombre al mundo. El mundo paréceles que existe para él; y no han penetrado tan profundamente en su sentido que vean que sólo volviendo de nuevo á sí mismos ó á Dios en sí mismos pueden vivir para siempre. Es un vil beneficio darme algo; es un gran beneficio ponerme en condiciones de hacer algo por mí mismo. Ha llegado el tiempo de que todos los hombres vean que el dón de Dios al alma no es una santidad ostentosa, dominante, exclusiva, sino una bondad suave, natural, una bondad como la tuya y la mía, y que así invita á la tuya y á la mía á existir y desarrollarse.

La injusticia del tono de predicar no es menos flagrante para Jesús que para el alma que profana. Los predicadores no ven que no hacen alegre el evangelio, pues le despojan de las vedijas y los atributos de los cielos. Cuando veo un majestuoso Epaminondas ó Washington; cuando veo, entre mis contemporáneos, un verdadero orador, un juez recto, un querido amigo; cuando vibro con la melodía y la fantasía de un poema, veo la belleza que es de desear. Y tan amablemente, aunque con más completo consentimiento de mi sér humano, suena en mi oído la severa música de los bardos que han cantado al verdadero Dios en todos los siglos. Ahora no degradan la vida y los diálogos de Cristo con el círculo de este canto, por aislamiento y peculiaridad. Dejadlos estar, como surgieron, vivos y ardientes, formando parte de la vida humana y del paisaje y del día agradable.

2. El segundo defecto del tradicional y limitado modo de usar el espíritu de Cristo es una consecuencia

del primero; á saber: que la naturaleza moral, que la ley de las leyes, cuyas revelaciones introducen la grandeza, é introducen, sí, á Dios mismo, en el alma franca, no es explorada como fuente de la enseñanza establecida en la sociedad. Los hombres han llegado á hablar de la revelación como algo hace mucho dado y hecho, como si Dios fuese muerto. La injuria á la fe ahoga al predicador; y la más buena de las instituciones se convierte en una voz incierta é inarticulada.

Es muy cierto que el efecto de la conservación en la belleza del alma consiste en engendrar un deseo y necesitar comunicar á otros el mismo conocimiento y amor. Se niega la expresión; el pensamiento cae como un peso sobre el hombre. Siempre el profeta es un orador. De algún modo se comunica su sueño. Algunas veces con el lápiz sobre el lienzo; algunas veces con cincel en el mármol; algunas veces en torres y naves de granito se construye el culto de su alma; algunas veces en antífonas de música indefinida, pero más clara y permanente en palabras.

El hombre enamorado de esta excelencia se hace su sacerdote ó poeta. El oficio es contemporáneo del mundo. Pero observad la condición, la limitación espiritual del oficio. El espíritu sólo puede enseñar. No puede enseñar cualquier hombre profano, ni sensual, ni embustero, ni esclavo, sino que sólo puede el que tiene; sólo puede crear el que existe. El hombre en quien descien- de el alma, por quien el alma habla, sólo puede; y todo hombre puede abrir su puerta á estos ángeles y ellos le darán el dón de lenguas. Pero el hombre que aspira á hablar como los libros ponen en condiciones de hablar, como los sínodos acostumbran, como la moda guía y como el interés manda, balbucea: dejadlo callar.

A este santo oficio os proponéis dedicaros. Deseo

que podáis comprender vuestro llamamiento en latidos de deseo y de esperanza. El oficio es lo primero en el mundo. De esa realidad no puede sufrir la deducción de cualquier necesidad. Y es mi deber deciros que la necesidad de nueva revelación nunca fué mayor que ahora. Por las opiniones que ya he expresado, inferiréis la triste convicción, que yo comparto con miles de hombres, de la universal decadencia y casi muerte de la fe en la sociedad. El alma no se predica. La Iglesia parece amenazar ruina; extinguese casi su vida toda. En esta ocasión sería criminal cualquier complacencia para con vosotros, cuya confianza y comisión es predicar la fe de Cristo, haciéndoos que la fe de Cristo está predicada.

Es tiempo de que este mal sofocado murmullo de todos los hombres pensadores contra el hambre de nuestras iglesias; este gemido del corazón porque está privado del consuelo, la esperanza y la grandeza, que nace sólo de la cultura de la Naturaleza moral, debe oírse durante el sueño de la indolencia y sobre el bullicio de la rutina. Este grande y perpetuo oficio del predicador no se cumple. El predicar es la expresión del sentimiento moral en aplicación á los deberes de la vida. ¿En cuántas iglesias, por cuántos profetas se nos dice que el hombre sensible es un alma infinita; que los cielos y la tierra penetran en el espíritu; que está impregnándose del alma de Dios? ¿Dónde suena ahora la persuasión que con su melodía deleita mi corazón y así afirma su origen en los cielos? ¿Dónde oiré palabras como las que en las épocas antiguas arrastraban á los hombres á dejarlo todo y seguirle: padre y madre, casa y tierra, esposa é hijo? ¿Dónde oiré estas angustas leyes del sér moral pronunciadas de tal suerte que llenen mi oído y me ennoblezcan con el ofrecimiento de mi completa acción y pasión? El testigo de la verdadera fe debe ser, segura-

mente, su poder para encantar y dominar el alma, como las leyes de la Naturaleza rigen la actividad de las manos, dominándonos de tal suerte que encontramos honra y gusto. La fe debe mezclarse con la luz del sol que sale y que se pone, con la nube que corre, con el pájaro que canta y con el aroma de las flores. Pero ahora el sábado del sacerdote ha perdido el esplendor de la Naturaleza; es desagradable; quedamos satisfechos cuando se acaba; podemos hacer, hacemos, aun sentándonos en los bancos de nuestras iglesias, uno mucho mejor, mucho más santo, mucho más suave para nosotros mismos.

Siempre que el púlpito es usurpado por un formalista, queda el creyente defraudado y desconsolado. Nos encogemos en cuanto comienzan las oraciones, que no nos exaltan, sino nos afligen y ofenden. Nos embozamos en nuestras capas y nos rodeamos, como mejor podemos, de una soledad en que no se oye nada. Oí una vez á un predicador, que me indujo á proponerme no ir más á la iglesia. Los hombres van, pensé yo, donde están acostumbrados á ir; de lo contrario, no iría nunca más un alma al templo por la tarde. Á nuestro alrededor caía una tempestad de nieve. La tempestad de nieve era real; el predicador puramente espectral, y los ojos sentían el triste contraste al mirarle y luego, por la ventana que estaba detrás de él, mirar el hermoso meteoro de la nieve. Había vivido en vano. No oyó ninguna palabra obligándole á reír ó á llorar, á casarse, á engañar, á disgustarse. Si hubiese vivido ú obrado alguna vez, nosotros no seríamos los más discretos para ello. El secreto capital de la profesión, á saber, convertir la vida en verdad, no lo ha aprendido. No ha importado á su doctrina ningún hecho de su experiencia. Este hombre había arado, plantado, hablado, comprado y vendido; había leído libros; había comido y bebido; le duele la cabeza;

su corazón palpita; sonríe y sufre; sin embargo, no había una sospecha, una insinuación, en todo discurso, de que había vivido alguna vez. Ni una línea sacó de la historia real. El verdadero predicador siempre puede conocerse por esto: que comunica al pueblo su vida; la vida penetrada por el ardor del pensamiento. Pero cuando se trata de un mal predicador no puede decirse del sermón en qué siglo del mundo se pronunció; si tuvo un padre ó un hijo; si fué un terrateniente ó un pobre; si fué ciudadano ó campesino; ó cualquier hecho de su biografía.

Parecía extraño que las gentes viniesen á la iglesia. Parecía como si sus hogares fuesen muy monótonos, pues que preferían este clamoreo. Demostraban que hay una atracción dominante en el sentimiento moral, que puede dar un ligero tinte de luz á la torpeza é ignorancia que vienen en su nombre y en su lugar. El buen oyente seguramente se ha emocionado alguna vez; seguramente ha de conseguir algo y puede coger alguna palabra. Cuando escucha estas vanas palabras, se consuela por su relación con el recuerdo de mejores horas y así resuenan y el eco las repite.

No ignoro que cuando predicamos indignamente, no es siempre en vano. Hay un buen oído en algunos hombres que proporciona provisiones á la virtud con sustento muy indiferente. Hay verdad poética oculta en todos los lugares comunes de la oración y de los sermones, y, aunque neciamente dicha, puede oírse discretamente: porque cada una es alguna expresión selecta que estalló en un momento de piedad de algún alma conmovida ó jubilosa y su excelencia se recordó. Las plegarias y aun los dogmas de nuestra Iglesia son como el zodiaco de Deuderah y los monumentos astronómicos de los indios, completamente aislados de algo ahora existente en la vida y ocupaciones del pueblo. Marcan la altura á que algún día

subieron las aguas. Pero esta docilidad es un obstáculo al perjuicio del bueno y del devoto. En una gran porción de la comunidad, el servicio religioso da origen á otros pensamientos y emociones. No necesitamos censurar al criado negligente. Estamos conmovidos por la piedad, con la ligera retribución de su pereza. ¡Ay del hombre infeliz que está llamado á subir al púlpito y no da alimento de vida! Todo lo que ocurre le acusa. ¿Exigirá contribuciones para las misiones extranjeras ó domésticas? Inmediatamente su rostro se cubre de vergüenza, al proponer á sus feligreses que enviasen dinero á ciento ó doscientas leguas, para proporcionar la pobre comida que tienen en casa, y harían bien en escapar á ciento ó mil leguas. ¿Inducirá al pueblo á un modo de vivir religioso? ¿Y puede pedir á un semejante que vaya á las reuniones del sábado cuando él y todos ellos saben lo que les espera allí? ¿Les invitará á la Cena del Señor? No se atreve. Si ningún corazón anima este rito, la superficial, seca y monótona formalidad es demasiado llana para que pueda soportarla un hombre de ingenio y de energía y responder á la invitación sin terror. En la calle, ¿qué ha de decir al osado pueblo que blasfema? El pueblo que blasfema ve el miedo en la cara, en la forma y en el talante del ministro.

No corrompáis la sinceridad de esta defensa con cualquier equivocación sobre las reclamaciones de los buenos hombres. Conozco y honro la pureza y la estricta conciencia de muchos clérigos. La vida que conserva el culto público, débela á la compañía de los hombres piadosos, que sirven en algunas iglesias; y que, algunas veces aceptando con demasiada ternura los dogmas de antaño, no han tomado de otros, sino de su propio corazón, los genuinos impulsos de virtud, y así todavía dominan nuestro amor y nuestro temor, á la santidad

del carácter. Por otra parte, las excepciones no han de encontrarse en algunos predicadores eminentes, como en las mejores horas, las verdaderas inspiraciones de todos; más aún, en los momentos sinceros de todo hombre. Pero, con cualquier excepción, es cierto todavía que la tradición caracteriza la predicación de este país; que sale de la memoria y no del alma; que aspira á lo que es usual y no á lo que es necesario y eterno; que así el cristianismo histórico destruye el poder de predicación, aislándola de la exploración de la naturaleza moral del hombre, donde está lo sublime, donde están los recursos de asombro y poder. ¡Qué cruel injusticia es para esa ley la alegría de toda la tierra, única que puede hacer el pensamiento generoso y rico; esa ley, cuya fatal seguridad emulan miserablemente las órbitas astronómicas, ley que es mofada y despreciada, de la que no se articula una palabra! Y por falta de esta cultura, el alma de la comunidad es enferma y páfida. Falta nada menos que una disciplina severa, elevada, estoica, cristiana, para hacerla conocerse á sí misma y á la divinidad que habla por ella. Ahora el hombre se avergüenza de sí mismo; se arrastra y se desliza por el mundo para ser tolerado, para ser compadecido; y apenas se atreve en mil años á ser sabio y bueno, y dejar así tras de sí las lágrimas y las bendiciones de sus semejantes.

Ciertamente hubo tres períodos en que, por la inactividad del entendimiento sobre ciertas verdades, fué posible mayor fe en nombres y personas. Los puritanos en Inglaterra y América encontraron en el Cristo de la Iglesia católica y en los dogmas heredados de Roma objeto para su austera piedad y sus aspiraciones á la libertad civil. Pero su credo está desapareciendo y ninguno nace en su lugar. No creo que ningún hombre pueda entrar en una de nuestras iglesias sin comprender que

lo que sostenía el culto público entre los hombres está desapareciendo. Ha perdido su influjo sobre el amor al bien y el miedo al mal. En el campo los vecindarios y las parroquias están *haciéndose señas* (1), para emplear el término local. Está ya comenzando á indicar que el carácter y la religión se apartan de las reuniones religiosas. He oído á una persona devota, que estimaba las funciones dominicales, decir con gran aflicción de ánimo: «Los domingos parece perjudicial ir á la iglesia». Y el motivo, que mejor lo sostiene, es ahora sólo una esperanza. Lo que fué alguna vez una mera circunstancia—que los hombres mejores y peores de la parroquia, los pobres y los ricos, los instruídos y los ignorantes, los jóvenes y los viejos, se reúnan un día como compañeros en una casa—ha llegado á ser un motivo supremo para ir allá.

Amigos, en estos dos errores encuentro las causas de esa calamidad de una Iglesia decadente y una incredulidad muy extendida, que propagan malignas influencias á nuestro alrededor y afligen el ánimo de los hombres. ¿Y qué mayor calamidad puede caer sobre una nación que la pérdida del culto? Entonces comienzan á decaer todas las cosas. El genio abandona el templo para frecuentar el Parlamento ó el mercado. La literatura se hace frívola. La ciencia es fría. Los ojos de la juventud no están iluminados por la esperanza de otros mundos; y la vejez es deshonorosa. La sociedad vive de bagatelas, y cuando los hombres mueren, no hacemos mención de ellos.

Y ahora, hermanos, preguntaréis: ¿Qué podemos hacer en estos días de desaliento? El remedio está ya declarado en el motivo de nuestras quejas sobre la Iglesia.

(1) *Signing off*.

Hemos comparado la Iglesia con el alma. En el alma, pues, ha de buscarse la redención. En un alma, en vuestra alma, hay recursos para el mundo. Donde un hombre llega, llega la revolución. Lo viejo es para los esclavos. Cuando un hombre llega, todos los libros son legibles, todas las cosas son transparentes, todas las religiones son fórmulas. Es religioso. El hombre es el obrador de milagros. Se ve en medio de milagros. Todos los hombres bendicen y maldicen. Sólo dice sí y no. Lo estacionario de la religión; la presunción de que ha pasado la época de la inspiración, de que la Biblia está cerrada; el temor á degradar el carácter de Jesús presentándole como hombre, indican con suficiente claridad la falsedad de nuestra teología. Es el oficio de un verdadero maestro, mostrarnos que Dios es, no era; que habla, no hablaba. El verdadero cristianismo—una fe como la de Cristo en la infinidad del alma—se pierde. Nadie cree en el alma del hombre, sino sólo en algún hombre, ó persona vieja ó ya fallecida. ¡Ay de mí! Ningún hombre va solo. Todos los hombres van en bandadas hacia este santo ó ese poeta, confesando al Dios que ve en secreto. No pueden ver en secreto; gustan de estar ocultos en público. Piensan que la sociedad es más sabia que su alma, y no saben que ese alma, su alma, es más sabia que todo el mundo. Ved cómo las naciones y las razas fueron arrastradas por el mar del tiempo y no dejan resquicio para saber dónde flotaron ó fueron á pique; y un alma buena hará venerable para siempre el nombre de Moisés, ó de Zenón, ó de Zoroastro. Nadie intenta que la severa ambición sea el sér de la Nación y de la Naturaleza; pero cada uno sería un accesorio fácil para cualquiera sistema cristiano ó conexión sectaria ú hombre eminente. Abandonad vuestro conocimiento de Dios y vuestro sentimiento y

tomad el conocimiento secundario, como el de San Pablo, el de Fox ó el de Swedenborg, y os desprendéis de Dios durante el tiempo que dura esta forma secundaria; y si, como ahora, dura siglos, ábrese un abismo tan inmenso que los hombres á duras penas pueden convenirse de que hay en ellos algo divino.

Permitidme que os aconseje, lo primero de todo, que vayáis solos; desechad los buenos modelos, aun los más sagrados en la imaginación de los hombres, y atrevedos á amar á Dios sin mediador ni velo. Encontraréis amigos bastantes que os proporcionarán para vuestra emulación Wesleys y Oberlins, santos y profetas. Dad gracias á Dios por estos buenos hombres; pero decid: «También soy yo un hombre». La imitación no puede superar á su modelo. El imitador se condena á impotente mediocridad. El inventor lo hizo porque era natural para él; y así en él tiene un encanto. En el imitador hay alguna otra cosa natural y se despoja de su belleza para restringir la de otro hombre.

Vos mismo, que sois un bardo recién nacido del Espíritu Santo, echad á un lado toda conformidad y reconoced que los hombres están unidos con la Divinidad. Sed para ellos un hombre. Considerad eso primero y sólo eso: que sois tales; que la moda, la costumbre, la autoridad, el placer y el dinero no son nada para vosotros; no son vendajes sobre vuestros ojos para que no podáis ver, sino que vivís con el privilegio del espíritu incommensurable. No tengáis demasiado anhelo de visitar periódicamente todas las familias y cada familia en nuestras relaciones de vecindad; cuando os encontráis con uno de estos hombres ó mujeres, sed para ellos un hombre divino; sed para ellos el pensamiento y la virtud; que sus tímidas aspiraciones encuentren en vosotros un favorecedor; que sus instintos pisoteados renazcan ge-

nialmente en vuestra atmósfera; que por sus dudas conozcan que habéis dudado y por su milagro comprendan que lo han obrado. Confiándoles vuestra propia alma, ganaréis mayor confianza sobre otros hombres. En vuestra sabiduría de tres al cuarto, en vuestra esclavitud habitual, destructora del alma, no dudáis que todos los hombres tienen sublimes pensamientos, que todos los hombres dan valor á las pocas horas reales de la vida; gustan de ser oídos; gustan de ser cogidos en la visión de los principios. Marcamos con luz en la memoria las pocas entrevistas que hemos tenido en los tristes años de rutina y de pecado, con almas que hacen más discretas nuestras almas, que hablan lo que pensamos, que nos dicen lo que sabemos, que nos dejan ser lo que interiormente somos. Quitad á los hombres el oficio sacerdotal, y, presentes ó ausentes, serán seguidos como por un ángel.

Y á este fin no aspiréis en los grados comunes del mérito. ¿No podemos dejar de amar la virtud que resplandece por la recomendación de la sociedad, y penetramos por nosotros mismos las profundas soledades de absoluta habilidad y mérito? Fácilmente llegamos á conseguir el tipo de bondad y sociedad. La alabanza de la sociedad puede asegurarse á muy bajo precio, y casi todos los hombres se contentan con estos felices méritos; pero el efecto inmediato de conversar con Dios consistirá en suprimirlos. Hay sublimes méritos; personas que no son actores ni oradores, sino influencias; personas demasiado grandes para la fama, para la ostentación; que desdeñan la elocuencia; á quienes lo que llamamos arte y artistas parece demasiado unido para la manifestación y para los intereses particulares; para la exageración de lo finito y lo egoísta y para la pérdida de lo universal. Los oradores, los poetas, los capitanes, nos

usurpan lo nuestro, como lo usurpan las mujeres hermosas, haciendo que les rindamos pleitesía y homenaje. Menospreciadles por preocupación de espíritu; menospreciadles, mientras podéis hacerlo á gusto, por medio de altas y universales aspiraciones, é inmediatamente comprenden que tenéis razón y que en puestos inferiores es donde deben brillar. También comprenden ellos que vosotros tenéis razón; porque ellos, como vosotros, están expuestos al influjo del omnisciente Espíritu, que aniquila ante su refulgente mediodía las sombras y gradaciones de la inteligencia en las composiciones que llamamos sabias.

En tan alta comunión, estudiemos los grandes rasgos de la rectitud; una intrépida benevolencia, una independencia amistosa, de suerte que los injustos deseos de los que nos aman no disminuirán nuestra libertad; sino que resistiremos, en obsequio de la verdad, el libre flujo de bondad y apelaremos á las simpatías muy de antemano; y (lo que es la forma más elevada en que conocemos este bello elemento) cierta solidez de mérito que no tiene nada que ver con la opinión, y que es tan esencial y evidentemente una virtud que se da por concedido que empleará el recurso bueno, valiente, generoso, y nadie piensa en recomendarlo. Felicitaríais á un mequetrefe que hace una obra buena, y no alabaríais á un ángel. El silencio que acepta el mérito como la cosa más natural del mundo es el aplauso más elevado. Esas almas, cuando así se presentan, son la Guardia Imperial de la Virtud, la reserva perpetua, los dictadores de la fortuna. No necesita uno alabar su valor; son el corazón y el alma de la Naturaleza. Oh amigos míos, hay en nosotros recursos que no hemos agotado. Hay hombres que se quedan satisfechos al oír una amenaza; hombres á quienes una crisis que intimida á la mayoría—pues

exige, no las facultades de prudencia y maña, sino la comprensión, la inmovilidad, la facilidad del sacrificio—les parece gracioso y amado como una novia. Napoleón decía á Massena que no estaba en sí hasta que la batalla comenzaba á ponerse en contra suya; luego, cuando la muerte comenzaba á penetrar en sus filas, ponía en juego sus poderes de combinación y extendía el terror y la victoria como un manto. Así en las crisis borrascosas, con inagotable paciencia, y en aspiraciones que pròvo-can simpatía por la cuestión, se muestra el ángel. Pero éstas son alturas que apenas podemos recordar y contemplar sin contrición y vergüenza. Demos gracias á Dios de que existen esas cosas.

Y ahora hagamos lo que podamos por reavivar el fuego oculto bajo cenizas y casi extinguido que está sobre el altar. Los males de esa Iglesia que ahora existe son evidentes. La cuestión quedará en pie. ¿Qué haremos? Confieso que todas las tentativas para proyectar y establecer un nuevo culto con ritos y formas parecenme vanas. La fe nos crea, y no nosotros á ella; y la fe crea sus propias formas. Todas las tentativas por combinar un sistema son tan fiás como el nuevo culto introducido por los franceses á la diosa de la Razón;—que hoy es cartón y filigrana, y mañana acabará en la locura y el asesinato. Dejad más bien que respiréis el aliento de la nueva vida por las formas ya existentes; porque si un día estáis vivos, encontraréis que se harán plásticas y nuevas. El remedio á su deformidad es: primero el alma, y segundo el alma, y siempre el alma. Todo un pontificado de fórmulas puede exaltarle y vivificarlo una pulsación de la virtud. Dos ventajas inestimables nos ha dado el Cristianismo: primero, el descanso dominical, el jubileo del mundo entero, cuya luz brilla y es bien acogida, igual en el gabinete del filóso-

fo, en la buhardilla del trabajador y en la celda del filósofo; y por todas partes sugiere, aun á los viles, una idea de la dignidad del sér espiritual. Que sea siempre un templo que restaure en su primitivo esplendor el nuevo amor, la nueva vista, la nueva fe del género humano. Y en segundo lugar, la institución de la predicación, el lenguaje del hombre con los hombres, que es por su esencia el más flexible de todos los órganos, de todas las formas. ¿Qué impide que ahora, por todas partes, en los pulpitos, en las salas de lectura, en las casas, en los campos, dondequiera que la invitación de los hombres ó vuestras ocasiones os guíen, digáis la verdad tal como vuestra vida y vuestra conciencia os la enseñan, y consoléis á los corazones ansiosos de los hombres con nueva esperanza y nueva revelación?

Espero la hora en que la suprema Belleza, que encantó el alma de estos hombres orientales, y principalmente de los hebreos, y por cuyos labios hablaron los oráculos en todo tiempo, hablará también en el Occidente. Las Escrituras griegas y hebreas contienen sentencias inmortales, que han sido el pan de vida para millones de hombres; pero no tienen integridad épica; son fragmentarias; no se muestran á la inteligencia en su orden. Espero al nuevo Maestro que seguirá estas leyes brillantes, que las verá realizarse plenamente, que verá completa su gracia, que verá que el mundo es el espejo del alma, que verá la identidad de la ley de gravitación con la pureza de espíritu, y que demostrará que el Deber se identifica con la Ciencia, con la Belleza y con la Alegría.

ÉTICA LITERARIA

Discurso pronunciado ante las Sociedades literarias del Colegio de Dartmouth, el 24 de Julio de 1838.

SEÑORES:

La invitación de hablaros este día, con que me habéis honrado, fué un llamamiento tan bien acogido que me apresuré á obedecerla. Una convocación para celebrar con literatos un festival literario es tan atractiva para mí, que disipa las dudas que yo pudiera abrigar sobre mi habilidad para comunicaros alguna idea digna de vuestra atención. He llegado á la edad madura; creo que no estoy menos satisfecho ó animoso con las reuniones de intelectuales que cuando por vez primera, siendo muchacho, vi á los graduados de mi colegio reunidos para celebrar su aniversario. Ni los años ni los libros han conseguido desarraigar un prejuicio entonces arraigado en mí: que un intelectual es el favorito de los cielos y la tierra, la gloria de su país, el más feliz de los hombres. Sus deberes le conducen directamente al buen terreno, donde las aspiraciones de otros hombres sólo se esbozan. Sus éxitos son ocasiones de la más pura alegría para todos los hombres. Es el ojo para el ciego; es el pie para los cielos. Sus fracasos, si es digno, son accesos á los más altos puestos. Y porque el

intelectual, por todo pensamiento que concibe, extiende su dominio al espíritu general de los hombres; no es uno, sino muchos. Los pocos intelectuales de cada país, cuyo genio conozco, no me parecen individuos, sino sociedades; y cuando ocurren acontecimientos de gran importancia, cuento con estos representantes de la opinión, á quien afectarán, como contaría con naciones. Y aun cuando sus resultados fuesen incommunicables, si se ocultasen en su propio espíritu, la inteligencia tiene algo tan sagrado en su posesión, que el hecho de su existencia y de sus conquistas no deja de tener su alegría.

Entretanto, sé que en este país domina un criterio muy distinto sobre la profesión del sabio; y la importunidad con que la sociedad apoya sus reclamaciones sobre los jóvenes, tiende siempre á pervertir las opiniones de éstos respecto á la cultura de la inteligencia. Algo mediocre y sórdido ha corrompido la imagen de este deber importante. No se busca con entusiasmo. Sus elevadas cortes de filosofía y de poesía están densamente pobladas, y la inteligencia todavía necesita la voz que le diga: «No duermas más».

De aquí el fracaso histórico en que Europa y América tan libremente han caído. Este país no ha cumplido lo que el género humano racionalmente esperaba. Los hombres consideraron, cuando los vínculos y lazos feudales se rompieron, que la Naturaleza, por mucho tiempo madre de los enanos, se resarciría con un linaje de gigantes, que retozarían y brincarían en el continente y escalarían las montañas del Oeste con el mensaje del genio y del amor. Pero la huella del mérito americano en pintura, escultura, poesía, ficción, elocuencia, parece ser cierta gracia sin grandeza, y no nueva, sino derivada; un ánfora de bellos contornos, pero vacía, que quienquiera que la vea puede llenar con el ingenio y carácter

que hay en él, pero que, como la nube cargada, se inunda de terrible belleza y arroja resplandores sobre todos los que la contemplan; musa que no prende en nosotros la gaira del genio despótico, y encadena un siglo con su pensamiento y emoción.

No me perderé en cuestiones vagas sobre cuáles son las limitaciones y cuáles las causas del hecho. Básteme decir, en general, que todas las razones particulares se compendian en ésta: que la desconfianza del género humano en el alma ha influído sobre el espíritu humano; que los hombres, aquí, como en todas partes, se oponen á la innovación, y prefieren cualquier antigüedad, cualquier uso, cualquier cargo productivo de comodidad ó provecho, al improductivo servicio del pensamiento. Sin embargo, en todas las horas de cordura, ponerse al servicio del pensamiento parece racional; el despotismo de los sentidos, insano. El sabio se estropea en las escuelas, aprende la palabrería, se hace un pedante; sin embargo, cuando comprende sus deberes es un realista, con preferencia á todos los hombres, y conversa con las cosas. Porque el sabio es el estudiante del mundo; y á medida que más precio tiene el mundo, y cuanto más se acerca al alma del hombre, tanto mayor es el mérito y el oficio del escolar. Las necesidades de los tiempos y la propiedad de este aniversario concurren á prestar atención á la doctrina de la *Ética literaria*. Sobre esa doctrina deseo exponeros algunas ideas. Lo que he de decir se distribuye en los tópicos de los recursos, el objeto y la disciplina del sabio.

I. Los recursos del sabio son proporcionados á su confianza en los atributos de la Inteligencia. Los recursos del sabio son connaturales con la Naturaleza y de la verdad, nunca pueden ser suyos, á no ser que los reclame con igual grandeza de espíritu. No puede conocerlos

hasta que ha contemplado con temor la infinidad é impersonalidad de la potencia intelectual y ha adorado esa gran luz. Cuando ha visto que no es suya ni de ningún hombre, sino que es el alma que hizo el mundo y que todo es accesible al mundo, entonces verá que él, como ministro suyo, puede tener rectamente todas las cosas subordinadas y conformes á él. Cuando está en el mundo, se siente su rey natural. Siendo un divino peregrino en la Naturaleza, todas las cosas esperan sus pasos. Sobre él corren las veloces constelaciones; sobre él corre el Tiempo, como ellas, apenas dividido en meses y años. Exhala el año como un vapor: su fragante aliento de canícula, su brillante cielo de Enero. Y así pasan en su espíritu, en clara transfiguración, los grandes acontecimientos de la historia para tomar de él un nuevo orden y escala. Es el mundo; y las épocas y los héroes de la cronología son imágenes pictóricas en que se manifiestan sus pensamientos. No hay acontecimiento que no brote del alma del hombre, y por eso nadie más que el alma del hombre puede interpretarlo. Todo presentimiento del espíritu se ejecuta en algún hecho gigantesco. ¿Qué otra cosa son Grecia, Roma, Inglaterra, Francia, Santa Elena? ¿Qué otra cosa son las iglesias, las literaturas y los imperios?

Pero el alma, comprendiendo así su derecho, debe ejercitarlo, como no se rinda á la usurpación de los hechos. Esencial á nuestra riqueza es la vigilante afirmación de la independencia espiritual, como enseña toda la historia de la literatura. El hombre nuevo debe comprender que es nuevo y no ha venido al mundo aferrado á las opiniones y usos de Europa, Asia y Egipto. El sentido de la independencia es como agradable barniz del rocío con el cual la tierra vieja, dura y consumida, y sus viejos productos, se renuevan cada mañana y brillan con

el último toque de la mano del artista. Una falsa humildad, una complacencia con las escuelas reinantes ó con la sabiduría de la antigüedad, no debe privarme de la suprema posesión de esta hora. Si cualquier persona tiene menos amor á la libertad, y menos celosamente guarda su integridad, ¿os dictará por eso á vosotros y á mí? Decid á esos doctores: Estamos agradecidos á vosotros, como lo estamos á la historia, á las pirámides y á los autores; pero ahora ha llegado nuestro día; hemos surgido del eterno silencio; y ahora viviremos, viviremos para nosotros mismos, y no como los asistentes de un funeral, sino como los sostenedores y creadores de nuestro siglo; y ni Grecia ni Roma, ni las tres Unidades de Aristóteles, ni los tres Reyes de Colonia ni el Colegio de la Sorbona ni la Revista de Edimburgo han de dominar. Ahora hemos llegado y daremos nuestra interpretación de las cosas. Afortunadamente, las cosas para mí deben tomar mi escala, no yo la suya. Dié con el rey guerrero: «Dios me dió esta corona, y todo el mundo no me la quitarán».

Todo el valor de historia, de la biografía, es aumentar la confianza en mí mismo, demostrando lo que el hombre puede ser y hacer. Esta es la moral de los Plutarcos, los Tennemans, los Cudworths, que nos dan la historia de los hombres ó de las opiniones. Cualquier historia de la filosofía fortifica mi fe en los tesoros del alma, demostrándome que los elevados dogmas, que he supuesto fueron el raro y tardío fruto de una cultura acumulada y ahora sólo posible para algún reciente Kant ó Fichte, fueron la pronta improvisación de los investigadores más antiguos: de Parménides, Heráclito y Jenófanes. Al considerar á estos estudiantes, el alma parece cuchichear: «Hay una manera mejor que esta indolente instrucción de otro. Dejadme solo; no me enseñéis con

Leibnitz ó Schelling, y lo aprenderé todo por mí mismo».

Todavía más debemos á la biografía el aliento de nuestra esperanza. Si queréis conocer el poder del carácter, ved cuánto queréis empobrecer al mundo, si prescindís en la historia de la vida de Milton, de Shakspeare ó Platón: estos tres. ¿No veis inmediatamente cuánto menor sería el poder del hombre? Me consuelo de la miseria de mis ideas actuales, de la escasez de grandes hombres, de la malignidad y torpeza de las naciones, acudiendo á estos sublimes recuerdos, y viendo lo que el alma prolífica puede engendrar en la Naturaleza actual, y viendo que existieron Platón y Shakspeare y Milton: tres hechos irrefragables. Entonces me atrevo: también yo trataré de existir. Los más humildes, los más impotentes, en vista de estos hechos radiantes, pueden ahora teorizar y esperar. A despecho de todos los lamentables abortos que gritan y chapurrean en la calle; á despecho del alcoholismo y del crimen; á despecho del ejército, del tribunal y de la cárcel, éstas *han sido* manifestaciones gloriosas del espíritu; y agradeceré tan verdaderamente á mis buenos hermanos la dirección de su sér, que me esforzaré también por ser justo y audaz, por aspirar y por hablar. También Plotino y Espinosa y los bardos inmortales de la filosofía me dejan frío ante lo que han escrito con paciente valor. No desecharé más á toda prisa las visiones que brillan pasajeraamente y centellean por mi cielo; pero observadlas, aproximaos á ellas, domesticadlas, alimentaos con ellas, y así sacaréis del pasado la vida genuina para la hora actual.

Para considerar todo el valor de estos hechos, de estas vidas, como ocasiones de esperanza y de provocación, debe uno ponderar rectamente el misterio de nuestra alma vulgar. Debéis llegar á saber que cada genio admirable no es más que un buzo próspero en ese mar

cuyo suelo de perlas es todo vuestro. La empobrecedora filosofía de muchos siglos ha dado importancia á las distinciones del individuo y no á los atributos universales del hombre. El joven intoxicado con su admiración de un héroe, deja de ver que es sólo una proyección del alma lo que admira. En la soledad, en un pueblo remoto, el joven ardiente haraganea y llora. Con ojos inflamados, en esta reposada soledad, ha leído la historia del emperador Carlos V, hasta que su fantasía ha llevado á los bosques el débil estruendo de los cañones de Milán y marcha por Alemania. Es curioso examinar el día de ese hombre. ¿Qué lo ocupaba? ¿Las órdenes agrupadas, las severas decisiones, los despachos extranjeros, la etiqueta castellana? El alma responde: ¡Mirad aquí su día! A la vista de estos bosques, en la quietud de estos verdes campos, en la fresca brisa que canta en estas montañas septentrionales; en los trabajadores, los muchachos, las jóvenes, encontráis, en las esperanzas de la mañana, el *ennui* (1) de la tarde y en la vaguedad del crepúsculo; en las inquietantes comparaciones, en los sentimientos por las faltas de vigor, en la gran idea y en la débil ejecución, mirad el día de Carlos V; mirad el día de Chatham, Hampden, Bayardo, Alfredo, Escipión y Pericles: el día de todos los que han nacido de mujer. La diferencia de circunstancias es únicamente costumbre. Gusto la vida idéntica: su suavidad, su grandeza, su pena, que así admiro en otros hombres. No pidáis neciamente el pasado inescrutable y olvidado, lo que no puede decirse, los detalles de esa naturaleza, de ese día llamado Byron ó Burke; pedid el momento actual. Quanto más minuciosamente examinéis sus pasajeras bellezas, sus asombrosos detalles, sus causas espirituales, su

(1) En francés en el texto inglés.—N. del T.

todo aterrador, tanto más dominaréis la biografía de este héroe y de todos los héroes. Sed señor de un día, por la sabiduría y la justicia, y podéis dejar vuestros libros de historia.

Una intimación de estos amplios derechos se manifiesta en la injuria que los hombres sienten ante la presunción de cualquier hombre que limite su progreso posible. Aborrecemos toda la crítica que nos niega algo que está en nuestro camino. Decid al hombre de letras que no puede pintar una Transfiguración, ó construir un bote de vapor, ó ser un gran mariscal, y no parecerá despreciarse; pero negadle cualquier calidad de facultades literarias ó metafísicas, y se pica. Concededle genio, que es una especie de *plenum* estoico anulando lo comparativo, y queda contento; pero concededle talentos nunca tan raros, negándole genio, y se apesadumbra. ¿Qué significa esto? ¿Por qué? Sencillamente: porque el alma tiene seguridad, por instintos y presentimientos, de *todo* poder en la dirección de su rayo, así como de las habilidades especiales que ya ha adquirido.

Por lo que respecta á un conocimiento de los recursos del literato, no debemos fijarnos sólo en el empleo de hazañas menguadas, de facultades para hacer esta y la otra acción con palabras, sino que debemos cumplir nuestros votos á la potencia suprema, y obtener, si es posible, por el asiduo amor y vigilancia, las visiones de verdad absoluta. El desarrollo de la inteligencia es estrictamente análogo en todos los individuos. Es la recepción más amplia de un alma común. Los hombres hábiles tienen, en general, buenas disposiciones y respeto por la justicia; porque un hombre hábil no es otra cosa que una organización vascular buena y libre, por donde el espíritu universal penetra libremente; de suerte que su fondo de justicia no sólo es vasto, sino infinito.

Todos los hombres, en abstracto, son justos y buenos; lo que les estorba en lo particular es el momentáneo predominio de lo infinito é individual sobre la verdad general. La condición de nuestra encarnación parece ser una tendencia perpetua á preferir la ley privada, á obedecer el impulso privado, con exclusión de la ley del sér universal. El hombre grande es grande por medio del dominio sobre la Naturaleza universal; sólo tiene que abrir su boca, y habla; sólo tiene que verse forzado á obrar, y obra. Todos los hombres cogen la palabra ó abrazan el acto de corazón, porque es verdaderamente suyo tanto como de él; pero en ellos, esta enfermedad de un exceso de organización les engaña con iguales salidas. Nada es más sencillo que la grandeza. En realidad, ser sencillo es ser grande. Toda visión, todo genio, nace renunciando á la actividad demasiado oficiosa del entendimiento, y dando expansión y amplio privilegio al sentimiento espontáneo. De esto debe nacer todo lo que es vivo y genial en pensamiento. Los hombres muelen y muelen en el molino de una verdad evidente (1), y nada sale sino lo que se puso; pero desde el momento en que abandonan la tradición y expresan un pensamiento espontáneo, inmediatamente vienen en su ayuda la poesía, el ingenio, la esperanza, la virtud, la instrucción, la anécdota. Observad el fenómeno del debate inesperado. Un hombre de espíritu culto, pero de hábitos reservados, que está sentado y silencioso, admira el milagro de un lenguaje libre, apasionado y pintoresco en el hombre que dirige una asamblea. ¡Qué estado de esencia y potencia tan distinto del suyo! Ahora su propia emoción

(1) «*Men grind and grind in the mill of a truism.*» *Truism*, que, como todos saben, es lo mismo que verdad inconcusa, tiene una solución que no admite equivalente exacto y significativo en nuestra lengua castellana.—*N. del T*

le asoma á los labios y se desborda en el lenguaje. También él debe levantarse y decir algo. Una vez decidido, una vez superadas las dificultades de la nueva situación, encuentra tan justo y natural hablar—hablar con ideas, con imágenes, con balanceo rítmico de sentencias—como antes estar sentado y silencioso; porque no necesita hacer, sino sufrir; sólo se ajusta al libre espíritu que alegremente se manifiesta en él, y por eso el movimiento le es tan fácil como el descanso.

II. Paso ahora á considerar el asunto que se ofrece á las inteligencias de este país. La opinión que he dado sobre los recursos del literato presupone un asunto amplio. No parece que hemos imaginado su riqueza. No hemos necesitado su invitación. Ser tan buen literato como lo son los ingleses, tener tanta erudición como nuestros contemporáneos, haber escrito un libro que se lee, nos satisface. Suponemos que todo el pensamiento está ya adecuadamente manifestado en los libros, toda la imaginación en los poemas; y lo que decimos sólo lo consideramos como confirmación de este conjunto de literatura, que se supone completo. Esta es una suposición muy superficial. Un verdadero hombre pensará, por el contrario, que está por escribir toda la literatura. La poesía apenas ha cantado su primera canción. El consejo perpetuo que la Naturaleza nos da es: «El mundo es nuevo, inexplorado. No creáis en el pasado. Os doy virgen el Universo».

Por la poesía latina é inglesa nacimos y nos educamos á los acordes de un oratorio de loores á la Naturaleza: flores, pájaros, montañas; sol y luna; sin embargo, el naturalista de hoy día descubre que no conoce nada, con todos sus poemas, de cualquiera de estas cosas bellas; que ha conversado con la pura superficie de todas ellas, y nada conoce de su esencia ó de su historia.

Una investigación más detenida descubrirá que nadie, ni estos mismos poetas cantores, conocieron nada sincero de estas hermosas naturalezas que así ensalzaban; que se contentaron con el pasajero chirrido de un pájaro que vieron una ó dos mañanas y contemplaron con indiferencia los crepúsculos y reprodujeron ociosamente estos pocos vislumbres en sus cantos. Pero id al bosque, y veréis que todo es nuevo y no está descrito. El alarido de los patos silvestres volando por la noche; las claras notas del amistoso paro en los días de invierno; la caída de los nidos de pájaros en otoño, por combates en el aire, golpeando sobre las hojas; el colérico silbido de los pájaros silvestres; el pino derramando su polen en beneficio del siglo siguiente; la trementina exudando del árbol, y, en realidad, cualquier vegetación, cualquier animación, todo está igualmente por probar. El hombre que está en la costa del mar ó que corretea por los bosques, parece ser el primer hombre que estuvo en la costa ó entró en un sepulcro: tan nuevos y extraños sus sensaciones y su mundo son. Mientras leo á los poetas, pienso que nada nuevo puede decirse sobre la mañana y la noche; pero cuando veo apuntar el día, no recuerdo las descripciones homéricas, shaksperianas, miltónicas ó chaucerianas. No; pero siento acaso la pena de un mundo extraño, de un mundo no sometido por el pensamiento; ó me alegro con la hora húmeda, cálida, brillante, naciente y melodiosa, que derriba las estrechas paredes de mi alma y extiende su vida y pulsación por todo el horizonte. Esa es la mañana; por una hora he de ser prisionero de este cuerpo enfermizo, y me hago tan inmenso como la Naturaleza.

La obscuridad meridiana del bosque americano; las inmensas selvas vírgenes pobladas de ecos, donde las columnas vivas del roble y del pino surgen de las ruinas

de los árboles centenarios; donde, de año en año, el águila y el cuervo moran solos; los pinos, recubiertos de musgo silvestre, aunque impregnados de gracia por las violetas que hay á sus pies; la inmensa y fría tierra baja, que forma su manto de vapor, con la rapidez de la cristalización subterránea, y donde el viajero, en medio de las repulsivas plantas que nacen en los pantanos, piensa con agradable terror en la ciudad distante; esta belleza—belleza huraña y salvaje, que retocan y varían el sol y la luna, la nieve y la lluvia—nunca ha sido recordada por el arte, aunque no es indiferente para ningún pasajero. Todos los hombres son poetas por el corazón. Sirven á la Naturaleza por el alimento, pero su hermosura les domina algunas veces. ¿Qué significan esos viajes al Niágara, esas peregrinaciones á las Montañas Blancas? Los hombres creen siempre en las adaptaciones de la utilidad. Sobre las montañas pueden creer en las adaptaciones de la vista. Indudablemente los cambios de la geología tienen una relación con el próspero renuevo del trigo y de los guisantes en el jardín de mi cocina; pero no menos hay una relación de belleza entre mi alma y los turbios precipicios de Agiocochook que hay en las nubes. Todo hombre, cuando esto se dice, escucha con alegría, y, sin embargo, todavía no se expresa su conversacion con la Naturaleza.

Lo mismo ocurre con la historia civil. ¿No nos enseña nuestra experiencia que todo hombre, si fuese su vida bastante larga, debiera escribir su propia historia? ¿Qué otra cosa indican estos volúmenes de extractos y comentarios manuscritos que todo sabio escribe? La historia griega es una para mí, otra para vosotros. Desde el nacimiento de Niebuhr y Wolf, la historia romana y griega se han escrito de nuevo. Desde que Carlyle escribió la Historia francesa, vemos que ninguna histo-

ria de las que tenemos es segura; pero un nuevo clasificador le dará arreglo nuevo y más filosófico. Tucídides, Tito Livio, sólo han suministrado materiales. Desde el momento en que un hombre de genio pronuncia el nombre de los Pelasgos, de Atenas, de los Etrurios, del pueblo romano, inmediatamente vemos su estado bajo un nuevo aspecto. Como en poesía y en historia, así ocurre en otros órdenes. Hay pocos maestros ó ninguno. La religión ha de ser establecida sobre sus firmes cimientos en el corazón del hombre; y así la política, la filosofía, las letras y las artes. No tenemos nada más que tendencia é indicación. Esta desviación de las mejores obras literarias del diamante de la Naturaleza especialmente se observa en la filosofía. Dejadle tomar el tono de pretensión que quiera; á esto debe llegar en definitiva. Tomad, por ejemplo, el eclecticismo francés, que Cousin juzga tan concluyente: hay en él una ilusión óptica. Manifiesta grandes pretensiones. Parece como si hubiesen conseguido toda la verdad, al tomar todos los sistemas, y no tuvieran nada que hacer, sino cribar, lavar y filtrar, quedando el oro y los diamantes en el último cedazo. Pero en realidad no es así; porque la verdad es una tal mariposa, una tan intransportable é inclasificable mercancía, que es tan difícil de coger como la luz. Cerrad todas las ventanas herméticamente para recoger dentro la luz: todo es en vano; se ha ido antes de que podáis gritar: tente. Y así sucede con nuestra filosofía. Traducid, comparad, acrisolad todos los sistemas; no conseguís nada, porque la verdad no se manifestará de ningún modo mecánico. Pero á la primera observación que hacéis en el acto sincero de vuestra naturaleza, aunque sea sobre la bagatela más insignificante, podéis dar una nueva opinión de la Naturaleza y del hombre que, como un mens-

truo, disolverá todas las teorías en sí; tomará á Grecia, á Roma, al estoicismo y al eclecticismo como meros datos y provisiones para el análisis, y dispondrá de vuestro sistema que abarca el mundo como si fuese una unidad. Un pensamiento profundo clasifica todas las cosas. Un pensamiento profundo se remontará al Olimpo. El libro de la Filosofía es sólo un hecho, y un hecho ni más ni menos inspirado que otros; pero un hombre sabio nunca lo juzgará como algo final y trascendente. Id y hablad con un hombre de genio, y la primer palabra que emplea pone á flote toda vuestra ciencia. Entonces Platón, Bacon y Cousin condescienden inmediatamente con ser meros hechos.

De ninguna manera aspiro en estas observaciones á desdorar el mérito de estas ú otras composiciones existentes: sólo digo que tal es la terrible ley de la Naturaleza, á que obedecen todas ellas, que cualquier semblanza particular no excluye ni monopoliza una nueva tentativa, sino que, cuando es considerada por el alma, se tuerce y se desvía. La inundación del espíritu arrastra delante de sí toda nuestra pequeña arquitectura de ingenio y memoria, como la paja y las cabañas de paja ante el torrente. Las obras de la inteligencia son grandes por su comparación: *Ivanhoe* y *Waverley* comparadas con *Castle Radcliffe* y las novelas de Porter, pero nada es grande—ni el fuerte Homero y el fuerte Milton—ante la infinita Razón. Los arrastra como un torrente. Son como un sueño.

Así se hace justicia á cada generación y á cada individuo, pues la sabiduría enseña al hombre á no odiar, ni temer, ni mofar á sus antepasados; á no lamentarse de que el mundo es viejo y las ideas están agotadas y de que ha nacido en el delirio de las cosas; porque, por mediación de la Divinidad, el pensamiento se renueva

inagotablemente todos los días, y la cosa sobre la cual brilla, aunque sea el polvo y la arena, es un nuevo asunto con interminables relaciones.

III. Habiendo así hablado de los recursos y del asunto del sabio, de la misma fe proceden también la regla de su ambición y de su vida. Hacedle conocer que el mundo es suyo, pero que debe poseerlo poniéndose en armonía con la constitución de las cosas. Debe ser un alma solitaria, laboriosa, modesta y caritativa.

Debe abrazar la soledad como una novia. Debe tener sólo sus alegrías y sus tristezas. Su propio juicio debe ser bastante medida; su propia alabanza, bastante recompensa para él. ¿Y por qué el estudiante ha de ser solitario y silencioso? Porque así se pone en comunicación con sus pensamientos. Si languidece en un lugar aislado, apeteciendo la multitud, por ostentación, entonces no está en el lugar aislado: su corazón está en la plaza pública; no ve, no oye, no piensa. Pero educad vuestra alma; desechad á los compañeros acostumbrados á una vida de soledad: entonces las facultades resurgirán, como los árboles del bosque y las flores del campo; entonces obtendréis resultados que, cuando os encontráis con vuestros semejantes, podéis comunicar y que ellos recibirán alegremente. No vayáis á la soledad sólo para poder después presentaros en público. Esa soledad se niega á sí misma; es pública y mezquina. El público puede hacer la experiencia pública; pero desea que el sabio la sustituya con experiencias privadas, sinceras, divinas, de las cuales ha sido despojado al residir en la calle. Es el pensamiento noble, viril y justo que la superioridad exigía de vosotros; y no la multitud, sino la soledad, confiere esta elevación. Ved claramente que lo esencial no es el aislamiento de lugar, sino la independencia del espíritu; y el jardín, la cabaña, el pasto

y la roca sólo son de valor en cuanto que son una especie de instrumentos mecánicos. Pensad solos, y todos los lugares serán amigables y sagrados. Los poetas que han vivido en las ciudades han sido también ermitaños. La inspiración crea dondequiera la soledad. Píndaro, Rafael, Miguel Angel, Dryden, De Stael, vivieron entre las muchedumbres; pero desde el momento en que la idea asoma, la muchedumbre se oscurece á su vista; sus ojos se fijan en el horizonte, en el espacio vacío; olvidan á los espectadores; desdeñan las relaciones personales; viven de abstracciones, de verdades, de ideas. Están solos con el espíritu.

Como es natural, no quiero tener ninguna superstición sobre la soledad. Dejad que el joven estudie las costumbres de la soledad y sociedad. Dejadle que se sirva de ambas. La razón de que un alma ingeniosa se recate de la sociedad, es que persigue el fin de encontrar sociedad. Repudia la falsa por amor á la verdadera. Podéis aprender muy pronto todo lo que la sociedad puede enseñaros por un momento. Su necia rutina, una indefinida multiplicación de bailes, conciertos, cacerías, teatros, no puede enseñaros más de lo que pueden unos pocos. Entonces aceptad la insinuación de vergüenza, de vacuidad y disipación espiritual que la verdadera Naturaleza os da y retira y esconde; cerrad la puerta; echad los pestillos: entonces cae la lluvia que encierra en casa—querida ermita de la Naturaleza. El espíritu se recoge. Tened solitaria oración y alabanza. Digerid y corregid la experiencia pasada. Confundidla con la vida nueva y divina y creced con Dios.

Me perdonaréis, señores, si digo que pienso que habemos menester de una regla escolástica más rigurosa: un ascetismo tal que sólo el atrevimiento y la devoción del mismo literato puede reforzar. Vivimos bajo el sol y

sobre la superficie de la tierra una vida insignificante, plausible, superficial, y hablamos de la musa y de la profeta, del Arte y de la creación. Pero con nuestro método de vida superficial y frívolo, ¿cómo puede desarrollarse la grandeza? Venid, ahora; vayamos y quedemos mudos. Sentémonos poniendo las manos en la boca, durante un lustro largo, austero y pitagórico. Vivamos en las esquinas y hagamos carros y suframos y lloremos y fatiguémonos, con ojos y corazones que aman á Dios. El silencio, el retiro, la austeridad pueden penetrar profundamente en la grandeza y secreto de nuestro sér, y buceando y ahondando penetraremos también en las tinieblas seculares, en las sublimidades de la constitución moral. ¡Cuán mezquino es ir brillando, como una mariposa charra, por salones políticos ó de moda, estar loco por la sociedad, loco por la notoriedad, convertirse en un tópico para los periódicos, en una piedra del arroyo, y renunciar á la prerrogativa real del rojizo vestido, al secreto y al verdadero y ardiente corazón del ciudadano!

Fatal para el hombre de letras, fatal para todo hombre es el deseo de ostentación, las apariencias que desfiguran nuestro sér. Una equivocación del fin principal que persiguen es incidental para los hombres literarios, que, comunicándose con el órgano del lenguaje—las más sutiles, fuertes y duraderas creaciones del hombre,—y sólo adecuadamente usadas como armas de la idea y de la justicia—aprenden á disfrutar del orgullo de jugar con esta máquina, pero la despojan de su omnipotencia dejando de trabajar con ella. Desembarazándose de todas las tareas del mundo, el mundo se venga exponiendo á su vez la locura de estas criaturas incompletas, pedantescas, inútiles y espirituales. El verdadero sabio comprenderá que la más exuberante novela, la más noble ficción que jamás se ha urdido: el corazón y el

alma de la Belleza, radican en la vida humana. Siendo de eminente valor, es también el material más fértil para sus creaciones. ¿Cómo conocerá sus secretos de ternura, de terror, de voluntad y de destino? ¿Cómo puede coger y retener las contorsiones de la música superior que aquí retumba? Sus leyes están ocultas bajo los detalles de la acción cotidiana. Toda acción es un experimento sobre ellos. Debe llevar su parte del gravamen común. Debe trabajar con los hombres en las casas y no con sus nombres en los libros. Sus necesidades, apetitos, talentos, afectos, acciones, son llaves que le abren el hermoso museo de la vida humana. ¿Por qué ha de leerlo como un cuento árabe y no comprender, en su interior, su suavidad y su elegancia? Por el amor y el odio, por los salarios, empréstitos y pérdidas; por la enfermedad y dolor; por el galanteo y la adoración; por el viajar y el votar y el vigilar y cuidar; por la desgracia y el desprecio, se lleva á cabo nuestra instrucción en las leyes serenas y hermosas. No debe coger con alfileros su lección: la debe aprender de memoria. Debe esforzarse exactamente, generosamente y alegremente por resolver el problema de esa vida que está planteado ante él; y esto por medio de la acción puntual y no con promesas ó sueños. Creyendo, como en Dios, en la presencia y favor de las grandes influencias, debe merecer ese favor y aprender á recibir y usarlo, por fidelidad también á las observancias inferiores.

Esta lección se enseña y se recalca en la vida del gran actor de este siglo, y da la explicación de su éxito. Bonaparte representa, en verdad, una gran revolución reciente, que nosotros en este país, á Dios gracias, llevaremos á sus últimas consecuencias. No me parece el menor pasaje instructivo de la historia moderna un rasgo de Napoleón, presentado ante los ingleses cuando fué

prisionero suyo. Al entrar á bordo del *Belerofonte*, una fila de soldados ingleses colocados sobre cubierta le hizo un saludo militar. Napoleón observó que su manera de manejar las armas era distinta del ejército francés, y poniéndose al lado de los fusiles de los que estaban junto á él, caminó como un soldado, tomó su fusil y siguió el movimiento á la moda francesa. Los oficiales ingleses y los hombres le miraron con asombro, y preguntaron si esa familiaridad era usual en el Emperador.

En este ejemplo, como siempre, ese hombre, cualesquiera que fuesen sus defectos ó vicios, representaba la ejecución en lugar de la persuasión. El feudalismo y el orientalismo creyeron por mucho tiempo que era muy majestuoso no hacer nada; la majestad moderna consiste en el trabajo. Este hombre perteneció á una clase muy dominante en el mundo, que cree que lo que un hombre puede hacer es su mayor ornamento, y que siempre consulta su dignidad al hacerlo. No creía en el acaso; tuvo una fe, como la vista, en la aplicación de los medios á los fines. Los medios aplicados á los fines es el lema de toda su conducta. Creyó que todos los grandes capitanes de la antigüedad realizaron sus hazañas sólo por medio de correctas combinaciones y comparando la relación entre los medios y las consecuencias, entre los esfuerzos y los obstáculos. El vulgo llama buena fortuna á lo que realmente es producto de los cálculos del genio. Pero Napoleón, fiel así á los hechos, tuvo también este mérito eminente: que mientras creyó en el número y el peso y no omitió ninguna medida de prudencia, creyó también en la libertad y en la fuerza incalculable del alma. Siendo hombre de infinita precaución, nunca desdeñó el menor particular de preparación, de adaptación paciente; sin embargo, tuvo una sublime confianza, como en las suyas todas, en los arranques del valor y la fe en su des-

tino que, en un momento dado, reparó todas las pérdidas y demolió la caballería, la infantería, al rey y al czar, como con irresistibles rayos. Así como dicen que la rama del árbol tiene el carácter de la hoja, y todo el árbol el de la rama, así es curioso notar que el ejército de Bonaparte participó de esta doble fuerza del capitán; porque mientras surtía exactamente sus provisiones, y todo lo esperaba del valor y de la disciplina de cada pelotón, en el flanco y en el centro, siempre subsistía su confianza total en las prodigiosas revoluciones de la fortuna, que su reservada Guardia Imperial era capaz de realizar, si en todo lo demás se perdía el día. Aquí fué sublime. No calculó las probabilidades de una bala de cañón. Fué fiel á la táctica hasta lo sumo; y cuando toda la táctica había llegado á su fin, entonces se dilataba y se aprovechaba de las grandes hazañas de los soldados más formidables de la Naturaleza.

Dejad que el intelectual aprecie esta combinación de cualidades, que, aplicadas á mejores fines, forman la verdadera sabiduría. Es un revelador de cosas. Dejadle que primero aprenda las cosas. No le dejéis demasiado expuesto á coger alguna divisa de recompensa y que rehuse el trabajo. Hacedle saber que aunque el éxito del mercado está en la recompensa, el verdadero éxito está en la obra; que el secreto del mundo ha de aprenderse, y la habilidad verdaderamente desarrollada ha de adquirirse por la obediencia privada á su espíritu; por la solícita pesquisa, día por día, año por año, para saber cómo las cosas ocurren; por el uso de todos los medios, y más por la reverencia del humilde comercio y las humildes necesidades de la vida, para escuchar lo que dicen, y así, por la reacción mutua del pensamiento y de la vida, hacer el pensamiento sólido y la vida discreta, y por el desprecio de la algarabía de las opiniones de hoy.

O, mejor dicho, ¿no se vence con esta disciplina lo refractario de los sentidos usurpadores y de la voluntad pervertida, y están sometidas á la docilidad las facultades inferiores del hombre, por las cuales, como por una cadena no obstruída, el alma corre ahora fácil y alegremente?

El buen literato no rehusará llevar el yugo en su juventud; saber, si puede, el absoluto secreto del trabajo y del sufrimiento; trabajar con sus manos el alimento que le alimenta, y el sudor que le da la comodidad y el lujo. Dejadle pagar el diezmo y servir al mundo como un hombre veraz y generoso, no olvidándose nunca de adorar á las divinidades inmortales que cuchichean al poeta y le hacen expresar melodías que taladran el oído del tiempo eterno. Si tiene esta doble cualidad—la maña y la inspiración,—entonces tiene salud, entonces es un todo, y no un fragmento, y la perfección de su cualidad resplandecerá en sus composiciones. En realidad, este doble mérito caracteriza siempre las producciones de los grandes maestros. El hombre de genio debe ocupar todo el espacio intermedio entre Dios (ó sea el Espíritu puro) y la multitud de hombres ineducados. Debe inspirarse en la Razón, por una parte; y debe penetrar en el corazón y el sentido de la muchedumbre, por otra. De una, debe tomar su fuerza; de otra, su aliento. La una le inclina á lo real; la otra, á lo aparente. En un polo está la Razón; en otro, el Sentido común. Si es defectuoso uno ú otro extremo de la escala, su filosofía parecerá vil y utilitaria, ó parecerá demasiado vaga é indefinida para la vida práctica.

El intelectual, como insistimos continuamente, es grande, sólo porque es pasivo al espíritu sobrepuesto. Esta fe debe dictar toda su acción. Abundan trampas y sobornos para extraviarle; dejadle que sea verdadero. Su

éxito tiene también sus peligros. Hay algo de inconveniente y deshonoroso en su posición. Aquellos á quienes sus pensamientos han consolado ó enardecido, le buscan antes de que hayan conocido las duras condiciones del pensamiento. Le buscan para que pueda poner su lámpara sobre los oscuros enigmas, cuya solución piensan que está inscrita en los muros de su sér. Descubren que es un pobre hombre ignorante, con un vestido rancio y blanco, como ellos mismos, que no emite un continuo torrente de luz, sino de cuando en cuando un surtidor de luminoso pensamiento, seguido de obscuridad total; y por otra parte, no puede hacer de su extraña iluminación un cirio manejable para transportar adonde quiera y aplicar este enigma obscuro ahora, después aquél. Se sigue la melancolía. El sabio teme abatir la esperanza de ingenuos muchachos; y el joven ha perdido una estrella de su firmamento brillante. De aquí la tentación que el sabio siente de mistificar, de oír la cuestión, de insistir en ella, de dar una respuesta á las palabras, á falta del oráculo de las cosas. No le dejéis frío y veraz, y vigilad con paciencia, conociendo que la verdad puede hacer elocuente y memorable hasta el silencio. Siempre la verdad es bastante política para él. Dejadle que abra su pecho á toda honesta investigación y que sea un artista superior á las triquiñuelas del arte. Mostrad francamente, como un santo lo haría, toda vuestra experiencia, vuestros métodos, instrumentos y medios. Acoged bien á todos los recién venidos para el libre uso de los mismos. Y por esta superior franqueza y caridad aprenderéis altos secretos de vuestra naturaleza, que los dioses os inclinarán y ayudarán á comunicar.

Sí, con una gran confianza puede así someterse al alma suprema, encontrará que su pecho recibe amplias recompensas, por la cual parecían horas de obstrucción

y pérdida. No le atormentéis demasiado á cambio de socios inadecuados. Cuando ve cuántos pensamientos debe al desagradable antagonismo de varias personas que pasan y le cruzan, puede fácilmente pensar que, en una sociedad de perfecta simpatía, no habría ninguna palabra, ningún acto, ningún recuerdo. Aprenderá que no importa lo que lee ni lo que hace. Sed sabios, y tendiéis parte en todo lo del sabio. Así como en el despacho el comerciante se cuida poco de si oculta ó no un cargamento de barco; de si hace una transacción, una letra de crédito ó un transporte de víveres; sea lo que sea, cumple su comisión; así también aprenderéis vuestra lección en la hora y en el objeto, sea un empleo ahorrativo ó costoso, aun leyendo un libro estúpido ó haciendo una cuota determinada de cotidiana labor mecánica, que os imponen vuestras necesidades ó las necesidades de los demás.

Señores: me he aventurado á presentaros estas consideraciones sobre el oficio del sabio, y espero que, al pisar, como muchos de vosotros hacéis, los umbrales de este Colegio, obligados y dispuestos á tomar oficios, públicos y privados, en vuestro país, no os sintáis pesados de que se os aconsejen estos deberes primarios de la inteligencia, los cuales rara vez oiréis de labios de vuestros nuevos compañeros. Oiréis todos los días las máximas de una prudencia mezquina. Oiréis que el primer deber es conseguir terreno y dinero, lugar y nombre. «¿Qué es esta verdad que buscáis? ¿Qué es esta belleza?», preguntarán los hombres con sarcasmo. No obstante, si Dios ha llamado á cualquiera de vosotros á explorar la verdad y la belleza, sed audaces, sed firmes, sed leales. Cuando digáis: «Como otros hacen, así haré yo. Renuncio, y lo siento, á mis primeras visiones; debo comer el fruto de la tierra y desechar la instrucción y las fanta-

sías románticas, dejándolas para ocasión conveniente, luego muere el hombre en vosotros; luego perecen los vástagos del arte, de la poesía y de la ciencia, como han muerto ya en miles y miles de hombres. La hora de esa elección es la crisis de nuestra historia; y ved que os sostenéis por la inteligencia. Comprended que este imperioso temperamento del mundo sensual es el que crea la extrema necesidad de los sacerdotes de la ciencia; y que el oficio y derecho de la inteligencia es obrar y no formar cálculos sobre el resultado. Inclínados á la persuasión que brota para vosotros de todo objeto de la Naturaleza, sed su lengua para el corazón del hombre y mostrad al mundo necio cómo lo bello pasajero es la sabiduría. Precavidos de que la voz de los tiempos y del país es una pretensión excesiva, busquemos la sombra y encontremos la sabiduría en el desdén. Contentaos con poca luz; así seréis vuestros. Explorad, explorad y explorad. No os aflijáis ni os lisonjeéis con vuestra posición de pesquisa perpetua. No dogmaticéis ni aceptéis el dogmatismo de otro. ¿Por qué habéis de renunciar á vuestro derecho á atravesar el desierto de la verdad alumbrado por estrellas, por las comodidades prematuras de un terreno, una casa y una granja? La verdad tiene también su techo, su lecho y su mesa. Hacedos necesarios al mundo, y el género humano os dará alimento; y si no os surtís de él, no tomaréis posesión de las propiedades de los hombres, en todos los afectos del hombre, en el arte, en la Naturaleza y en la esperanza.

No temáis que os aconseje ascetismo demasiado austero. No preguntéis: ¿De qué sirve una erudición que sistemáticamente se aísla? ó ¿quién es el mejor para el filósofo que oculta sus hazañas y esconde sus pensamientos del mundo que nos rodea? ¡Ocultar sus pensamientos! Eso es como ocultar el sol y la luna. El pensamiento es

todo luz y se publica al universo. Hablará, aunque estuviéseis mudos, por su propio órgano milagroso. Brotará de vuestras acciones, de vuestros modales y de vuestro rostro. Os creará amistades. Os inducirá á la verdad por el amor y la expectativa de espíritus generosos. Por virtud de las leyes de esa Naturaleza, que es una y perfecta, rendirá todo el bien sincero que existe en el alma al sabio amado de la tierra y de los cielos.

EL MÉTODO DE LA NATURALEZA

Discurso pronunciado ante la Sociedad de los Adelfos, en el Colegio de Waterville, en Maine, el 11 de Agosto de 1841

SEÑORES:

Felicitémonos de los goces y las promesas de este día y de esta hora. Una fiesta literaria es una solemnidad de la inteligencia, y por consiguiente la entrada de una gran fuerza en la asamblea de los literatos, y por medio de ellos en el mundo. La tierra en que vivimos no tiene interés tan caro, si conoce su falta, como la consagración de los días de la razón y del pensamiento. Donde no hay visión, el pueblo parece. Los intelectuales son los sacerdotes de esa idea que establece los cimientos de la tierra. No importa cuál sea su trabajo ó profesión especial; y nace una calamidad común si desdeñan su puesto en un país donde el interés material es tan predominante como en América. Oímos hablar demasiado de los progresos de la maquinaria, del comercio y de las artes útiles. Somos gentes débiles y volubles. La avaricia y la indecisión son nuestras enfermedades. La rápida riqueza que adquieren en el comercio centenares de ciudadanos ó las incesantes expansiones de nuestra población y de nuestras artes encantan la vista de todos los demás: la suerte de uno es la esperanza de miles, y la proximidad del soborno se asemeja á la vecindad de una mina de oro

que empobrece la finca, la escuela, la iglesia, la casa y el cuerpo y estructura del hombre.

No deseo contemplar con agrio aspecto la industriosa aldea manufacturera ó el mercado del comercio. Amo la música de la máquina hidráulica; estimo el ferrocarril; siento el orgullo que la vista de un buque inspira; aprecio el comercio y todo oficio mecánico tanto como la ilustración. Pero dejadme distinguir lo que es precioso. Hay en cada una de estas obras un acto de invención, una medida intelectual ó una breve serie de medidas que se toman; ese acto ó medida es el acto espiritual: todo lo demás es mera repetición de lo mismo mil veces. Y no me engañaré admirando la rutina de oficios y artes mecánicas, por más espléndido que sea el resultado, como admiro la rutina de la clase escolar ó clerical. Los espléndidos resultados que se siguen de los trabajos de los hombres estúpidos son fruto de leyes más altas que su voluntad, y no por eso es digna de alabarse la rutina. No quisiera haber sacrificado al trabajador á un resultado espléndido; no quisiera haberle sacrificado á mi conveniencia y á mi orgullo, ni al de una gran clase que es la mía. Debe haber peor algodón y mejores hombres. El tejedor no debe ser despojado de esa nobleza que nace de la superioridad de su trabajo y del conocimiento de que el producto ó la habilidad es un fin momentáneo de ningún valor, excepto cuando incluye sus prerrogativas espirituales. Si no veo nada que admirar en la unidad, ¿admiraré un millón de unidades? Los hombres sienten respeto por la ciudad, pero no honran á ningún ciudadano individual; y continuamente se rinden al aterrador resultado de muchos, cuando nunca se rendirían al ejemplo solitario de cada uno.

Mientras, por consiguiente, la multitud de hombres viven para degradarse mutuamente, y dan curso á doc-

trinas de desaliento, el sabio debe ser un portador de esperanza y debe reforzar á un hombre contra sí mismo. Algunas veces creo que nuestras fiestas literarias tomarán ahora mayor importancia, como los ojos de los hombres abiertos á sus capacidades. Aquí prevalece una nueva serie de distinciones, un nuevo orden de ideas. Aquí ponemos un límite á la respetabilidad de la riqueza y un límite á las pretensiones de la ley y de la Iglesia. El fanático debe cesar de ser fanático hoy. En nuestro círculo encantado, el poder no puede entrar; y el más terco defensor de instituciones existentes siente la terrorífica inflamabilidad de este aire, que condensa el calor en cada ángulo y que puede restaurar en sus elementos la fábrica de los siglos. Nada sólido está seguro; todo se inclina y se bambolea. Hasta el sabio no está seguro; es indagado y revisado. ¿Ha muerto su instrucción? ¿Vive en su memoria? El poder del espíritu no es mortificación, sino vida. Pero sal, tú, ¡curioso niño!; aquí, ¡tú, amado y esperado poeta!; aquí, tú, corazón tierno y vacilante, que no has encontrado lugar en el mercado del mundo dispuesto para ti: cualquier mercadería que comprases ó vendieses—tan amplio es tu amor y tu ambición—la tuya y no la suya es la hora. Alisa tu frente, y espera y ama, porque los benignos cielos te justifican y todo el mundo comprende que sólo tú estás en lo cierto.

Debemos celebrar esta hora con expresiones de júbilo viril. Ni la acción de gracias ni la oración parecen el más alto ó verdadero nombre para nuestra comunicación con el infinito, sino recepción alegre y satisfecha; recepción que se hace á su vez donación, como el receptor es dador en parte y en la infancia. No puedo—ni puede ningún hombre—hablar precisamente de cosas tan sublimes; pero me parece que el ingenio del hombre,

su vigor, su gracia, su tendencia, su arte, es la gracia y la presencia de Dios. Está más allá de toda explicación. Cuando todo se dice y hace, el santo en éxtasis parece el único lógico. Ni exhortación ni argumento asoma á nuestros labios, sino cántico de alegría y alabanza. Pero no de adulación: estamos en relación demasiado íntima con el espíritu que honramos. Es Dios en nosotros el que modera el lenguaje de petición con un gran pensamiento. En el fondo del corazón se dice: «Soy y por mí, ¡oh hijo!, vive y se desarrolla este hermoso cuerpo y tu mundo. Yo soy; todas las cosas son mías, y todas las mías son tuyas».

El festival de la inteligencia, y el regreso á su origen, arrojan gran luz sobre los tópicos siempre interesantes del Hombre y de la Naturaleza. Recordamos forzosamente la antigua necesidad. No hay hombre; nunca lo ha habido. La Inteligencia todavía exige que pueda nacer un hombre. La llama de la vida fluctúa tímidamente en los pechos humanos. Exigimos de los hombres una riqueza y universalidad que no encontramos. Los grandes hombres no nos contentan. Es su soledad, no su fuerza, lo que les hace ilustres. Hay algo indigente y tedioso en ellos. Están pobremente enlazados á un pensamiento. Si son profetas, son egoístas; si son pulidos y variados, son superficiales. ¡Cuán tardíamente llegan los hombres á cualquier pensamiento! ¡Cuán tardíamente pasan de este á otro pensamiento! La esfera de cristal del pensamiento es tan concéntrica como la estructura geológica del globo. Como todos nuestros suelos y rocas yacen en los estratos (estratos concéntricos), así los pensamientos de todos los hombres corren lateralmente, nunca verticalmente. Aquí llega un grande inquisidor con barrena y plomada y nos llevará á través de todas nuestras convenciones y teorías y penetrará la corteza

de las cosas. Pero tan pronto como sondea una corteza, mirad la barrena, la plomada y al filósofo como si algún fuerte viento lo arrastrase todo á sus pies; y si vais mes por mes á ver qué progreso ha hecho nuestro reformador, ni una pulgada ha sondado; todavía le encontráis con nuevas palabras en el antiguo lugar, flotando en nuevas partes de la misma vena ó corteza antigua. El nuevo libro dice: «Os daré la llave de la Naturaleza», y esperamos penetrar hasta el centro como una centella. Pero el trueno es un fenómeno de la superficie y hace un corte á flor de piel: así obra el sabio. Pero la cuña vuelve á ser un roquete. Así un hombre dura un poco más, porque su monomanía se hace insoportablemente fastidiosa en unos pocos meses. Así ocurre con todo nuevo libro y con toda nueva persona; y, sin embargo, no cogemos un nuevo libro ó tropezamos con un nuevo hombre sin un latido de expectativa. Y este descontento con respecto al pobre y mezquino resultado, esta invencible confianza en un intérprete más adecuado, es la segura predicción de su advenimiento.

En ausencia del hombre nos volvemos á la Naturaleza, que le sigue. En el orden divino, la inteligencia es lo primario; la Naturaleza, lo secundario; es la memoria del espíritu. Lo que una vez existió en la inteligencia como ley pura, ha tomado ahora cuerpo como Naturaleza. Existía ya en el espíritu, en solución; ahora ha sido precipitado (1) y el brillante sedimento es el mundo. Nunca podemos ser extraños ó inferiores en la Naturaleza. Somos partes de su existencia; es carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. Pero no lo sostenemos ya por la mano; hemos perdido nuestro poder milagroso;

(1) Sobrado sabido es que este verbo indica una operación química muy común —*N. del T.*

nuestro brazo no es ya tan robusto como la helada, ni nuestra voluntad es equivalente á la gravedad y á las afinidades electivas. Sin embargo, podemos emplear la Naturaleza como un tipo conveniente, y como el medidor de nuestra elevación y caída. Tiene esta ventaja como testigo; no mentirá, no puede ser sobornado. Cuando el hombre maldice, la Naturaleza todavía testifica la verdad y el amor. Por eso podemos seguramente estudiar el espíritu en la Naturaleza: porque no podemos constantemente considerarla en espíritu; como contemplamos la imagen del sol en un pantano, al paso que nuestros ojos no pueden resistir sus esplendores directos.

Paréceme, por consiguiente, que sería un homenaje adecuado el celebrar piadosamente esta hora explorando el *método de la Naturaleza*. Consideremos *ese* método tan minuciosamente como podamos, y tratemos de ver si es transferible á la vida literaria. Todo vislumbre que damos á las realidades que nos rodean, con intento de aprender, procede de un santo impulso y es realmente canción de alabanza. ¿Qué diferencia puede haber en tomar la forma de exhortación, de exclamación apasionada ó de afirmación científica? Estas son formas únicamente. Por ellas expresamos, al fin, el hecho de que Dios ha hecho esto ó lo otro.

Al tratar un asunto tan amplio, en que debemos necesariamente apelar á la intuición y aspirar mucho más á sugerir que á describir, sé que no es fácil hablar con la precisión asequible en tópicos de menos importancia. No tengo afición á las afirmaciones parciales: me disgustan también. No deseo intentar pintar á un hombre, describir un espíritu alimentado del aire, desapasionado, imposible. Mis ojos y mis oídos se rebelan contra cualquier negligencia de los hechos físicos, contra las limitaciones del hombre. Y, sin embargo, uno que concibe el verda-

dero orden de la Naturaleza y mira lo visible como procedente de lo invisible, no puede afirmar su pensamiento sin parecer á los que estudian las leyes físicas hacerles alguna injusticia. Hay un defecto intrínseco en el órgano. El lenguaje exagera. Afirmaciones de lo infinito se comprende usualmente que son injustas para lo finito y lo blasfemo. Empedocles expresó indudablemente una verdad cuando dijo: «Yo soy Dios»; pero desde el momento en que salió de su boca fué una mentira para el oído; y el mundo se vengó de esta arrogancia aparente con la buena historia sobre su zapato. ¿Cómo puedo esperar mejor suerte en mis tentativas por enunciar hechos espirituales? Así sólo; en cuanto que participo del influjo de la verdad, toda persona veraz comprenderá que digo lo que es justo.

El método de la Naturaleza, ¿quién lo puede analizar? El impetuoso torrente no se detendrá para que lo observe. No podemos sorprender la Naturaleza en un rincón; nunca encontraremos el cabo de un hilo; nunca sabremos dónde se coloca la primera piedra. El pájaro se apresura á poner su huevo; el huevo se apresura á ser un pájaro. La perfección que admiramos en el orden del mundo es el resultado de la infinita distribución. Su suavidad es la suavidad de la catarata. Su permanencia es una perpetua incoación. Todo hecho natural es una emanación, y aquello de que emana es una emanación también. Si algo está quieto, será precipitado y disipado por el torrente que resistió; y si fuese un espíritu, será pulverizado: dementes son los que se aferran á un pensamiento y no siguen el curso de la Naturaleza. No la causa, sino un efecto siempre nuevo es lo que crea la Naturaleza. Es obediencia indefectible. La belleza de estos objetos les viene de una causa metafísica y eterna. En todas las formas animales y vegetales el fisiólogo

concede que ni la Física ni la Mecánica pueden contar con los hechos, sino que debe invocarse un misterioso principio de vida, que no sólo reside en el órgano, sino que lo crea.

¡Cuán silencioso y espacioso este lugar para todos y en el que, sin embargo, no hay sitio para insertar un átomo! En una gran sucesión, en igual plenitud, en equilibrada belleza, prosigue la danza de las horas. Como un olor de incienso, como un aire de música, como un sueño, es inexacta é ilimitada. No será disecada ni desenredada ni mostrada. ¡Lejos, filósofo profano! ¿Buscas en la Naturaleza la causa? Esta se refiere aquélla; debes comprenderla y amarla; debes mirarla en un espíritu tan grande como aquel por el cual existe, antes de que conozca la ley. No será conocida la ley, sino alegremente amada.

La vida simultánea por todo el cuerpo, la aplicación igual á innumerables fines sin el menor énfasis ó preferencia por ninguno, sino la fácil sujeción de cada uno al éxito de todos, no concede al entendimiento ningún lugar para el trabajo. La Naturaleza sólo puede concebirse como existente para un fin universal y no para uno particular—una obra de *éxtasis* que se representa por un movimiento circular, como la intención pudiera representarse por una línea recta de longitud indefinida. Cada efecto refuerza al otro. No hay revolución en todos los reinos de la república ni desprendimiento de un individuo. De aquí el carácter católico (1) que hace de cada hoja una manifestación del mundo. Cuando miramos el paisaje con espíritu poético, no contamos con los individuos. La Naturaleza no conoce ni

(1) De puro sabido está ya olvidado que la palabra *católico* es equivalente á universal.—*N. del T.*

palmera ni roble, sino sólo vida vegetal, que se desborda en los bosques y festonea el globo con una guirnalda de hierbas y viñas.

Despréndese de esto que no puede escogerse un solo fin y juzgarse la Naturaleza con arreglo á él, y el suponer que la causa final del mundo es hacer hombres santos ó sabios ó hermosos vemos que no ha tenido éxito. Leed alternativamente la historia natural y la civil: un tratado de astronomía, por ejemplo, á la vez que un volumen de *Memoires pour servir*. Cuando hemos gastado el tiempo en calcular esta pródiga hospitalidad con que la alegre Naturaleza precipita nuevos firmamentos sin fin en vastos dominios suyos, como las madréporas hacen el coral—los soles y los planetas hospitalarios para las almas,—y luego acortamos la vista para mirar esta corte de Luis XIV y ver el juego que allí se juega—duque y mariscal, abate y dama,—una mesa de juego donde cada uno está haciendo trampas por el otro, donde el fin es siempre alguna mentira ó treta para burlar á vuestro adversario y arruinarles con este solemne petimetre de alas y estrellas:—el rey, apenas puede sino salir del paso preguntando si este planeta es un buen ejemplo de la generosa astronomía, y si así es, si el experimento no ha fracasado y si vale la pena hacer más y atestar el inocente espacio de tan vil mercancía.

Creo que no sentiremos de otro modo si, en vez de contemplar á las naciones ineptas, estudiamos los hombres grandes y discretos, las almas eminentes, y examinamos minuciosamente su biografía. Ninguno de ellos, visto por sí mismo, ni sus hechos comparados con sus ideas justificarán el coste de ese enorme aparato de medios por el cual se procuró al fin esta persona defectuosa. A cuestiones de esta suerte replica la Naturaleza: «Cresco, crezco». Todo es naciente, infantil. Cuando

estamos aturridos con la aritmética del sabio que se esfuerza por calcular la longitud de su línea, el giro de su curva, tenemos la percepción de que se ha hecho mucho, de que todo parece que acaba de comenzar; las aspiraciones remotas están en activa operación. No podemos señalar en ninguna lugar determinado, nada final; pero la tendencia aparece á cada paso; el planeta, el sistema, la constelación, la Naturaleza total está creciendo como un campo de maíz en Julio: se va haciendo algo distinto: está en rápida metamorfosis. El embrión no se esfuerza por ser hombre, como el lejano cabrilleo de la luz que llamamos niebla no tiende á ser un anillo, un cometa, un globo, y un padre de nuevas estrellas. ¿Por qué, pues, estos señores de Versalles no se pavonean y presumen con tambores, por una temporada, sin perjuicio de su facultad de correr en seguida con mejores recados?

Pero la Naturaleza parece replicar: «No he aventurado tanto como mi éxito en ninguna simple criatura. No he llegado á ningún fin. El jardinero aspira á producir una buena pera ó un buen melocotón, pero mi aspiración es la fertilidad de todo el árbol—copa, tronco, hoja, flor y semilla,—y de ningún modo la exuberancia de un monstruoso pericarpio á costa de todas las demás funciones». En una palabra, el espíritu y peculiaridad de esa impresión que la Naturaleza nos produce es éste: que no existe para ninguno de los fines particulares, sino para innumerables é interminables beneficios; que no hay en ella ninguna voluntad privada ni miembro ú hoja rebelde, sino que el todo está oprimido por una tendencia superabundante, y obedece á esa redundancia ó exceso de vida que en los seres conscientes llamamos *éxtasis*.

Con esta concepción del genio ó método de la Natu-

raleza, volvamos al hombre. Es cierto que pretende darse cuenta de sí mismo; pero al fin, ¿qué tiene que recitar sino el hecho de que hay una vida que no puede describirse ni conocerse sino por la posesión? ¿Qué cuenta puede darse de su esencia sino que *así había de ser*? La razón suprema, la gracia de Dios, parece la única descripción de nuestro hecho multiforme pero siempre idéntico. Hay virtud, hay genio, hay éxito ó no hay ninguna de estas cosas. Hay el avanzar ó el retroceder de Dios: eso es todo lo que podemos afirmar; y no podemos demostrar ni cómo ni por qué. La acusación propia, el remordimiento y la moral didáctica de la abnegación y la lucha con el pecado es una opinión que nos vemos forzados por nuestra constitución á adoptar al tratar del hecho, visto desde la plataforma de la acción; pero, visto desde la plataforma de la intelección, no hay para nosotros nada más que sorpresa y alabanza.

El hecho de los hechos es la terminación del mundo en un hombre. Esta parece ser la última victoria de la inteligencia. Lo universal no nos atrae hasta que no se alberga en un individuo. ¿Quién es capaz de escudriñar el vasto abismo de la posibilidad? El océano es en todas partes el mismo, pero no tiene carácter hasta que se ve desde la costa ó desde el barco. ¿Quién calculará cualquier número de millas del Atlántico limitado por líneas de latitud y longitud? Cercadlo con rocas de granito, dejad que bañe una costa donde vivan hombres discretos, y toma expresión; y el punto de mayor interés es donde la tierra y el agua se reúnen. Así debemos admirar en el hombre la forma de lo informe, la concentración de lo vasto, la morada de la razón, la cueva de la memoria. ¡Ved el juego de las ideas! ¡Qué ágiles y gigantescas criaturas son éstas! ¿Qué saurianos, qué *palaiotheria* podrán compararse con estos ágiles saltarines? El gran

Pan de los antiguos, que estaba vestido con una piel de leopardo para significar la bella variedad de cosas, y el firmamento, que es su manto de estrellas, ¡no era más que tu representante, oh rico y variado hombre!: tú eres el palacio de la vista y del sonido; llevas en tus sentidos la mañana y la noche y la insondable vía láctea; en tu cerebro, la geometría de la ciudad de Dios; en tu corazón, la glorieta del amor y los dominios de lo verdadero y de lo falso. Un hombre individual es un fruto que cuesta que todos los siglos anteriores lo formen y maduren. Es fuerte, no para obrar, sino para vivir; no en sus brazos, sino en su corazón; no como un agente, sino como un hecho. La historia del génesis ó la antigua mitología se repite en la experiencia de cada niño. Es un demonio ó un Dios arrojado á un caos particular, donde se esfuerza continuamente por poner en orden las cosas desordenadas. Cada alma individual es tal en virtud de su facultad de traducir el mundo á un lenguaje particular: si no en un cuadro, una estatua ó un baile; en un comercio, un arte, una ciencia, un método de vida, una conversación, un carácter, una influencia. Admiráis los cuadros, pero os es imposible pintar un buen cuadro. Pero cuando llega el genio, hace dedos: hay docilidad y posibilidad de arreglar el asunto en medio de la calle con aceite y colores. Rafael debió nacer, y Salvador Rosa debió nacer también.

No hay atractivo como el de un hombre nuevo. Las naciones inmóviles están ocupadas en su rutina política. Inglaterra, Francia y América leen los debates parlamentarios que ningún gran genio vivifica ahora; y nadie que se precie algo los leerá: sólo los leen los que se alucinan con la repetición popular de nombres distinguidos. Pero cuando Napoleón enrolla su mapa, la vista está auxiliada por la potencia original. Cuando Chat-

ham dirige el debate, bien pueden atender los hombres, porque deben atender. Un hombre, una influencia personal, es el único gran fenómeno. Cuando la Naturaleza tiene un trabajo que hacer, crea un genio para hacerlo. Seguid á los grandes hombres, y veréis lo que el mundo encierra en su corazón durante estos siglos. No hay pronóstico como ese.

Pero lo que nos pasma en el genio es lo que pertenece de derecho á cada uno. Hablemos llanamente y sin falsa verdad. La humildad, que es el ornamento del hombre en presencia del bien y de lo bello ideal, no ha de borrar su percepción de esa energía que lleva en sí. Un hombre debe reconocerse como un actor necesario. Faltaba un eslabón entre dos partes insociables de la Naturaleza, y se apresuró á ser como el puente tirado sobre esa necesidad, como el mediador entre dos hechos insociables. Sus dos padres subvinieron á una de las necesidades, y la unión de las constituciones extranjeras en él le pone en condiciones de hacer alegre y graciosamente lo que la raza humana reunida no hubiera bastado para hacer. Conoce sus materiales; se aplica continuamente á su trabajo; no puede leer, no puede pensar, no puede mirar, sino que une los eslabones hasta entonces separados, formando una perfecta cadena. ¿Qué son los pensamientos que expresamos sino la razón de nuestra encarnación? Para expresar estos pensamientos tomamos vuelo, como mensajeros de la palabra eterna que ha de decirse. ¿No debe ser un hombre sagrado para sí mismo y para los hombres? ¿Ha de juzgarse frívolo y superfluo ó ha de languidecer á orillas del camino, buscando ocasiones? ¿No recibió el sér para que se haga algo que él y no otro es y hace? Con que él solo sea el mundo será bastante visible. No necesita estudiar dónde está ni poner las cosas á la luz favorable; en él

está la luz: de él van todas las cosas á su centro iluminado. ¿Qué patrón pedirá para que le emplee y le dé salario? Para esto nació: para transmitir los pensamientos de su espíritu de universo á universo, para ejercer un cargo que la Naturaleza no podía olvidar; ni se privó de volver á sumergirse en el santo silencio y la eternidad de la cual surgió hecho un hombre. Dios es rico y muchos más hombres que uno alberga en su seno, sufriendo su tiempo y las necesidades y la belleza de todos. ¿No es ésta la teoría del genio ó la facultad de cada hombre? ¿Por qué entonces vas, como un Boswell ó un adorador atento, á este ó aquel santo? Ese es el único crimen de lesa majestad. Aquí estás tú con quien el universo tanto trabajó; ¿te atreves á pensar vilmente de ti mismo, á quien el Destino duro llamó á unir sus partes desgarradas, á cerrar el golfo, á reconciliar lo irreconciliable?

Mientras una necesidad tan grande sea causa de que el hombre exista, su salud y firmeza consisten en la fidelidad con que transmite influencias de lo vasto y universal al punto en que su genio puede obrar. Los fines son momentáneos; son los vientos ó la corriente de vida íntima lo que aumenta cuando se gasta. La sabiduría de un hombre consiste en saber que todos los fines son momentáneos, que el mejor fin debe ser inmediatamente sustituido por uno mejor. Pero hay en él una tendencia perjudicial á transferir su idea de la vida á los fines, abandonar á su agente y descansar en sus actos: el utensilio desaparece con el trabajador, lo humano con lo divino. Concibo un hombre á quien se le hable de espaldas siempre y que sea incapaz de volver la cabeza y ver al que le habla. En todos los millones de almas que han oído su voz, ninguno vió su rostro. Como los niños en sus juegos corren uno detrás de otro y cogen á uno por las orejas y le hacen caminar delante de él, así es el es-

pínta nuestro invisible piloto. Esa voz conocida habla en todos los idiomas, gobierna á todos los hombres y nadie percibió jamás un vislumbre de su forma. Si el hombre le obedece exactamente, le adoptará, de suerte que ya no se separará más de él en pensamiento; le parecerá que es él mismo; lo será. Si escucha con insaciable avidez, se le enseña más fecunda y grande sabiduría; el sonido se convierte en una música encantadora, que le inunda como un torrente; acaba por despreciar su alimento y su hogar; es el loco de las ideas y lleva una vida celestial. Pero si su vista se fija en las cosas que han de hacerse y no en la verdad que todavía se enseña y en cuyo obsequio han de hacerse las cosas, entonces la voz se hace tenue y al fin no es más que un zumbido. Su salud y grandeza consisten en que es la cadena por la cual los cielos se unen á la tierra; en una palabra, en la plenitud en que se realiza en él un estado extático. Es lastimoso ser artista cuando, cesando de ser artistas, nos convertimos en buques movidos por la divina brisa, enriquecidos por las corrientes de omnisciencia y omnipresencia. ¿No hubo momentos en la historia de los cielos en que la raza humana no fué contada por individuos, sino que Dios estuvo en la distribución, prodigando multiformes beneficios? Es sublime recibir, sublime amar; pero este anhelo de comunicar algo de *nosotros*—este deseo de ser amados, de ser reconocidos como individuos, es finito, proviene de una causa inferior.

Diré, pues, que en cuanto que podemos trazar la historia natural del alma, su salud consiste en la plenitud de su recepción—llamémosla piedad ó veneración,—en el hecho de que el entusiasmo está allí organizado. ¿Qué es lo mejor en cualquier obra de arte sino la parte que el trabajo mismo parece exigir y hacer; lo que el

hombre no puede repetir; lo que nace de la hora y de la ocasión, como la elocuencia de los hombres en un debate? Siempre fué la teoría de la literatura que la frase de un poeta era autoritaria y final. Se supuso que era la boca de una divina sabiduría. Envidiamos sus circunstancias más que su talento. Hubiéramos profetizado demasiado alegremente si estuviésemos en su lugar. Así citamos la Escritura; y los griegos citaban así á Homero, á Theognis, á Píndaro y á los demás. Si la teoría ha huído de la ciencia moderna, es porque no hemos tenido poetas. Siempre que se presentan, salvarán su crédito. Este estado extático parece dirigir una mirada al todo, y no á las partes; á la causa, y no á los fines; á la tendencia, y no al acto. Respeta el genio, y no el talento; la esperanza, y no la posesión; la anticipación de todas las cosas por la inteligencia, y no la historia misma; el arte, y no las obras de arte; la poesía, y no la experiencia; la virtud, y no los deberes.

No hay oficio ni función del hombre sino el que rectamente se cumple por este divino método, y nada hay que no le sea perjudicial si está desprendido de sus relaciones universales. ¿Es su oficio en el mundo estudiar la Naturaleza ó las leyes del mundo? Dejadle que se guarde de proponerse fin alguno. ¿Es para el uso? La Naturaleza está envilecida, como si uno que contempla el océano pudiese recordar sólo el precio del pescado. ¿O es por placer? Se burla; hay cierto aire infatuador en los bosques y en las montañas que impulsa al ocioso á la necesidad y á la miseria. Hay algo social é intruso en la naturaleza de todas las cosas: tratan de penetrar y sobrepujar la naturaleza de toda otra criatura. Toda estrella en los cielos está descontenta é insaciable. La gravitación y la química no pueden contentarlas. Siempre galantean y cortejan la vista de todo el que las mi-

ra. Tratan de fascinar y poseer á todo hombre que viene á este mundo, para penetrar en su espíritu, porque desean poblar un mundo más delicado del que ocupan. No es bastante que sean Júpiter, Marte, Orión y la Estrella polar, en el firmamento que gravitan; que tengan poetas como Newton, Herschel y Laplace; que puedan volver á existir y reaparecer en el mundo de las almas racionales y extender por ese reino su fama. Así sucede con todos los objetos inmateriales. Estos hermosos basiliscos fijan sus brutos y gloriosos ojos en la vista de todos los niños; y, si pueden, son causa de que su naturaleza le penetre por sus maravillosos ojos: y así se confunden todas las cosas.

Por eso el hombre debe estar en guardia contra esta copa de encantamiento y debe mirar la Naturaleza con ojos sobrenaturales. Sólo por piedad—por conversar con la causa de la Naturaleza—está seguro y la domina; y porque todo conocimiento es asimilación al objeto del conocimiento, como el poder ó genio de la Naturaleza es extático, así debe ser su ciencia ó la descripción de ella. El poeta debe ser un rapsoda: su inspiración es una especie de brillante casualidad; su voluntad en ella es sólo la sujeción de la voluntad á la Potencia Universal, que no se verá frente á frente, sino que debe ser recibida y simpáticamente conocida. Es notable que desde la más remota antigüedad, en los oráculos atribuidos al semifabuloso Zoroastro, tenemos una afirmación de este hecho, que todo amante y perseguidor de la verdad reconocerá. «No es conveniente, decía Zoroastro, penetrar en el entendimiento con vehemencia; pero si recogéis vuestro espíritu, ahondaréis en él: no con demasiada viveza, sino fijando una mirada pura é investigadora. No lo comprenderéis como una cosa particular que estudiáis, sino con todo el entusiasmo del espíritu. Las co-

sas divinas no son asequibles para los mortales que comprenden las cosas sensuales; sino que sólo los que llevan antorchas llegan á la cumbre.»

Y porque el éxtasis es la ley y causa de la Naturaleza, por eso no podéis interpretarla en un sentido demasiado elevado y profundo. La Naturaleza representa el mejor significado del hombre sabio. El paisaje del crepúsculo, ¿os parece el palacio de la Amistad? Y estos cielos de púrpura y estas hermosas aguas, ¿os parecen el anfiteatro construido y guarnecido sólo para el cambio del amor y de la verdad entre las almas más puras? Así es. Todos los demás significados que les han dado los hombres mezquinos son hipotéticos y falsos. No podéis bañaros dos veces en el mismo río, decía Heráclito; y yo añado que nunca veo el mismo objeto dos veces: con su ampliación el objeto adquiere nuevos aspectos.

¿No rige la misma ley para la virtud? Está viciada por exceso de voluntad. El que aspira al progreso debe aspirar á un beneficio infinito, no especial. Las reformas cuya fama puebla ahora la tierra, como la continencia, la abolición de la esclavitud, la no-resistencia, el no-gobierno, la igualdad del trabajo, por bellas y generosas que parezcan, son cosas mezquinas cuando se persiguen por sí mismas como un fin. En toda reforma, y en proporción á su energía, son naturales los primeros disgustos; de suerte que al discípulo le sorprenden en la hora de sus primeros triunfos disgustos, enfermedades y un desaliento general; de suerte que se recata de sus compañeros, odia la empresa que primero parecía tan bella, y medita arrojarse en brazos de esa sociedad y método de vida que había abandonado poco ha con tanto orgullo y esperanza. ¿Es que atribuyó el valor de la virtud á algunas prácticas particulares, como la negación

de ciertos apetitos bajo ciertas indulgencias especificadas, y después, al perder el alma, se encontró tan malvado como lejos de la felicidad en esa abstinencia como lo había sido en el abuso? Pero el alma puede ser apaciguada, no por un hecho, sino por una tendencia. En una esperanza siente alas. Amaréis la rectitud, y no el desuso del dinero ó la decadencia del comercio; un espíritu libre, y no una dieta monacal; la simpatía y la utilidad, y no el cavar ó cooperar. Decidme cuán grande ó cuán puro es vuestro proyecto; la liberación civil del mundo, su conversión á una Iglesia cristiana, el establecimiento de la educación pública, la dieta pura, una nueva división del trabajo y de la tierra, leyes de amor y no leyes de la propiedad: os digo claramente que no hay fin á que pueda aspirar vuestra facultad práctica; no hay fin tan sagrado y tan amplio que, si se persigue por sí mismo, no se convierta en una podredumbre y en una ofensa á las ventanillas de la nariz. La facultad imaginativa del alma debe nutrirse de objetos inmensos y eternos. Vuestro fin debe ser inasequible para los sentidos: entonces será un dios siempre aproximado, nunca tocado, siempre dando salud. Un hombre se adorna con la plegaria y el amor como una aspiración se adorna con la acción. ¿Qué es fuerte sino la bondad, y qué es enérgico sino la presencia de un hombre valiente? La doctrina de la *presencia*, en fisiología vegetal, ó la influencia general de cualquier sustancia además de su influencia química, como de un álcali sobre una planta viva, es más predicable del hombre. No necesitáis hablarme; no necesito ir adonde estáis para que ejerzáis magnetismo sobre mí. Sed íntegros y suficientes, y os sentiré en cada parte de mi vida y fortuna; y tan fácilmente puedo tergiversar la gravitación del globo como escapar á vuestra influencia.

Pero hay otros ejemplos de esta influencia total y suprema, además de la Naturaleza y de la conciencia. «Del árbol venenoso, el mundo—decían los brahmanes,—se producen dos especies de frutos, suaves como las aguas de la vida: el amor ó la sociedad de las almas grandes y la poesía, cuyo gusto es como el inmortal juicio de Vishnu». ¿Qué es el amor y por qué es el principal bien sino porque es un entusiasmo excesivo? El que nunca se poseyó á sí mismo ó no es prudente, es todo abandono. No es cierta admirable sabiduría, preferible á todas las demás ventajas, y comparadas con la cual todas las demás son cosas secundarias é indemnidades, porque ésta es aquella en que el individuo no es ya su propio dueño insensato, sino que exhala un aroma oloroso y celestial; se asoma con el temor del objeto, confundiendo por el momento ese objeto con el bien real y único, y consulta todos los pronósticos de la Naturaleza con tembloroso interés. Cuando hablamos con verdad, ¿diremos que no es sólo desgraciado el que no lo es en amor? Su soñada libertad y su gobierno de sí mismo, ¿no es una muerte? El que en amor es prudente y se hace cada vez más prudente, ve siempre que mira al objeto amado, tomando de él con sus ojos y con su espíritu las virtudes que posee. Por consiguiente, si el objeto no es un alma viva y expansiva, pronto lo agota. Pero el amor queda en su espíritu y la sabiduría le educa, y forma un nuevo y elevado objeto. Y la razón de que todos los hombres honran el amor, es porque mira arriba, y no abajo; aspira, y no se desespera.

Y ¿qué es el genio sino el amor helmoso, un amor impersonal, un amor de la flor y de la perfección de las cosas y un deseo de dibujar un nuevo cuadro ó copia del mismo? Considera la causa y la vida: procede de dentro afuera, mientras que el Talento va de fuera adentro. El

talento encuentra sus modelos, métodos y fines en la sociedad; existe para la exhibición y entra en el alma sólo por el poder de trabajar. El genio es su propio fin, y traza sus medios y el estilo de su arquitectura desde adentro, saliendo afuera sólo para el oyente y el espectador, como adaptamos nuestra voz y nuestra frase á la distancia y carácter del oído á que hablamos. Toda vuestra instrucción de todas las literaturas nunca os pondrá en condiciones de anticipar uno de sus pensamientos ó expresiones; y, sin embargo, cada uno es tan natural y familiar como las frases de familia. Aquí se revela para nosotros el antiguo enigma, tan antiguo y tan indescifrable. ¡Mirad! Allí está el sol, la lluvia y las rocas; el antiguo sol, las antiguas piedras. Cuán fácil sería describir bien todo esto; sin embargo, ninguna palabra puede pasar. La Naturaleza es muda; y el hombre, su hermano que habla lenguaje articulado, ¡ah! es también mudo. Sin embargo, cuando el genio llega, su lenguaje es como un río: no tiene que hacer esfuerzos para describir, como no existen en la Naturaleza esfuerzos. Cuando la idea es mejor, hay más. El genio derrama la sabiduría como perfume y nos advierte que fluye de un manantial más profundo que el silencio anterior, que conoce tan hondamente y habla tan musicalmente porque es una mutación de la cosa que describe. Es el sol y la luna y la onda y el fuego en música, como la astronomía es el pensamiento y la armonía en masas de materia.

¿Qué es toda la historia sino la obra de las ideas, un recuerdo de la energía incalculable que sus infinitas aspiraciones infunden en el hombre? ¿Se ha hecho algo grande y acabado? ¿Quién lo hizo? Indudablemente, no lo hizo cualquier hombre, sino todos los hombres: era el predominio y la inundación de una idea. ¿Qué trajeron

aquí los Peregrinos? (1). Un hombre dice: la libertad civil; y otro: el deseo de fundar una iglesia; y un tercero descubre que la fuerza motora fué la plantación y el comercio. Pero si los puritanos se alzasen del polvo, no responderían. Ha de verse en lo que eran, y no en lo que proyectaban: fué el desarrollo, el renuevo y la expansión de la raza humana, y se asemejaban en esto á la Revolución siguiente, que no se comenzó en Concord, ó en Lexington, ó en Virginia, sino que era la exuberancia del sentido de derecho natural en todo espíritu claro y activo del período. ¿Es un hombre arrogante y sagaz y dueño de sí mismo? Nos apartamos de él sin esperanza; pero se llena de temor y miedo ante lo Vasto y lo Divino, que se sirven de él, contento de servir, y nuestra vista está asociada á la cadena de acontecimientos. ¿Qué deuda es la nuestra á esa antigua religión que, en la infancia de la mayoría de nosotros, todavía existía como una mañana de sábado en la región de Nueva Inglaterra, enseñando la privación, la abnegación y la tristeza? Un hombre nació, no para la prosperidad, sino para sufrir por el beneficio de los demás; como el noble plátano que, en los alrededores de nuestras aldeas, se inclina para servicio del hombre. No el orgullo, ni la aceptación de nuestros hombres, sino el santo mensaje del espíritu absorbió por nosotros el pensamiento. ¡Cuán digno era esto! Todo lo que se llama talento y éxito en nuestras ruinosas capitales, se convierte en un susurro y un ruido ante esta virilidad. ¡Cómo nos avergüenzan ahora nuestras amistades y las complacencias que tuvimos! ¿No abandonaremos á nuestros compañeros, como si fuesen ladrones y conspi-

(1) Se refiere aquí Emerson á la Secta de los Puritanos que emigraron de Inglaterra á Drorte (América). De aquí que se les llamase *Pilgrims*, Peregrinos —*N. del T.*

radores, y no nos retiraremos á algún peñasco desierto del Monte Katahdin, algún retiro no visitado del Lago Moosehead, para llorar nuestra inocencia y recobrarla, y con ella la facultad de comunicar nuevamente con estos participantes de una idea más sagrada?

¿Y qué es lo que ha de sustituir en nosotros á la piedad de esa raza? No podemos tener la suya, se desliza de nosotros día por día, pero también podemos calentarnos en la mañana que surge para siempre del mar oriental, y somos nosotros mismos los hijos de la luz. Estoy aquí para decir: adoremos el alma fuerte y trascendental. El oficio de este siglo, no lo dudo, es anular ese divorcio adúltero que la superstición de muchos siglos ha efectuado entre la inteligencia y la santidad. Los amantes de la bondad han sido una clase; los estudiantes de la sabiduría, otra; como si una de ellas pudiese existir en cualquier pureza sin la otra. La verdad es siempre santa; la santidad, siempre sabia. Quiero que no nos mantengamos en paz con un pecado y con una literatura pecadora y una sociedad pecadora, sino que vivamos una vida de descubrimiento y de reforma. Aceptemos la inteligencia, y nos aceptará. Seamos los humildes ministros de esa pura omnisciencia, y no la neguemos ante los hombres. Quemará toda la literatura profana, todas las mezquinas opiniones corrientes, todas las falsas facultades del mundo, como en un momento del tiempo. Aprendo de la Naturaleza la lección de una divinidad íntima. Nuestra salud y razón como hombres, necesita nuestro respeto á este hecho contra el descuido y contra la contradicción de la sociedad. La salud del hombre necesita el contrapeso de esta fuerza inmanente. Su nobleza necesita la seguridad de este inagotable poder reservado. Por grandes que hayan sido sus linderos, son una gota comparados con el mar donde flotan. Si decís: «La aceptación de

la visión es también el acto de Dios», no trataré de penetrar el misterio: admito la fuerza de lo que decís. Si preguntáis: «¿Cómo puede darse regla alguna para la consecución de cualidades tan sublimes?», sólo notaré que las solicitaciones de este espíritu, mientras dura la vida, nunca cesan. Muy suavemente nos requiebran y galantean con cada objeto de la Naturaleza, con cada hecho de la vida, con cada pensamiento del espíritu. La condición, asociada á la posesión de la verdad, es su uso. Será instruído aquel hombre que reduce su instrucción á la práctica. Swedenborg afirmaba que se le había revelado «que los espíritus que conocieron la verdad en esta vida, pero no la pusieron en práctica, perderán á la muerte su ciencia». «Si la ciencia—decía Alí el Califa—invita á la práctica, está bien; si no, que desaparezca». El único método para penetrar en la Naturaleza es ordenar que analicemos mejor. Inmediatamente somos grandes poetas y podemos enunciar una ley más profunda. Haced lo que sabéis, y la percepción se convierte en carácter, como las islas y los continentes que se forman por invisibles infusorios; como estas hojas de las selvas que absorben la luz, la electricidad y los gases volátiles y el nudoso roble que vive mil años, es el punto de parada y la detención de la mayoría de las corrientes volátiles y etéreas. La doctrina de esta presencia suprema es un grito de júbilo y de exaltación. ¿Quién se atreverá á pensar que ha penetrado en la Naturaleza ó ha equivocado algo excelente en el pasado, quien ve las admirables estrellas de la Posibilidad y el inviolado continente de la Esperanza resplandeciendo con todas sus montañas en el vasto Oeste? Alabo con sorpresa esta gran realidad que parece anegar todas las cosas en el diluvio de su luz. ¿Qué hombre, viendo esto, puede desecharlo de su imaginación ó emprender un asunto más mez-

quino? La entrada de éste en el espíritu parece ser el nacimiento del hombre. No podemos describir la historia natural del alma, pero sabemos que es divina. No puedo decir si estas pasmosas cualidades, que residen hoy en esta envoltura mortal, siempre se asociarán con igual actividad en una estructura semejante, ó si han tenido antes una historia natural como la de este cuerpo que veis ante vosotros; pero esto sé: que estas cualidades no comenzaron á existir, no pueden estar enfermas con mi enfermedad, no pueden ser enterradas en ningún sepulcro, sino que circulan por el universo y que, antes que el mundo fuese, eran. Nada puede obstruirlas ó atajarlas; sino que penetran en el océano y el terreno, el espacio y el tiempo, la forma y la esencia, y tienen la llave de la Naturaleza universal. Sacad de esta fe valor y esperanza. Todas las cosas son conocidas para el alma. No ha de sorprenderse por ninguna comunicación. Nada puede ser mayor que ella. Dejad que teman y halaguen los que quieran. El alma está en su reino natal y es más vasta que el espacio, más antigua que el tiempo, inmensa como la esperanza, rica como el amor. La pusilanimidad y el temor los rehusa con gallardo desdén: no son para ella los que ponen en su coronación trajes; va por la ley universal al poder universal.

EL HOMBRE REFORMADOR

Conferencia sobre algunos de los rasgos eminentes del siglo actual,
leída ante la Asociación de la Biblioteca de Mecánicos y Aprendices,
en el Templo de Boston, de los Estados Unidos

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Deseo ofrecer á vuestra consideración algunas ideas sobre las relaciones generales y particulares del hombre como reformador. Supondré que la aspiración de cada joven en esta asociación es la más elevada que pertenece á un espíritu racional. Concédase que nuestra vida, tal como la llevamos, es común y mezquina; que algunos de esos oficios y funciones para los cuales fueron principalmente creados, se han hecho tan raros en la sociedad, que la memoria de ellos sólo se conserva viva en los antiguos libros y en las obscuras tradiciones; que los profetas y poetas, que los hombres bellos y perfectos, no existen ahora, ni se han visto nunca; que algunas fuentes de instrucción humana son casi innominadas y desconocidas entre nosotros; que la sociedad en que vivimos á duras penas sufrirá que se diga que todo hombre debe estar expuesto al éxtasis ó á una iluminación divina, y que su diario paseo está enaltecido por la comunicación con el mundo espiritual. Concedamos todo esto, como

debemos hacerlo; supongo, no obstante, que ninguno de mis oyentes—ningún alma honrada é inteligente—negará que debemos tratar de educarnos en las disciplinas y métodos que merezcan esa guía y clara comunicación con la Naturaleza espiritual. Y, además, no disimularé mi esperanza de que cada una de las personas á quienes me dijió ha sentido en sí una invitación á desechar todas las malas costumbres, timideces y limitaciones, y á ser en su puesto un hombre libre y útil, un reformador, un bienhechor, no contento con deslizarse por el mundo como un lacayo ó un espía, escapando por su agilidad y por sus ardides siempre que puede, sino como un hombre bravo y recto, que debe encontrar ó cortar un camino estrecho para lo que hay de excelente en la tierra; y no sólo recorrerlo honrosamente él mismo, sino hacerlo accesible á todos los que lo siguen en honra y con beneficio.

En la historia del mundo, la doctrina de la Reforma nunca tuvo un objeto tan elevado como actualmente. Los luteranos, los hernhutters, los jesuítas, los monjes, los cuáqueros, Knox, Wesley, Swedenborg, Bentham, en sus acusaciones de la sociedad, respetaron todos algo: la Iglesia ó el Estado, la literatura ó la sociedad, los usos domésticos ó la ciudad del mercado, la mesa de comer ó la moneda acuñada. Pero ahora todas estas cosas y otras oyen la trompeta y deben acudir al juicio: el Cristianismo, las leyes, el comercio, las escuelas, la finca, el laboratorio; y no existe un reino, ciudad, estatuto, derecho, profesión, hombre ó mujer que no esté invadido por el nuevo espíritu.

¿Qué sucederá si alguna de las objeciones y objetadores por los cuales nuestras instituciones son asaltadas son extremos y especulativos y los reformadores tienden al idealismo? Eso sólo demuestra la extravagancia de los

abusos que han inducido al espíritu al extremo opuesto. Cuando vuestros hechos y personas se hacen irreales y fantásticos por demasiada falsedad, el sabio se refugia en el mundo de las ideas y aspira á rehacer y á repoblar la Naturaleza con esa causa. Que las ideas establezcan de nuevo su autoridad legítima en la sociedad; que la vida sea bella y poética y los sabios se hagan alegremente amantes, ciudadanos y filántropos.

No da seguridad en las nuevas ideas el hecho de que las antiguas naciones, las leyes de siglos, la propiedad y las instituciones de cien ciudades están todas edificadas sobre otros cimientos. El demonio de la reforma tiene una puerta secreta para penetrar en el corazón de cada legislador, de cada habitante de todas las ciudades. El hecho de que un nuevo pensamiento y una nueva esperanza han aparecido en vuestro pecho os enseñará que, á la misma hora, una nueva luz refulgió sobre mil corazones particulares. Ese secreto que guardaríais de buena gana, tan pronto como salgáis afuera ¡ah! hay uno que está en el dintel de la puerta para decíroslo. No hay el más bronceado y aguzado apresador de dinero que no se abata y desfallezca, con gran consternación vuestra, desde el momento en que oye una cuestión planteada por las nuevas ideas. Creemos que tuvo alguna semejanza de motivo para insistir; pero tiembla y desmaya. Entonces el sabio dice: «Ciudades y coches nunca me impondrán de nuevo; porque mirad que todos mis sueños solitarios están poniéndose por obra. Esa fantasía que tuve y vacilé en manifestar, porque someiría el chalán, el notario, el mercader, está diciendo la misma cosa. Esperé un día para hablar; era demasiado tarde. Mirad: ¡la *State Street* piensa! ¡y *Wall Street* piensa y comienza á profetizar!»

No puede extrañar que surja en el seno de la socie-

dad este análisis general de los abusos, cuando considere uno los impedimentos prácticos que obstruyen el camino de los jóvenes virtuosos. El joven, al entrar en la vida, encuentra el camino de empleos lucrativos favorecidos por abusos. Los métodos de comercio se hacen egoístas hasta tocar en los linderos del robo y traspasar los del fraude. Los empleos del comercio no son intrínsecamente inadecuados para un hombre ó menos geniales para sus facultades; pero ahora, en su método general, están tan viciados por abusos que todos encubren, que exige más vigor y recursos de lo que puede esperarse de cada joven el enderezarlos: se pierde en ellos; no puede mover en ellos pies ni manos. ¿Tiene genio y virtud? Menos apto se encuentra para prosperar; debe sacrificar todos los brillantes sueños de la adolescencia y de la juventud; debe olvidar las oraciones de su infancia y debe tomar á su cargo la molestia de la rutina y la cortesía. Si no se observa así, nada le queda sino comenzar el mundo de nuevo, como el que cava el terreno con la azada para alimentarse. Todos estamos implicados, como es natural, en este cargo; sólo es necesario hacer unas cuantas preguntas respecto al progreso de los artículos de comercio, de los campos donde se desarrollan, de nuestras casas, para darse cuenta de que comemos y bebemos y usamos el perjurio y el fraude en cien comodidades. ¡Cuántos artículos de cotidiano consumo se nos proveen de las Indias! Sin embargo, se dice que, en las islas españolas, la venalidad de los oficiales del gobierno se ha puesto en uso y que ningún artículo pasa á nuestros barcos que no haya sido comprado fraudulentamente. En las islas españolas, todo agente ó factor de los americanos, á menos que sea cónsul, presta juramento de que es católico ó hace que un sacerdote declare por él. El

abolicionista nos ha mostrado nuestra terrible deuda al negro meridional. En la Isla de Cuba, además de las abominaciones ordinarias de la esclavitud, parece que sólo se compran hombres para las plantaciones, y de diez muere uno cada año de estos miserables bachilleres para darnos azúcar. Dejo á los cientistas el examen de los juramentos de nuestras aduanas; no inquiriré la opresión de los marineros; no espíaré los usos de nuestra venta al menudeo. Me contento con el hecho de que el sistema general de nuestro comercio (aparte de los rasgos oscuros, que, espero, son excepciones denunciadas y no puestas en duda por todos los hombres de mérito) es un sistema de egoísmo: no está dictado por los elevados sentimientos de la naturaleza humana; no está medido por la ley exacta de la reciprocidad, y mucho menos por los sentimientos de amor y heroísmo; sino que es un sistema de desconfianza, de encubrimiento de superior perspicacia, no de dar sino de sacar provecho. No es lo que deleita á un hombre expansionarse con un amigo generoso en lo que medita con alegría y aprobación en su hora de amorosas aspiraciones; sino más bien lo que no pone á la vista, sólo mostrando el brillante resultado y reparando en la manera de adquirirlo y de gastarlo. No acuso al comerciante ni al fabricante. Los pecados de nuestro comercio no pertenecen á ninguna clase, á ningún individuo. Uno coge, otro distribuye, otro come. Todos participan, todos confiesan arrodillados y descubiertos; sin embargo, ninguno se siente responsable. No creó el abuso; no pudo alterarlo. ¿Qué es, pues? Una obscura persona privada que debe ganarse el pan. Ese es el vicio: que nadie se siente llamado á obrar como hombre, sino sólo como una fracción de hombre. Sucede, por consiguiente, que todas las almas ingenuas que sienten dentro de sí mismas los irreprimibles impulsos

de una noble aspiración; que, por la ley de su naturaleza, deben obrar como hombres, encuentran inadecuadas estas profesiones y salen de ellas. Esos casos van haciéndose más numerosos cada año.

Pero al salir del comercio no os habéis descargado de todo. La cola de la serpiente llega á todas las profesiones lucrativas y prácticas del hombre. Cada cual tiene sus errores. Cada cual encuentra en una conciencia tierna y muy inteligente una desaprobación del éxito. Cada cual exige del hombre práctico cierto cerrar de ojos, cierto despejo y condescendencia, una tolerancia de costumbres, una mutilación de los sentimientos de generosidad y de amor, un compromiso de la opinión privada y de la sublime integridad. Más aún, la mala costumbre ataca toda la institución de la propiedad; hasta nuestras leyes, que la establecen y la protegen, parecen no ser el producto del amor y de la razón, sino del egoísmo. Suponed á un hombre tan desgraciado que, habiendo nacido santo, con claras percepciones, pero con el alma y el amor de un ángel, ha de ganarse la vida en el mundo y se encuentra excluído de todas las obras lucrativas; no tiene finca y no puede conseguir una: porque ganar dinero para comprar una exige una especie de concentración hacia el dinero, que es el venderse por un número largo de años, y para él la hora actual es tan sagrada é inviolable como cualquier hora futura. Como es natural, mientras este hombre no tiene terreno, mi título es á lo mío lo que vuestro título es á lo vuestro: un vicio. Inextricables parecen ser los retorcimientos y zarcillos de este mal, y nos envolvemos todos en él formando conexiones, por medio de las esposas é hijos, de los beneficios y deudas.

Hay consideraciones de este género que han llamado la atención de muchas personas filantrópicas é inte-

ligentes á las reclamaciones del trabajo manual como una parte de la educación de todos los jóvenes. Si la riqueza acumulada de las pasadas generaciones está así corrompida, no importa cuánto se nos ofrece—debemos comenzar por considerar si no sería lo más noble renunciar á ella y ponernos en relaciones primarias con el suelo y la Naturaleza, absteniéndose de todo lo que es deshonesto é inmundo, para tomar cada uno parte, con sus manos, en el trabajo manual del universo.

Pero se dice: «¡Qué! ¿Os hice ver las inmensas ventajas obtenidas de la división del trabajo y ponéis á todo hombre á hacer sus zapatos, su escritorio, su cuchillo, su vagón, sus buques y su aguja? Esto sería hacer retroceder á los hombres al barbarismo». No veo perspectiva inminente de una revolución virtuosa; sin embargo, confieso que no me apenaría un cambio que amenazaba una pérdida de algunos de los lujos ó de las conveniencias de la sociedad, si procediera de una preferencia de la vida agrícola, por la creencia de que nuestros deberes primarios como hombres mejor se cumplirían en esa profesión. ¿Quién sentiría ver una noble conciencia y un gusto más puro, ejerciendo un efecto sensible sobre los jóvenes en su elección de oficio y engrosando las filas de la competencia en los trabajos del Comercio, de la Ley y del Estado? Es fácil ver que la inconveniencia no duraría más que un poco de tiempo. Esto sería una gran acción, que siempre abriría los ojos de los hombres. Cuando muchas personas hagan esto; cuando la mayoría admita la necesidad de la reforma en todas estas instituciones, sus abusos se corregirán y se abrirá el camino á las ventajas que nacen de la división del trabajo, y un hombre puede escoger el empleo más adecuado para su talento peculiar, sin compromiso alguno.

Pero, aparte de la importancia que los tiempos dan á

la doctrina de que el trabajo manual de la sociedad debe repartirse entre todos los miembros, hay razones adecuadas individuales para no privarse de él. El uso del trabajo manual nunca se hace anticuado y no es inaplicable á ninguna persona. Un hombre debe tener una finca ó un oficio mecánico para su cultivo. Debemos tener una base para nuestras más sublimes acciones, para nuestras delicadas palestras sobre poesía y filosofía: es el trabajo de nuestras manos. Debe haber un antagonismo en el mundo hacia toda la variedad de nuestras facultades espirituales, ó no nacerán. El trabajo manual es el estudio del mundo exterior. La ventaja de la riqueza queda en el que la obtiene, no en el heredero. Cuando entro en mi jardín con una azada y cavo un surco, siento tal regocijo y salud que veo haberme estado engañando á mí mismo todo este tiempo al dejar que los otros hiciesen por mí lo que yo debiera haber hecho con mis propias manos. Pero no sólo está en el trabajo la riqueza, sino la educación. ¿Es posible que yo, que obtengo cantidades indefinidas de azúcar, polenta, algodón, cubos, loza y papel de cartas, firmando simplemente con mi nombre, una vez en tres meses, en un cheque á favor de Juan Smith & C.^{ta}, comerciante, emplee en ese acto la mejor parte del ejercicio de mis facultades, habiendo ordenado la Naturaleza que haga yo todas estas cosas importantes para mi comodidad? Es Smith mismo y sus carreteros, tratantes y fabricantes; es el marino y el curtidor, el carnicero, el negro, el cazador y el plantador los que han interceptado el azúcar del azúcar y el algodón del algodón. Ellos ganaron la educación; yo, sólo la comodidad. Marcharía todo muy bien si yo hiciera el trabajo para el que ellos se facultaron: entonces estaría seguro de mis manos y de mis pies; pero ahora siento cierta vergüenza ante mi carnicero, mi labrador y mi

cocinero, porque pueden tener á mi lado vanidad; porque pueden luchar sin mi ayuda y pasar los días y los años, en tanto que yo dependo de ellos, y no he sabido conquistar por el uso el derecho á mis brazos y mis pies.

Considerad además la diferencia entre el primero y el segundo poseedor de la propiedad. Todas las especies de propiedad son presa de sus enemigos, como el hierro es presa del oín; la madera, de la podredumbre; la tela, de la polilla; las provisiones, del moho; la putridez, de los bichos; el dinero, de los ladrones; un huerto, de los insectos; un campo cultivado, de las cizañas ó de las incursiones del ganado; un rebaño, del hambre; un camino, de la lluvia ó del hielo; un puente, de las inundaciones. Y todo el que tome en su posesión cualquiera de estas cosas, toma á su cargo el defenderlas de esta tropa de enemigos ó de repararlas. Un hombre que satisface sus necesidades, que construye una balsa ó un bote para ir á pescar, encuentra fácil calafatearlo ó ponerle toletes ó arreglar el timón. Lo que consigue en cuanto que lo necesita para sus propios fines no le molesta ni le quita el sueño. Pero cuando llega á dar todos los bienes, ha recogido año por año en una finca, para su hijo, casa, huerto, terreno cultivado, ganado, puentes, quincajería, ebanistería, carpetas, trajes, provisiones, libros, dinero, y no puede darle la maña y la experiencia que hicieron y recogieron estas cosas y el método y lugar que tienen en su propia vida; el hijo ve llenas sus manos, no para emplear estas cosas, sino para mirarlas y defenderlas de sus enemigos naturales. Para él no son medios, sino dueños. Sus enemigos no se calmarán: el nierro, el moho, los bichos, la lluvia, el sol, la inundación, el fuego, todos se apoderan de lo suyo, le llenan de molestia; y está convertido de poseedor en relojero ó perro de guarda para este almacén de muebles viejos y

nuevos. ¡Qué cambio! En vez del dominante buen humor y sentido del poder y fertilidad del recurso en sí mismo; en vez de estas manos robustas, estos ojos penetrantes, ese cuerpo ágil y ese corazón fuerte, que el padre tenía, á quien la Naturaleza amaba, á quien la nieve y la lluvia, el agua y la tierra, la bestia y el pez, parecían reconocer y servir, tenemos ahora una persona débil y protegida, guardada por muros y cortinas, estufas y lechos, coches y criados, de la tierra y los cielos; y que, enseñado á depender de todas estas cosas, se inquietó por todo lo que pone en peligro estas posesiones y se ve obligado á gastar tanto tiempo en guardarlas, que ha perdido de vista su uso original, á saber: ayudarle á sus fines, á la persecución de su amor, al auxilio de su amigo, al culto de su Dios, á la extensión de su conocimiento, al servicio de su país, á la indulgencia de su sentimiento, y es ahora lo que se llama un hombre rico: el doméstico y mensajero de su riqueza.

De aquí viene que todo el interés de la historia reside en las fortunas del pobre. La ciencia, la virtud, el poder, son las victorias del hombre sobre sus necesidades: su dominio sobre el mundo. Todo hombre debe tener esta oportunidad de conquistar el mundo por sí mismo. Sólo nos interesan esas personas: espartanos, romanos, sarracenos, ingleses, americanos, que han estado en las quijadas de la necesidad y por su propio ingenio y poder se han desembarazado y hecho victoriosos. No deseo recalcar esta doctrina del trabajo ó insistir en que cada hombre sea labrador, como en que cada hombre sea lexicógrafo. En general puede decir uno que la profesión de carpintero es la más antigua y la más universal, y que donde un hombre no descubre en sí mismo ninguna aptitud para un trabajo distinta de la de otro, puede preferirse la de éste. Pero la doctrina de la hacienda es

ésta; que cada hombre debe estar en relaciones primarias con el trabajo del mundo; debe hacerlo él mismo y no sufrir el lance de tener un bolsillo en su faltriquera ó de haber sido educado en algún oficio deshonesto é injurioso, para separarle de esos deberes; y por esta razón, ese trabajo es la educación de Dios; que sólo es un discípulo sincero y sólo puede llegar á ser un maestro el que aprende los secretos del trabajo y quien por la astucia real arranca á la Naturaleza su cetro.

Ni he de cerrar yo mis oídos á la defensa de las profesiones intelectuales: la del poeta, la del sacerdote, la del legislador, y en general la de los hombres de estudio, á saber: que en la experiencia de todos los hombres de esa clase, el grado de trabajo manual que es necesario para el mantenimiento de una familia, indisponen é inhabilitan para el esfuerzo intelectual. Sé que frecuentemente, acaso usualmente, sucede que donde hay una buena organización, apta para la poesía y filosofía, el individuo se encuentra obligado á vigilar sus pensamientos, á gastar varios días antes de que pueda encarecer y glorificar uno de ellos; y más le enseña un ejercicio moderado y sabroso, como el correr por los campos, remar, patinar, cazar, que la faena perfecta del labrador y del herrero. No quiero olvidar el venerable consejo de los antiguos misterios egipcios que declaraba que «hay dos pares de ojos en el hombre y se requiere que el par que está debajo debe cerrarse cuando el par que está encima de ellos percibe; y que cuando el par que está encima se cierra, el par que está debajo debe abrirse». Sin embargo, indicaré que ninguna separación del trabajo puede dejar de tener alguna pérdida del poder y de la verdad para el mismo espectador; no dudo que las faltas y vicios de nuestra literatura y filosofía, su delicadeza excesiva, su afeminación y su melancolía son atribuibles á los ener-

vados y enfermizos hábitos de la clase literaria. Mejor sería que el libro no fuese tan bueno y el librero tan hábil, y no un grotesco contraste con todo lo que ha escrito.

Pero concediendo que para fines tan sagrados y queridos debe tener alguna relajación, creo que si un hombre observa en sí mismo una tendencia enérgica á la poesía, al arte, á la vida contemplativa, arrastrándole á esas cosas una devoción incompatible con la buena agricultura, ese hombre debe contar primero consigo mismo y, respetando las compensaciones del Universo, debe redimirse de los deberes de la economía por cierto rigor y privación en sus hábitos. Ni aun por raros y grandes privilegios no le obliguéis á pagar un gran impuesto. Dejadle que sea cenobita, pobre y, si es necesario, célibe también. Dejadle que aprenda á comer su ración de pie y á saborear el gusto del agua clara y del pan negro. Puede dejar á los otros la costosa conveniencia del gobierno doméstico y la hospitalidad y la posesión de las obras de arte. Dejadle comprender que el genio es una hospitalidad y que el que puede crear obras de arte no necesita coleccionarlas. Debe vivir en una habitación y posponer su condescendencia consigo mismo, prevenidos y anticipados contra ese frecuente infortunio del hombre de genio: el amor al lujo. Esta es la tragedia del genio; intentando deslizarse á lo largo de la elíptica con un caballo de los cielos y un caballo de la tierra, sólo hay discordia, ruina, y caída para el caballo y para el caballero.

El deber de que todo hombre tome sus votos, llame á cuentas y las examine su aptitud para ella, gana en énfasis, si consideramos nuestro modo de vivir. ¿Es sagrado y honroso nuestro gobierno doméstico? ¿Nos eleva y nos inspira, ó, por el contrario, nos estropea? Debo estar armado por todas las partes y funciones de mi familia,

por toda mi función social, por mi economía, por mi festín, por mi voto, por mi tráfico. Sin embargo, ahora casi no soy parte de ninguna de estas cosas. La costumbre lo hace por mí, no me da poder con eso y me mete en deudas. Gastamos nuestras rentas para pintura y papel, para cien bagatelas, y no para las cosas de un hombre. Nuestro gasto es casi todo por confortidad. Es por el pastel de hojaldre por lo que estamos adeudados: no es la inteligencia, ni el corazón, ni la belleza, ni el culto lo que nos cuesta tanto. ¿Para qué necesita un hombre ser rico? ¿Para qué ha de tener caballos y buenos trajes y hermosas habitaciones y acceso á casas públicas y sitios de holgorio? Sólo por falta de pensamiento. Una vez despertado, mi divino pensamiento huye á un jardín solitario ó á una buhardilla para disfrutar, y es más rico con ese sueño de lo que lo harían las rentas de un condado. Pero somos primero irreflexivos y luego vemos que estamos sin dinero. Somos primero sensuales y debemos ser ricos. No nos atrevemos á confiar en nuestro ingenio para hacer agradable nuestro hogar al amigo, y compramos helados. Está acostumbrado á las alfombras, y no tenemos carácter suficiente para echar de su espíritu las alfombras, y mientras está en casa llenamos el suelo de alfombras. Que la casa sea un templo de las Furias de Lacedemonia, formidable para todos; que nadie sino un espartano puede entrar ni mirar siquiera. Mientras haya fe, mientras haya sociedad, los confites y las almohadas quedarán para los esclavos. El gasto será inventivo y heroico. Comeremos cosa dura y dormiremos en cosa dura; habitaremos como los antiguos romanos en moradas estrechas, mientras nuestros edificios públicos, como los suyos, serán dignos, por su proporción con el paisaje en que los coloquemos, para la conversación, para el arte, para la música, para el culto. Seamos ricos para

grandes fines; pobres, sólo para fines egoístas; ahora bien, ¿qué remedio hay para estos males? ¿Cómo puede el hombre que no ha aprendido más que un arte procurar todas las conveniencias de la vida honrada? ¿Seremos todo lo que pensamos? Acaso con sus propias manos. Suponed que las estropea; no obstante, ha ganado una lección. Si no puede hacer eso, entonces acaso pueda marchar. La inmensa sabiduría y la riqueza están en eso. Es mejor marchar que tenerlas á mucha costa. Aprendamos el significado de la economía. La economía es un oficio elevado y humano, un sacramento cuando su aspiración es grande: cuando es la prudencia de los simples gustos, cuando se practica por libertad, amor ó devoción. Mucho de la economía que vemos en las casas es de baja ralea y está mejor fuera de la vista. El trigo tostado que se comió hoy, que pude haber tostado para mi pájaro en la comida del domingo, es una vileza; pero con el trigo tostado y una casa con una habitación, puedo estar libre de todas las perturbaciones del espíritu, como puedo estar sereno y dócil á lo que Dios hable y ceñido á la misión inferior del conocimiento ó de la buena voluntad, frugalidad propia de los dioses y de los héroes.

¿No podemos aprender la lección de la ayuda propia? La sociedad está llena de personas enfermas, que incessantemente incitan á las otras á servir las. Siempre se esfuerzan en agotar para su simple comodidad los medios y aplicaciones de ese lujo que nuestra invención ha conseguido. Sofás, otomanas, estufas, vino, mesa de juego, especias, perfumes, teatros, diversiones; todas estas cosas que quieren, las necesitan; y todo lo que puede señalarse más que estas cosas, las piden también, como si fuesen el pan que los ha de librar de la miseria; y si omiten una, se consideran las personas más desdichadas de la tierra. Debe uno haber nacido y educado

entre ellas para saber cómo se le ha de preparar una comida á un estómago ahito. Entretanto, nunca se mueven para servir á otra persona; tienen por sí mismos mucho más que hacer de lo que pueden poner en obra; ni perciben la chanza de su vida; pero cuanto más odiosos se hacen. ¿Puede haber algo tan elegante como tener pocas necesidades y satisfacerlas uno mismo, para tener que dar, en vez de estar siempre propenso á coger? Es más elegante satisfacer las necesidades de uno que ser bien servido; acaso pueda parecer hoy poco elegante á unos pocos, pero es una elegancia para siempre y para todos.

No deseo ser absurdo y pedantesco en la reforma. No deseo aplicar mi crítica al estado de cosa que me rodea y que lleva huella tan extravagante que me obligará al suicidio ó á un aislamiento absoluto de las ventajas de la sociedad civil. Si súbitamente decimos: Ni beberé, ni comeré, ni gastaré, ni tocaré ningún objeto que no sepa que es inofensivo; ni trataré con ninguna persona cuya manera de beber no sea evidente y racional —entonces todavía estaremos en espera. ¿Cuáles son así? No las mías, no las tuyas, no las suyas. Pero pienso que debemos justificarnos nosotros mismos con esta interrogación: ¿hemos ganado nuestro pan de hoy con la sincera contribución de nuestras energías en provecho común? Y no debemos cesar de *tender* á la corrección de estas flagrantes injusticias colocando una piedra todos los días.

Pero la idea que ahora comienza á agitar la sociedad tiene un objeto más vasto que nuestro empleo diario, nuestra familia y las instituciones de la propiedad. Hemos de revisar toda nuestra estructura social: el estado, la escuela y la religión; el matrimonio, el comercio, la ciencia, y explorar sus fundamentos en nuestra naturaleza; hemos de ver que el mundo no sólo provee á los primeros hombres, sino que nos provee á nos-

otros y nos purifica de todo uso que no tiene sus raíces en nuestro propio espíritu. ¿Para qué ha nacido el hombre sino para ser un reformador, un rehacedor de lo que el hombre ha hecho, un renunciador de mentiras, un restaurador de la verdad y del bien, imitando á esa gran Naturaleza que nos acoge á todos en su seno y que no duerme por un instante sobre un antiguo pasado, sino que cada hora se recobra, brindándonos todas las mañanas un nuevo día y en cada pulsación una nueva vida? Dejadle que renuncie á todo lo que para él no es verdad y deseche todas sus prácticas y no haga nada por lo que no tiene á todo el mundo como responsable de su conveniencia. Si hay inconveniencias y ruina en el camino porque tanto nos hemos enervado y estropeado, sería como la agonía de los perfumes al emprender el esfuerzo hecho para referir los hechos de cada día á los santos y misteriosos repliegues de la vida.

El poder, que es á la vez causa y regulador de todos los esfuerzos de reforma, es la fe en el Hombre, la convicción de que hay en él una infinita dignidad que se presentará al llamamiento del mérito, y que todas las reformas particulares son la destrucción de algún impedimento. ¿No es el deber más elevado que el hombre sea honrado en nosotros? No debo permitir que ningún hombre, porque tiene grandes extensiones de tierra, dé á entender que es rico en mi presencia. Debo hacerle comprender que sin sus riquezas no puedo venderme ni al lujo ni al orgullo; y aunque yo sea completamente miserable y reciba pan de él, él es pobre comparado conmigo. Y si, al mismo tiempo, una mujer y un niño descubre un sentimiento de piedad ó una manera de pensar mejor que la mía, debo demostrarle mi respeto y obediencia, aunque vaya á alterar todo un método de vida.

Los americanos tienen muchas virtudes, pero no

tienen fe y esperanza. No conozco palabras cuyo significado más se eche en olvido. Empleamos estas palabras como si fueran tan desusadas como *Selah* y *Amén*. Y, sin embargo, tienen amplio significado y la más estricta aplicación á Boston en 1842. Los americanos no tienen fe. Confían en el poder de un duro: son sordos á un sentimiento. Piensan que pueden hablar del viento norte tan fácilmente como elevar la sociedad; y no hay clase de menos fe que los sabios ó los hombres intelectuales. Ahora bien: si yo hablo con un hombre sincero y discreto, que es mi amigo, con un poeta, con un joven reflexivo que está todavía bajo el dominio de sus borrascosos pensamientos y no uncido al caíro de la sociedad para arrastrar con nosotros todo lo que se encuentra en los carriles de la costumbre, veo cuán mezquina es esta generación de incrédulos y qué castillo de naipes son sus instituciones; y veo lo que puede llevar á cabo, qué gran idea puede poner en práctica un hombre intrépido. Veo que la razón de la desconfianza del hombre práctico en toda teoría es su incapacidad de comprender con qué medios trabajamos. Ved, dice, los utensilios con que ha de construirse este mundo vuestro. Como no podemos hacer un planeta, con atmósfera, ríos y bosques, por medio de los utensilios de los mejores carpinteros ó ingenieros, aprovechándonos del laboratorio del químico y de la fragua del herrero; así no podemos construir esa celeste sociedad de que habláis sin sustancia, como hombres y mujeres necios, débiles y egoístas. Pero el creyente, no sólo ve que es posible su cielo, sino que comprende que ya comenzó á existir; pero no por los hombres ó materiales de que se sirve el político, sino por los hombres transfigurados y elevados sobre sí mismos en virtud de los principios. En los principios hay algo que excede á todo el poder de los procedimientos.

Todo movimiento grande é impetuoso registrado en los anales del mundo es el triunfo de algún entusiasmo. Las victorias de los árabes después de Mahoma, conquistada que, con un principio pequeño y mezquino, establecieron un imperio más inmenso que el de Roma, son un ejemplo. No sabían lo que hacían. El desnudo Derar, una vez empeñado en una idea, sobrepujó á una tropa romana. Las mujeres peleaban, conquistaban á los hombres romanos. Estaban miserablemente equipados, miserablemente alimentados. Eran tropas sobrias. No se necesitaba ni aguardiente ni carne para alimentarlos. Conquistaron el Asia, el Africa y España alimentándose con cebada. El bastón del califa Omar causaba más terror en los que lo veían que la espada de otro hombre. Su dieta consistía en pan de cebada; su salsa era la sal, y á veces, por vía de abstinencia, comía el pan sin sal. Su bebida era agua. Su palacio estaba construído de lodo; y cuando abandonó á Medina para ir á la conquista de Jerusalem, cabalgó en un camello rojo, con un plato de madera colgando de su silla, con una botella de agua y dos alforjas, un repuesto de cebada y lo demás frutas secas.

Pero antes de mucho tiempo amanecerá para nuestra política y nuestro método de vida una mañana más hermosa que esa fe arábica, en el sentimiento del amor. Este es el único remedio para todos los males, la panacea de la Naturaleza. Debemos ser amantes, é inmediatamente lo imposible se hace posible. Nuestro siglo y la historia, durante estos mil años, no ha sido la historia de la generosidad, sino del egoísmo. Nuestra desconfianza es muy pródiga. El dinero que derrochamos para tribunales y cárceles está muy mal gastado. Con la desconfianza hacemos al ladrón, y al salteador y al incendiario, y con nuestro tribunal y nuestra cárcel le conser-

vamos tal como es. Una aceptación del sentimiento del amor cristiano por una temporada atraería á nosotros al criminal y al proscrito, que llorarían y pondrían sus facultades á nuestro servicio. Ved esta vasta sociedad de hombres y mujeres trabajadoras. Permitimos que nos sirvan; vivimos aparte de ellos; y cuando los encontramos en la calle, no los saludamos. No reconocemos su talento ni nos complacemos en su buena suerte, ni en la asamblea del pueblo votan por lo que les agrada. Así decretamos que sean la base del mundo el noble y el rey egoísta. Ved cómo este árbol siempre lleva un fruto. En toda familia, la paz de una pareja está turbada por la malicia, falsedad, indolencia y desunión de los domésticos. Cuando dos madres de familia se reúnen, observad qué pronto gira su conversación sobre las molestias de la servidumbre. En todas las reuniones de trabajadores, el rico no se siente entre sus amigos; y, en las elecciones, los ve reunidos en masa, en resuelta oposición hacia él. Nos quejamos de que la política de la masa del pueblo está muchas veces dominada por hombres emprendedores, puestos en oposición á la justicia evidente y al bienestar común y á su propio interés. Pero el pueblo no desea estar representado y gobernado por los ignorantes y mezquinos. Sólo que votan por éstos, porque se les pidió el voto y les engañaron con generosidades. No votarían más por ellos. Ellos exigen inevitablemente el ingenio y la probidad. Para emplear una metáfora egipcia, no es su deseo «elevar las pezuñas de las bestias feroces y oprimir las cabezas de los pájaros sagrados». Nuestro afecto debe transmitirse á nuestros semejantes; debe llevar á cabo en un día la mayor de todas las revoluciones. Es mejor obrar sobre las instituciones por el sol que por el viento. El Estado debe considerar al pobre y todos los votos deben salir á

su favor. Todo niño que nace debe tener probabilidades de ganar el pan. Que las reformas de nuestras leyes de propiedad procedan de la concesión del rico, no de la extorsión del pobre. Comencemos por el reparto habitual. Comprendamos que la regla equitativa es que nadie tome más que su parte. Dejadme sentir que soy un amante. He de ver para ello que el mundo es lo mejor para mí, y encontrar mi recompensa en el acto. El amor debe renovar este gastado mundo en que vivimos como paganos y enemigos hace mucho; y debe alentar el corazón ver cómo la vana diplomacia de los hombres de Estado, la impotencia de los ejércitos, las escuadras y las líneas de defensa son sustituidos por este niño desarmado. El amor se arrastrará hasta donde no puede ir, y lo conseguirá por métodos imperceptibles, siendo su palanca y su fuerza; lo que nunca podrá realizar la fuerza bruta. ¿No habéis visto en los bosques, en una mañana de otoño, un pobre hongo ó una seta, una planta sin solidez, más aún, que apenas parecía una suave polenta ó gelatina, por su brote constante, total é inconcebiblemente gentil, abrirse camino entre la fionda y actualmente criar en su copa una dura corteza? Es el símbolo del poder de la bondad. La virtud de este principio en la sociedad humana, en aplicación á los grandes intereses, está anticuada y olvidada. Una vez ó dos en la historia ha sido probado con ilustres ejemplos y señalado éxito. Este nuestro cristianismo grande, desarrollado y muerto, todavía se mantiene vivo, al menos como el nombre de un amante del género humano. Pero un día todos los hombres serán amantes; y toda calamidad se disolverá en el fulgor universal.

EL JOVEN AMERICANO

Conferencia leída ante la Asociación Mercantil en Boston (Estados Unidos), en el Odeón, el miércoles 7 de Febrero de 1844.

SEÑORES:

Es notable eso de que nuestro pueblo tenga la cultura intelectual de un país y los deberes de otro. Nuestros libros son europeos. Nacimos dentro de la fama de Shakspeare, de Milton, de Bacon, de Dryden y de Pope; nuestros libros de texto son los escritos por Butter, Locke, Paley, Blackston y Stewart; y nuestra lectura doméstica ha sido Clarendon y Hume, Addison y Johnson, Joung y Cowper, Edgevoorth y Scott, Southey, Coleridge y Wordsworth y la *Revista de Edimburgo* y la *Revista Trimestral*. Se nos envía á una escuela feudal á aprender la democracia. Para el joven americano se abre un abismo entre su educación y su trabajo. Somos como la hija del banquero, que cuando terminó su educación y su padre dió bancarrota, y se le preguntó lo que haría por él en sus miserias é infortunios, respondió que haría una camisa de hombre, pan amasado y una ruin vasija de leche. Y lo que hizo fué valsar, y cortar flores de papel, y bordar en terciopelo, y copiar dibujos, y trabajar encajes, y tocar el clavicordio, y cantar canciones alemanas, y descifrar charadas, y arreglar cuadros y

otras muchas cosas igualmente útiles é indispensables. Así ha ocurrido con la educación de nuestros jóvenes: el sistema de pensamiento fué el desarrollo de las instituciones monárquicas, mientras que los que florecían alrededor de ellos no estaban consagrados á su imaginación ni interpretados por sus entendimientos.

Este falso estado de cosas está nuevamente en camino de ser corregido. América está comenzando á afirmarse ante los sentidos y la imaginación de sus hijos, y Europa está haciendo lo mismo. Esta su reacción sobre la educación da una nueva importancia á los adelantos interiores y á la política del país. No hay ciudadano americano que no haya sido estimulado á la reflexión por las facilidades, ahora en progreso, para el viaje y transporte de géneros en los Estados Unidos. El procedimiento empleado para aumentar desproporcionadamente las dimensiones de las ciudades es de rápida realización en esta metrópoli de Nueva Inglaterra.

El desarrollo de Boston, nunca lento, se aceleró tanto desde que se han abierto ferrocarriles que lo unen á Providence, Albany y Portland, que la extrema depresión del comercio general no se ha ocultado á la vista más indiferente. La exigua península, que pocos años ha tenía treinta ó cuarenta mil habitantes, con muchos pastos y terreno labrantío, sin nombrar los grandes jardines privados en medio de la ciudad, se ha visto que era demasiado estrecha cuando los cuarenta mil se elevaron á cien mil. Los terrenos labrantíos se han vallado y en ellos se edificó; los jardines privados, uno por uno, se han convertido en calles. Boston tiene setecientos veinte *acres* de tierra. Acre por acre se han ganado desde entonces al mar y, en poco tiempo, el geólogo encontrará difícil trazar la topografía peninsular. En el transcurso del año pasado, los periódicos nos dicen

que se han construído de mil doscientos á mil quinientos edificios de todas clases, muchos de ellos de carácter suntuoso y duradero. Y porque cada una de las nuevas avenidas del camino de hierro se ramifica como la rama de un árbol, el desarrollo de la ciudad procede en un orden geométrico. Ya está abriéndose un nuevo camino en dirección al Norte hacia Connecticut y Montreal; y todas las grandes líneas que están terminadas hacen secciones transversales más practicables de camino á camino; de suerte que el terreno, en el mapa, puede representarse ahora por una red de hierro.

Este furor por la construcción de caminos es benéfico para América, donde las grandes distancias son una consideración tan principal en nuestra política doméstica y en nuestro comercio, en vista de que la gran promesa política de la invención ha de sostener á la Unión, cuyos días parecían ya contados por el puro inconveniente de transportar representantes, jueces y oficiales á través de las distancias fastidiosas de mar y tierra. No sólo se suprime la distancia, sino que cuando, como ahora, la locomotora y el buque de vapor, como enormes lanzaderas, atraviesan todos los días los mil variados hilos de líneas nacionales y los unen en una urdimbre, se verifica una asimilación continua y no hay peligro de que se eviten las hostilidades y diferencias locales.

La nueva fuerza se manifiesta en su relación con la población inmigrante, principalmente el pueblo de Irlanda; esa fuerza ha dado empleo á centenares de miles de naturales de ese país, que están continuamente llegando en barcos de la Gran Bretaña. En un país escabroso, el camino de hierro es una gran cosa. Ha introducido una multitud de rasgos pintorescos en nuestro escenario pastoril. Los túneles, los puentes, la audaz

mole atravesando la silenciosa pradera, no visitada por nadie más que por sus vecinos desde que se plantó la región; el encuentro, á cortas distancias, á lo largo del carril, de cuadrillas de trabajadores; la energía con que se aplican á sus faenas; los gritos del mayoral; el carácter del mismo trabajo, que así viola y revoluciona las formas primarias é inmemoriales de la Naturaleza; el pueblo de caserones abandonados, al borde de hermosos lagos que hasta ahora fueron tranquilos lugares de caza del pato silvestre, y en los más retirados rincones del bosque, alrededor del cual se ven las esposas é hijos de los irlandeses; el número de extranjeros, hombres y mujeres, á quienes ahora encuentra sólo el guardabosque en los senderos de la selva; el viento que silba en las rocas; las explosiones que hay todos los días con la alarma casual del temible accidente, y la indefinida promesa de lo que el nuevo canal de comercio puede hacer y deshacer por las ciudades reales, tiene activos los sentidos y la imaginación, y los variados aspectos de la empresa lo hacen el tópico de todas las conversaciones, en carros y botes, y en los hogares.

Este cuadro se ensombrece un poco, cuando se ve muy de cerca, por las injusticias que sé cometen en los contratos que con los labradores se hacen. Nuestra hospitalidad para con el pobre irlandés no tiene mucho mérito en sí. Lo pagamos muy mal. Trabajar en la obscuridad por sesenta y hasta cincuenta céntimos al día, es un salario mísero para un hombre casado. Es una buena pitanza cuando se paga en dinero contante y sonante; pero cuando, como ocurre generalmente, por las necesidades extremas de un partido, satisfechas por la malignidad del otro, recoge su paga en trajes y alimentos y en otros artículos de necesidad, el caso es todavía peor: lo compra todo con gran desventaja y no tiene

consejero ni protector. Además, el trabajo hecho es excesivo y su vista recuerda una faena de esclavo y negro. Los buenos agricultores y los labradores experimentados dicen que nunca han visto exigir tanto trabajo á un hombre en un día. ¡Pobres prójimos! Oíd las historias de sus éxodos de la antigua patria y su domiciliamiento en la nueva, y sus fortunas parecen tan mezquinas bajo su autoridad como las hojas del bosque que está á su alrededor. Tan pronto como ancló el buque que les trajo, uno escapó para Albany, otro para Ohio; otro cava, desde el alba, en New Orleans, y otro detrás de las norias de Lowell; algunos descargan en los muelles de New York y Boston; no pocos trabajan en las selvas de Maine. Tienen poco dinero y poca ciencia para permitirse el lujo de elegir adónde han de ir ó qué han de hacer, como no elige la hoja que es arrojada á este dique ó á estotro arroyo para perecer.

Y, sin embargo, su estado no es tan triste como parece. Hay que tener en cuenta que escaparon de la mezquina y desesperada situación en que se encontraban en su país, y en su existencia aquí encuentran perspectivas ilimitadas. El padre y madre irlandés están muy mal pagados y son víctimas del fraude y de la opresión privada; pero sus hijos son inmediatamente admitidos en las escuelas de su país; se educaron en perfecta comunicación é igualdad con los hijos del país; y deben á sus padres un vigor de constitución que les promete al menos un buen lugar en las competencias con la nueva generación. Si esta confianza echa una gota de suavidad en su copa, ya sea el espíritu flotante natural á la raza, es cierto que parecen ejercer casi el monopolio de la viveza en nuestras ciudades, y contrastan ampliamente, en ese particular, con los naturales del país. En el pueblo donde resido está construyéndose un ferrocarril, y

las señoras caritativas que, movidas por el relato de los infortunios y miserias sufridas por los trabajadores recién llegados, exploraron los tugurios, con fines de auxilio, se sorprendieron al encontrar el recibimiento más cortés y la más estricta jovialidad desde el más viejo hasta el más joven. Quizás puedan considerar estas visitas como vientos seguros que disipan los humores viciosos; y el trabajo de este triste día de quince ó diez y seis horas, aunque deplorado por toda la humanidad de las cercanías, es un policía mucho más vigilante que el alcalde y sus subordinados.

I. Mas harto me abstuve de hablar de lo que me condujo á este tópico: su importancia al crear un sentimiento americano. Una consecuencia imprevista del ferrocarril consiste en que ha dado á conocer al pueblo americano los innumerables recursos de su suelo. Si esta invención ha reducido á Inglaterra á una tercera parte de sus dimensiones, uniendo á los habitantes, en nuestro país ha dado nueva rapidez al *tiempo* ó anticipado por cincuenta años el cultivo de extensiones de tierra, la elección de los privilegios para agua, el trabajo de las minas y otras naturales ventajas. El ferrocarril es la vara de un mago en su poder para evocar las dormidas energías de tierra y agua.

El ferrocarril no es más que una flecha en nuestro carcaj, aunque tiene gran valor como una especie de jalón. El generoso continente es nuestro; territorio por territorio, finca por finca, hasta las olas del mar Pacífico:

Our garden is the inmensurable earth,
the heaven's blue pillars are Medea's house (1),

(1) «Nuestro jardín es la inconmensurable tierra, las azules columnas del cielo son la casa de Medea.»

y nuevos deberes y nuevos motivos nos esperan y consuelan. La tarea de plantar, de medir, de construir en esta inmensa extensión, exige una educación y un sentimiento proporcionados. Una conciencia de este hecho está comenzando á ocupar el puesto del espíritu y de la educación que brotó mientras todá la población vivía en la costa; y aun en ella, hombres prudentes han comenzado á ver que todo americano debe ser educado teniendo en cuenta el valor de la tierra. Se estudian artes de la Ingeniería y de la Arquitectura; la Agricultura científica es objeto de creciente atención; las riquezas minerales son exploradas, así como la piedra caliza, el carbón, la pizarra y el hierro; y el valor de la madera disminuye.

Colón alegó como una razón para buscar un continente en el Oeste que la armonía de la Naturaleza exigía una gran extensión de tierra en el hemisferio occidental para contrapesar la conocida extensión de tierra en el Oriente; y ahora es cuando debemos apreciar los valores de esta inmensa raza en este país, que es nuestro hogar afortunado. El terreno es el remedio decretado para todo lo que es falso y fantástico en nuestra cultura. El gran continente que habitamos ha de ser medicina y alimento para nuestro espíritu tanto como para nuestro cuerpo. La tierra, con sus sedantes y sanas influencias, ha de reparar los errores de una educación escolástica y tradicional, poniéndonos en justas relaciones con los hombres y las cosas.

El hábito de vivir en presencia de estas invitaciones de la riqueza natural no deja de producir su efecto; y este hábito, combinado con el sentimiento moral que en los años recientes ha interrogado todas las instituciones, usos y leyes, dió, naturalmente, una dirección enérgica á los deseos y aspiraciones del joven activo para que se

retire de las ciudades y cultive el suelo. Esta inclinación apareció en los sitios más imprevistos, en hombres que se suponían absorbidos por los negocios y en los dedicados á profesiones liberales. Esto parecía una buena tendencia, supuesto que el agricultor no necesita de otros para ganar el pan, en tanto que el fabricante y el comerciante necesitan siempre de predecesores para ganarlo. Porque, además de todo el beneficio moral que podemos esperar de la profesión de agricultor, cuando un hombre entra en ella por causas morales, ésta prometía la conquista del suelo, la abundancia, y, á más de esto, el adorno de todo el continente, con todas las ventajas y ornamentos que pueden sugerir el trabajo, la ingenuidad y el afecto para el hogar de un hombre. Este país salvaje debe ser surcado por el arado y cardado por el rastrillo; estas toscas Alleganies deben conocer un dueño; estos espumosos torrentes deben ser montados á horecadas por altivos arcos de piedra; estas incultas praderas deben cubrirse de trigo; estos pantanos deben cubrirse de arroz; las cumbres de la montaña deben apacentar innumerables rebaños de ganado; los interminables bosques deben convertirse en graciosos parques para uso y para recreo.

En este país donde la tierra es barata y la índole de sus habitantes pacífica, todo invita á las artes de la agricultura, de la jardinería y de la arquitectura doméstica. Los jardines públicos, en la escala de plantaciones en Europa y Asia, nos son desconocidos. No hay rasgo de los países antiguos que más agradablemente sorprenda á un americano que los hermosos jardines de Europa: como el Boboli en Florencia, la Villa Borghese en Roma, la Villa d'Este en Tívoli; obras fácilmente aquí imitadas y que harían la patria querida al ciudadano é inflamarian el patriotismo. Es el arte bello que nos que-

da, ahora que la escultura, la pintura y la arquitectura religiosa y civil están estériles y han pasado á la segunda infancia. Tenemos veinte grados de latitud donde escoger un sitio; y las nuevas modas de viajar amplían la oportunidad de elección, haciendo fácil cultivar extensiones muy distantes y quedar, sin embargo, en estricta comunicación con los centros de comercio. Y toda la fuerza de todas las artes llega á facilitar el adorno de fincas y moradas. Un jardín tiene esta ventaja, que lo hace indiferente donde vivís. Un jardín bien establecido hace que olvidéis lo restante del terreno que os rodea: baja ó alta, grande ó mezquina, habéis hecho una hermosa residencia digna del hombre. Si el paisaje es agradable, el jardín lo hace resaltar; si es desagradable, lo recata. Un pequeño bosqueje, que cualquier agricultor puede encontrar ó hacer que se cultive junto á su casa, en pocos años recreará la vista y el espíritu del habitante, de tal suerte que hará innecesarias para su decoración las cataratas y las cadenas de montañas; y está tan satisfecho con sus avenidas, bosquecillos, huertos y río, que el Niágara y las Montañas Blancas y la ribera de Nantasket son bagatelas. Y, sin embargo, la elección de una conveniente casita tiene la misma ventaja sobre una indiferente, como la elección de un empleo dado á un hombre que tiene genio para ese trabajo. En último caso, toda la cultura de los años nunca harán igual suyo al estudiante más laborioso; ni la jardinería dará la ventaja de una vista feliz para una casa en un agujero ó en un pináculo. «Dios Altísimo plantó primero un jardín, dice Lord Bacon, y éste es el más puro de los placeres humanos. Es el mayor solaz para el espíritu del hombre, sin el cual edificios y palacios no son más que toscas obras de mano; y un hombre verá siempre que cuando los siglos ganan en civilidad y elegancia, los hombres llegan á cons-

truir magníficamente más pronto que á cultivar bien un jardín, como si la jardinería fuese la mayor perfección.» Bacón ha seguido este sentimiento en sus dos ensayos *sobre los edificios y sobre los jardines*, con muchos agradables detalles sobre la decoración de la tierra; y Aubrey nos ha dado un buen resumen de la manera como Bacón perfeccionó su propio señorío en Gorhanchury. En América, hasta ahora tenemos poco de que vanagloriarnos en este género. Las ciudades privan constantemente al país de la mejor parte de su población; la flor de la juventud de ambos sexos va á las ciudades y el país está cultivado por una clase inferior. El país—un día entero de viaje basta para demostrarlo—parece atacado de pobreza, y los edificios son lisos y míseros. En Europa, donde la sociedad tiene una estructura aristocrática, la tierra está llena de hombres de gran cultura, cuyo interés y orgullo es quedar la mitad del año en sus fincas y llenarlas de todas las conveniencias y adornos. Estos, como es natural, hacen fincas modelos y arquitectura modelo, y son una educación constante para la vista de la ciudad que les rodea. Todos los acontecimientos en el progreso irán á disgustar á los hombres con las ciudades, é infundirán en ellos la pasión por la vida de campo y por los placeres campestres; harán un prodigioso servicio á toda la faz de este continente y favorecerán la más poética de todas las ocupaciones de la vida real: fomentando por el arte las nativas pero ocultas gracias del paisaje.

Considero que esos adelantos tienden directamente á encarecer la tierra para el habitante y darle todo lo que es valadero en afecto local. Cualquier relación con la tierra, el hábito de cultivarla ó minarla, ó de cazar en ella, engendra el sentimiento del patriotismo. El que hace compra en ella, el que únicamente la emplea como

un auxilio para su pupitre y su agenda, ó para su fábrica, la estima en muy poco. La gran mayoría del pueblo de este país viven de la tierra y llevan su calidad en sus modales y opiniones. En los Estados atlánticos, hemos sido comerciales por la posición y hemos introducido fácilmente, como dije, una cultura europea. Afortunadamente para nosotros, ahora que el vapor ha reducido el Atlántico á un estrecho, el nervioso y rocalloso Oeste está introduciendo un nuevo y continental elemento en el espíritu nacional, y tendremos pronto un genio americano. ¡Cuánto mejor cuando la tierra es un jardín y el pueblo ha crecido en los bosquecillos de un paraíso! Sin mirar, pues, estas extraordinarias influencias que obran ahora en esta dirección precisamente, sino lo que de inevitable se hace á nuestro alrededor, pienso que debemos considerar la tierra como un poder dominante y creciente en el ciudadano americano, la sana y americanizante influencia, que promete desplegar nuevas facultades para los siglos venideros.

2. En segundo lugar, la elevación y apogeo del nuevo y antifeudal poder del Comercio es el hecho político de más significación para éste. No podemos considerar la libertad de este país, en conexión con su juventud, sin un presentimiento de que leyes é instituciones existan en alguna escala de proporción con la majestad de la Naturaleza. Para los hombres que legislan en la vasta área que media entre los dos Océanos, entre las nieves y los trópicos, algo de la gravedad y grandor de la Naturaleza se infundirá en el código. Una población heterogénea que se agrupa en todos los buques, pasando desde todos los ángulos del mundo á las grandes puertas de Norte-América, á saber: Boston, New York y New Orleans, y penetrando desde aquí por praderas y montañas y contribuyendo con su pensamiento privado á la

opinión pública, con su contribución al tesoro y con su voto á la elección, no puede dudarse que la legislación de este país debe hacerse más católica y cosmopolita que la de cualquier otro. Parece fácil para América inspirar y expresar el espíritu más expansivo y humano: recién nacida, libre, saludable, fuerte, es la tierra del trabajador, del demócrata, del filántropo, del creyente, del santo; y es el representante de la raza humana. América es el país del porvenir. Desde Washington, su capital, que es proverbialmente «la ciudad de las distancias magníficas», pasando por todas sus ciudades, Estados y territorios, es un país de proyectos, de intentos, de vastos designios y tentativas. No tiene pasado; todo presenta una perspectiva hacia adelante, y de aquí que está dispuesto á recibir más fácilmente todos los rasgos generosos que la sabiduría ó la fortuna del hombre han impreso.

Señores: hay un sublime y amistoso destino por el cual está guiada la raza humana—la raza nunca moribunda, el individuo nunca disputado—para resultados que afectan á masas y siglos enteros. Los hombres son estrechos y egoístas, pero el genio ó el destino no es estrecho, sino benéfico. No se descubre en su actividad calculada y voluntaria, sino en lo que ocurre, con ó sin su plan. Sólo lo que es inevitable nos interesa y hace que el amor y el bien sean inevitables en el curso de las cosas. Este genio se ha infundido en la Naturaleza. Indícase por un exceso de bien, un contrapeso en los hechos brutos siempre favorables al lado de la razón. Todos los hechos en cualquier parte de la Naturaleza serán dispuestos en orden, y los resultados indicarán la misma seguridad y beneficio, tan ligero que apenas es perceptible. La esfera está achatada por los polos y abultada por el ecuador; forma que deriva necesariamente del estado fluido, forma que, según nos aseguran los

matemáticos, impide que las grandes protuberancias del continente y hasta las montañas menores caigan á tierra en cualquier ocasión por terremotos, trastornando continuamente el eje del mundo. El censo de la población mantiene una invariable igualdad en los sexos, con un notable predominio á favor del macho, como para contrapesar la exposición necesariamente mayor de la vida masculina en la guerra, la navegación y otros accidentes. Notad el incesante esfuerzo verificado en la Naturaleza por algo mejor que las actuales criaturas: *la mejora en la Naturaleza*, que sólo permite y autoriza la mejora en el género humano. La población del mundo es una población condicional: éstos no son los mejores, sino los mejores que podrían vivir en el estado actual de suelos, de gases, de animales y de moral; los mejores que pudieran vivir *á pesar de eso*; habrá uno mejor, á Dios gracias. Este genio ó destino es de la más severa administración, aunque corren rumores de su secreta ternura. Púede denominarse una cruel bondad, sirviendo al todo aun con ruina del miembro; un terrible comunista, que reserva todos los derechos para la comunidad, sin dividiendo para los individuos. Su ley es que consideréis toda cosa como un miembro; nada para vosotros mismos. Porque la Naturaleza es el más noble ingeniero, que emplea, sin embargo, una economía aplastante, elaborando todo lo que se gasta hoy en la creación de mañana: ni un superfluo grano de arena, por toda la ostentación que hace de gasto y hombres públicos. Porque la Naturaleza ahorra y usa, trabajando por el bien general, y nosotros, pobres particulares, estamos aplastados y oprimidos, y nos parece dura la vida. Nos arrojó en su plenitud; pero no podemos tirar un cabello ni la raspadura de una uña, sin que inmediatamente arrebate aquel pedazo y lo asocie al fondo general. Nuestra condición

es como la de los pobres lobos: si uno del rebaño se hiere, ó simplemente cojea, el resto se lo come incontinenti.

Esa serena potencia opone un freno irresistible á los caprichos de nuestras voluntades. Su caridad no es nuestra caridad. Uno de sus agentes es nuestra voluntad, pero lo que se manifiesta en nuestra voluntad es más fuerte que ella misma. Somos muy propensos á ayudarla, pero ella no se apresura. Resiste nuestras maquinaciones intrigantes y mendicantes. Legislamos contra el monopolio; queremos tener un granero común para los pobres; pero el egoísmo que almacena y amontona el trigo á precios elevados es el preservativo del hambre; y la ley de la conservación de sí mismo es una policía más segura que cualquier legislación. Trazamos sistemas mendicantes, y resulta que nuestra caridad aumenta el pauperismo. Acuñamos más moneda en papel; reparamos el comercio con crédito ilimitado, y actualmente nos amenaza con ilimitada bancarrota.

Es fácil ver que nosotros, los de la generación actual, estamos conspirando con una beneficencia, que, en su trabajo para las venideras generaciones, sacrifica lo pasajero, que infatúa á los hombres más egoístas para obrar contra su interés privado por el bienestar público. Construimos ferrocarriles, sin saber para qué ó para quién; pero es muy cierto que nosotros, que construimos, recibiremos la parte más pequeña del beneficio. Se producirá un beneficio inmenso: son esenciales al país, pero eso no se comprenderá hasta que estemos fuera de él. Eso pasa con todo:

Man's heart the Almighty to the Future set
by secret and inviolable spring (1).

(1) «El Altísimo puso el corazón del hombre en el Futuro por secretas é inviolables causas.»

Plantamos árboles, construimos casas de piedra, redimimos el despilfarro, hacemos leyes de gran perspectiva, construimos colegios, hospitales, pero para muchas y remotas generaciones. Nos mortificaría bastante saber que el beneficio que podemos recibir en nuestras personas fué el mayor que pueden dar.

La historia del comercio, que, como es natural, incluye la historia del mundo, es el recuerdo de esta tendencia benéfica. La forma patriarcal de gobierno fácilmente se hace despótica, como cada persona puede ver en su propia familia. Los padres desean ser padres de los espíritus de sus hijos tanto como de sus cuerpos, y miran con gran impaciencia un nuevo carácter y una nueva manera de pensar que se muestre en su hijo ó hija. Este sentimiento, que todo su amor y orgullo en las facultades de sus hijos no puede ahogar, se convierte en petulancia y tiranía cuando el jefe de la tribu ó el emperador de un imperio tropieza con la misma diferencia de opinión en sus súbditos. La diferencia de opinión es el único crimen que los reyes nunca pueden olvidar. Un imperio es un inmenso egoísmo. «El Estado soy yo», decía el Luis francés. Cuando un embajador francés notificó á Pablo de Rusia que un hombre de importancia en San Petersburgo estaba interesándose en cierto asunto, el Czar le interrumpió violentamente con estas palabras: «No hay hombre de importancia en este imperio sino aquel con quien estoy hablando actualmente; y sólo en cuanto que estoy hablando con él es de importancia». Y se cuenta que Nicolás, el emperador actual, ha dicho á su consejo: «Señores, el siglo está embarazado con nuevas opiniones. Contad conmigo, señores: yo opondré una voluntad de hierro al progreso de las opiniones liberales».

Es muy fácil ver que esta administración patriarcal

ó familiar llega á ser fastidiosa para todos menos para el papa: el esceptro viene á ser una palanca. Y este desagradable egoísmo, feudalismo ó poder de la aristocracia se opone y finalmente se destruye. El rey se ve obligado á llamar en su auxilio á sus hermanos y primos y á sus parientes lejanos para que mantengan en orden su predominante casa; y esta reunión de nobles siempre llega al fin á tener una voluntad propia: se combinan para desafiar al soberano y llamar en su ayuda al pueblo. Cada jefe reúne los secuaces que puede, por la bondad, la protección y las buenas cualidades; y mientras dura la guerra, los nobles, que deben ser soldados, gobiernan muy bien. Pero cuando llega la paz, los nobles se hacen soberanos muy caprichosos y desagradables; resulta de ahí que sus travesuras son muy insultantes y degradantes para el ciudadano. El feudalismo se convierte en un bandolerismo.

Entretanto, el Comercio (ó el comerciante y manufactuero) ha comenzado á aparecer; el Comercio, planta que siempre florece dondequiera que hay paz, tan pronto como hay paz y mientras hay paz. El lujo y la necesidad del noble lo fomentan. Y tan vivamente como los hombres van á países extranjeros, en barcos ó caravanas, brotó un nuevo orden de cosas; nuevas ideas surgieron en sus espíritus. Sucédense nuevo gobierno, nuevos criados y nuevos amos. Su información, su riqueza, su correspondencia, les han hecho otros hombres completamente distintos de cuando abandonaron su costa natal. Son nobles ahora, y por otra patente que la del rey, el feudalismo ha sido bueno, ha abatido el poder de los reyes, y tuvo algunos caracteres magníficos; pero se hizo perjudicial, le llegó la hora de la muerte, como dicen del pueblo moribundo, y se multiplicaron sus faltas. El comercio fué el hombre enérgico que lo abatió, y elevó

en su lugar uno nuevo y desconocido. Es un nuevo agente en el mundo y de gran función; es una fuerza muy intelectual. Esta sustituye á la fuerza física é introduce en su lugar el cálculo, la combinación, la información y la ciencia. Atrae todas las fuerzas de cierto género, que dormitaban en las primeras dinastías. Está ahora á la mitad de su carrera. El feudalismo no ha concluído, sin embargo. Nuestros gobiernos todavía participan mucho de ese elemento. El gobierno llega á hacer insignificantes los gobiernos, y á poner en venta todo género de facultades de todos los individuos que puedan servir á cualquier persona. En vez de un inmenso ejército y armada y departamentos ejecutivos, tiende á convertir el gobierno en una oficina de inteligencia, un ministerio de inteligencia, donde cada hombre puede encontrar lo que desea comprar y exponer lo que tiene que vender; no sólo el producto y las manufacturas, sino el arte, la habilidad y el valor moral é intelectual. Este es el bien y éste es el mal del Comercio: que lo pone todo *en el mercado*: el talento, la belleza, la virtud y el hombre mismo.

Por este medio, sin embargo, ha hecho su obra. Tiene sus defectos y llegará á un fin, como los otros hacen. Injuriarnos al Comercio, y el filósofo y el filántropo tienen mucho malo que decir de él; pero el historiador del mundo verá que el Comercio fué el principio de la libertad; que el Comercio plantó la América y destruyó el feudalismo; que hace la paz y la mantiene, y que abolirá la esclavitud. Nos quejamos de la fastidiosa opresión del pobre y de la fundación de una nueva aristocracia sobre las ruinas de la aristocracia que destruyó. Pero hay esta inmensa distinción: que la aristocracia del Comercio no tiene permanencia, no está vinculada; fué el resultado del esfuerzo y del talento, el resultado del mérito de alguna clase, y está continuamente fluyendo y

refluyendo, como las olas del mar, ante nuevas reclamaciones de la misma especie. El Comercio es un instrumento en manos de ese amistoso poder que trabaja por nosotros á pesar nuestro. Lo designamos de este y del otro modo, pero él varía. Esta benéfica dirección, omnipotente sin violencia, existe y trabaja. Toda observación de la historia inspira una confianza dañosa que las cosas corrigen. Esa es la moral que todos aprendemos, que justifica la ESPERANZA; la ESPERANZA, la madre prolífica de las reformas. Nuestro oficio es seguir el rastro, no para sentarnos hasta que nos convirtamos en piedras, sino para contemplar las madrugadas sucesivas y conspirar con las nuevas obras de los nuevos días. El gobierno ha sido un fósil, debe ser una planta. Opino que el oficio de la ley establecida debe ser expresar y no impedir el espíritu del género humano. A nuevos pensamientos, nuevas cosas. El Comercio fué un instrumento, pero el Comercio es también pasajero y debe ceder el puesto á algo más amplio y mejor, cuyos signos están ya apuntando en los cielos.

3. Paso, en tercer lugar, á hablar de los signos de lo que es la consecuencia del Comercio. A consecuencia de la revolución verificada por el Comercio en el estado de la sociedad, el gobierno, en nuestra época, comienza á tomar un aspecto grosero y pesado. Ya hemos visto cuál es el camino para métodos más breves. Los tiempos son fecundos en buenas señales. Algunas de ellas harán madurar el fruto. Todo este benéfico socialismo es un agradable pronóstico; y el clamoroso concierto de voces que piden educación para el pueblo, indica que el gobierno tiene otros oficios que los de banquero y verdugo. Testigos son los nuevos movimientos del mundo civilizado: el comunismo de Francia, Alemania y Suiza; las Uniones de Comercio; la Liga Inglesa contra las Leyes del

Trigo, y toda la *Estadística Industrial*, así llamada. En París, la blusa del operario ha comenzado á hacer su aparición en los salones. Testigos son el espectáculo de tres comunidades que en poco tiempo han brotado dentro de esta república; además de otras varias, emprendidas por ciudadanos de Massachusetts, dentro del territorio de otros Estados. Estos proceden de una variedad de motivos, de una impaciencia de muchos usos en la vida común, de un deseo de mayor libertad de lo que permiten las costumbres y opiniones de la sociedad, sino en gran parte de un sentimiento de que los verdaderos oficios del Estado los ha dejado de la mano el Estado; que en la contienda de las partes por el bolsillo público, los principales deberes del gobierno se omitieron: el deber de instruir al ignorante, de surtir al pobre de trabajo y de buena dirección. Estos comunistas prefirieron la vida agrícola como la condición más favorable para la cultura humana; pero pensaron que la finca, tal como la administramos, no satisfacía la recta ambición del hombre. El agricultor, después de sacrificar el placer, el gusto, la libertad, el amor á su trabajo, da muchas veces bancarrota, como el comerciante. Este resultado debe parecer bien asombroso. Toda esta faena, desde el canto del gallo hasta la luz de la estrella, durante todos estos años, acaba en hipotecas y en el pabellón del vendutero y pasando de lo malo á lo peor. Es tiempo ya de haber mirado esto y con una crítica minuciosa examinar quién es el necio. Por una parte, la agricultura química, exponiendo fríamente el contrasentido de nuestra pródiga agricultura y el ruinoso gasto de estiércol; y ofreciendo, por medio del guano artificial, convertir un arenal en campo de trigo; y por otra, el agricultor, no sólo dispuesto á la información, sino con malas cosechas y en deuda y bancarrota, por falta de él. Hay Eetzlegs é

interminables proyectistas mecánicos que, con los fourieristas, afirman resultamente que la más pequeña unión puede hacer á todos los hombres ricos; y, por otra parte, está esta multitud de pobres hombres y mujeres que buscan trabajo, y que no pueden encontrar bastante para pagar su sustento. La ciencia es atrevida, pero la pobreza es real. ¡Si se encontrase medio para huir de estas dos cosas!

Este fué un plan de los proyectistas de las Asociaciones que ahora hacía sus primeros y tímidos experimentos. Estaban fundados en el amor y en el trabajo. Propusieron, como sabéis, que todos los hombres tomaran parte en el trabajo manual, y propusieron mejorar la condición de los hombres, sustituyendo á la industria hostil la industria armoniosa. Fué un noble pensamiento de Fourier, que da una idea favorable de su sistema, para distinguir en su falange clases como la Banda Sagrada, para la cual todos los deberes eran desagradables y pronto á omitirse.

Al menos, pareció seguro para la empresa un éxito económico, y esa asociación agrícola debió, más pronto ó más tarde, fijar el precio del pan y asociar simples agricultores, para defensa propia, como las grandes compañías comerciales y manufactureras han hecho ya. La Comunidad es sólo la continuación del mismo movimiento que creó las sociedades por acciones para fábricas, minas, compañías de seguros, banca, y así sucesivamente. Ha resultado más barato fabricar indiana por cuenta de las compañías; y se propuso plantar trigo y cocer pan por cuenta de las compañías, y hombres inteligentes afirman que se probará hasta que se haga.

Indudablemente, estos primeros aventureros cometerán abundantes yerros, que harán ridículo su proyecto. Creo, por ejemplo, que exageran la importancia de uno

de sus proyectos favoritos: el de pagar el talento y el trabajo á una tasa, pagando todos los servicios al mismo precio, por ejemplo, á diez céntimos por hora. Lo han pagado así; pero no pueden hacer que un céntimo sea para todos un céntimo. En una mano se convierte en un águila, y en otra mano en una moneda de calderilla. Porque evidentemente todo el valor del céntimo está en saber lo que se ha de hacer con él. Un hombre compra con él una extensión de tierra á un indio y hace príncipes á sus descendientes; ó compra trigo bastante para proveer al mundo, ó pluma, tinta, papel, ó la brocha de un pintor, por la cual puede comunicarse con la raza humana, con las razas humanas, como si fuese fuego; y otro compra plumas y espinas crespas. El dinero no tiene valor: no puede gastarse. Todo depende de la habilidad del gastador.

Falta determinar si es insuperable la objeción casi universalmente hecha por las mujeres que en la sociedad son madres, á una vida asociada, á una mesa común, y una común educación, etc., concediendo á la familia pobre más valor que á la asociación por la riqueza. Pero las comunidades aspiraban á un éxito mucho mayor, asegurando á todos sus miembros una educación igual y muy completa. Y las grandes aspiraciones del movimiento no serán abandonadas, aun cuando estas tentativas fracasasen, sino que serán proseguidas por los hombres de iguales intenciones que existen en toda sociedad, hasta que obtengan éxito.

Este es el valor de las comunidades: no lo que han hecho, sino la revolución que indican como próxima. Sí, el gobierno debe educar al pobre. Mirad por todo el país, desde cualquier ladera de las montañas que nos rodean: el paisaje parece implorar gobierno. Las actuales diferencias de los hombres deben ser reconocidas y resuel-

tas con amor y prudencia. Estos terrenos elevados que dominan la campiña baja parecen pedir dueños, verdaderos dueños, que comprendan lo que es la tierra y sus usos y las aplicaciones que hacen los hombres, y cuyo gobierno fuese lo que debiera ser, esto es, la mediación entre la demanda y el surtido. Así, cada ciudadano pagaría con gusto un impuesto por el auxilio y continuación de tan buena dirección. Goethe decía: «Ningún hombre debe ser rico, sino el que sabe serlo»; y de fijo que los pobres son propensos á pensar que muy pocos de los ricos saben emplear sus ventajas con cualquier buen fin: no tienen originalidad ni siquiera gracia en su despilfarro. Pero si esto es cierto de la riqueza, lo es mucho más del poder: nadie debe ser gobernante si no tiene talento para gobernar. Ahora bien: muchas personas tienen una habilidad natural para hacer muchos oficios por muchas manos; genio para la disposición de los negocios; y nunca son más felices que cuando han de resolver difíciles cuestiones prácticas, que embarazan á otros hombres: todo consiste en la luz que hay delante de ellos, están en su elemento. Realmente parece un progreso hacia tal estado de cosas el que este trabajo lo hagan los trabajadores naturales; y esto no seguramente mediante cualquier discreción demostrada por los ciudadanos en las elecciones, sino por el desprecio gradual en que se tiene al gobierno oficial y la creciente propensión de los aventureros privados á ejercer sus decaídas funciones. Así el servicio de correos está pronto á caer en desuso por el transporte privado de Harden y sus competidores. La acuñación de moneda amenaza caer por completo en manos privadas. La justicia se administra continuamente cada vez más por referencias privadas y no por litigios. Tenemos gobiernos feudales en una época comercial. No sería más que una fácil ex-

tensión de nuestro sistema comercial pagar á un emperador privado un feudo por servicios, como pagamos á un arquitecto, á un ingeniero ó á un jurisconsulto por las consultas. Si cualquier hombre tiene talento para enderezar la injusticia, para administrar asuntos difíciles, para aconsejar á los pobres labradores cómo han de convertir sus fincas en buen terreno labrantío, para combinar cien empresas privadas en un beneficio general, dejadle en la capital del distrito ó en Court Street y poned este rótulo: Mr. Smith, *Gobernador*; Mr. Johnson, *Rey trabajador*.

¿Cómo pueden nuestros jóvenes quejarse de la pobreza de las cosas en Nueva Inglaterra y no comprender que la pobreza exige de su caridad que haga rica á Nueva Inglaterra? ¿Dónde está el que, viendo á mil hombres inútiles y desgraciados y haciendo que todo el país parezca desamparado por su inacción y teniendo conciencia de poseer la facultad que necesitan, no oye su llamamiento para que vaya y sea su rey? Debemos tener reyes y debemos tener nobles. La Naturaleza siempre los provee en toda sociedad; sólo que debemos tenerlos reales y no nominales. Tomemos del mejor nuestra guía y nuestra inspiración. Las diferencias actuales en el poder personal no merecen discusión. En toda sociedad han nacido algunos hombres para gobernar y otros para obedecer. Que el poder esté bien dirigido, dirigido por el amor, y en todas partes serán saludados con júbilo y honra. El jefe es el jefe en todo el mundo, no sólo en su sombrero y en su penacho. Sólo su disgusto del pretendiente hace á los hombres injustos algunas veces para con el hombre leal y perfecto. Si la sociedad fuese transparente, sería en todas partes bien recibido y acreditado y no se le exigiría el trabajo cotidiano, sino que se comprendería que era un beneficio, puesto que era un

noble. Ese fué su deber y su restricción: mantenerse puro y purificante, como la levadura de su pueblo. Pienso que en toda sociedad hay puesto y deberes para un noble; pero éstos no consisten en beber vino y guiar un buen coche, sino guiar y adornar la vida para la multitud, con la previsión, los estudios, la perseverancia, la abnegación y el recuerdo del humilde amigo antiguo, haciendo su vida secretamente bella.

Os invito, jóvenes, á que escuchéis la voz de vuestro corazón y seáis la nobleza de este país. En todos los siglos hubo una nación eminente, una de un sentimiento más generoso, cuyos magníficos ciudadanos querían defender los intereses de la justicia y de la humanidad en general, á riesgo de que los hombres del momento les llamasen quiméricos y fantásticos. ¿Cuál ha de ser esa nación sino los Estados Unidos? ¿Quién ha de dirigir ese movimiento sino Nueva Inglaterra? ¿Quién ha de guiar á los jefes si no es el joven americano? El pueblo nuestro y el mundo entero están ahora sufriendo por la falta de religión y honor en su espíritu público. En América, fuera de puertas, todo parece un mercado; de puertas adentro, hay una atmósfera densa de convencionalismo. Todo el que viene á nuestras casas disfruta de estas preciosas costumbres: los hombres en el mercado, las mujeres en el traje. No encuentro en nuestros papeles de estado, en nuestros debates parlamentarios, en nuestros liceos ó iglesias, especialmente en nuestros periódicos, una expresión de un elevado sentimiento nacional ni sublimes consejos que enciendan la sangre. Hablo de esos órganos que se supone que interpretan la opinión pública. Sólo recomiendan virtudes convencionales, todo lo que gane y conserve la propiedad; siempre el capitalista; el colegio, la iglesia, el hospital, el teatro, el hotel, el camino, el buque del capitalista; todo lo que consiga

asegurar, adornar y ampliar estas cosas es bueno: todo lo que perjudica alguna de estas cosas es condenable. Los periódicos llamados «de oposición» son la misma cosa al revés. Atacan al gran capitalista, pero con la aspiración á hacer un capitalista del pobre hombre. La oposición está entre las quisicosas: entre los que tienen dinero y los que desean tenerlo. Pero quien nos anuncia en el periódico, ó en el púlpito, ó en la calle:

Man alone
Con perform the impossible (1)

Tengo gusto en añadir las siguientes líneas de la oda del poeta alemán: «Distingue, escoge y juzga; puede comunicar duración al momento. ¡Sed hombre noble, útil y bueno! Puesto que sólo le distingue de todos los seres que conocemos el saludar á las desconocidas y elevadas potencias que divinizamos. Su modelo nos enseña la fe en ellas».

No necesitaré entrar en una enumeración de nuestros defectos nacionales y vicios que requiere este orden de censores en el Estado. No consideraría como lo peor nuestras ofensas más declaradas. No es muchas veces el peor rasgo el que ocasiona el clamor más ruidoso. Los hombres se quejan de su sufrimiento y no del crimen. Temo poco los malos efectos del repudio; no temo que se propague. El huerto es un oficio suicida: no podéis repudiar más que una vez. Pero el semblante intrépido y el arrepentimiento tardío, permitidos á este perjuicio local, revelan un espíritu público tan preocupado con el amor de la ganancia, que el sentimiento común de indignación hacia el fraude no obra con su fuerza natural. La mayoría necesita apartarse de la multitud y beber en la

(1) «Sólo el hombre puede realizar lo imposible.»

fuelle de la justicia; ó, para decir mejor, la publicidad de la opinión, la ausencia de opinión privada. La buena índole abunda; pero necesitamos la justicia, de corazón de acero, para combatir el orgullo. El espíritu privado tiene acceso á la totalidad de bien y de verdad que puede ser un freno para una sociedad corrompida; y defender el veredicto privado contra el clamor popular es el oficio del noble. Si se propone una medida humana á favor del esclavo, del irlandés ó del católico, ó para el socorro del pobre, ese sentimiento, ese proyecto merecerán el homenaje del héroe. Esa es su nobleza, ese es su juramento de caballería: socorrer al desamparado y al oprimido; ponerse siempre del lado de la debilidad, de la juventud, de la esperanza, del lado liberal y expansivo; nunca de parte del sistema defensivo, conservador timorato, inmóvil y frío. No seremos capaces de dar más que nuestro bien. Tenemos nuestros negocios, nuestro gemo, que nos encadenan á nuestro trabajo adecuado. No podemos dar nuestra vida por la causa del deudor, del esclavo ó del pobre, como otro está haciendo; pero estamos obligados á una cosa: á no denigrar el sentimiento y el trabajo de ese hombre, á no poner obstáculos, como se apresuran á hacer los órganos de la influencia y de la opinión, en el camino del abolicionista y del filántropo. Tócanos confiar en el Poder Supremo y no contar con nuestro dinero y con el Estado, porque es el guardián del dinero. En este momento, el miedo de las personas viciosas y de las personas viejas es que la unión de estos Estados se destruya, como si la Unión tuviese otra base real que el placer de que se unan los ciudadanos en mayoría. Pero el hombre prudente y justo comprenderá siempre que está apoyado en sí mismo; que comunica vigor al Estado, y no recibe de él seguridad; y que si todo viniese á tierra, él y los que son

como él se combinarían fácilmente en una nueva constitución mejor. Toda grande y memorable comunidad ha constado de formidables individuos, que, como el romano ó el espartano, daban su espíritu al Estado y así lo hacían grande. Sin embargo, sólo por lo sobrenatural es un hombre fuerte: sólo confiando en la Divinidad nos animamos. Nada es tan débil como un egoísta. Nada es más fuerte que nosotros cuando somos portadores de una verdad ante la cual el Estado y el individuo son igualmente efímeros.

Señores: el desarrollo de nuestros internos recursos americanos, la suprema extensión del sistema comercial y la aparición de nuevas causas morales que han de modificar el Estado, están dando un aspecto de grandeza al futuro que la inauguración teme escudriñar. Una cosa es evidente para todos los hombres de sentido común y de conciencia común: que aquí, en América, está el hogar del hombre. Después de todas las instituciones que han de hacer nuestros políticos lamentables y más indignos, que hacen estribar todas las más graves cuestiones nacionales en la necia disputa de si Jaime ó Jonathan ocupará la poltrona y administrará la hacienda; después de todas las deducciones que hace nuestra frivolidad y nuestra locura, todavía queda una sencillez y libertad orgánica que, cuando pierde el equilibrio, se corrige ahora; que ofrece oportunidad al espíritu humano no conocido en ninguna otra región.

Es cierto que el espíritu público necesita respeto propio. Estamos llenos de vanidad, cuya prueba más distintiva es nuestra sensibilidad por la censura extranjera, y especialmente la inglesa. Una causa de esto es nuestra inmensa lectura y esa lectura limitada principalmente á las producciones de la prensa inglesa. Pero no puedo concebir una sensibilidad más equivocada que

esta pasión por la fama á propósito de nuestro país y de nuestras instituciones civiles. No podemos defender y hacer apologías á favor del sol y de la lluvia. Aquí estamos, hombres de sangre inglesa, plantados ahora por cinco, seis ó siete generaciones en esta inmensa extensión de tierra de la zona templada, y así plantados en tal conjectura de tiempos y acontecimientos, que hemos dejado detrás de nosotros todo lo odioso y viejo que había ocupado la inteligencia de los hombres. Hemos escapado como quien diera un salto á los insostenibles gravámenes bajo los cuales se bambolea Europa, y casi todos los meses se refunfuña: «¡Revolución, revolución!» No gracias á nosotros; sino que, en el curso de las cosas, aconteció que este país no se abrió á los Puritanos hasta que hubieron sentido el peso de los sistemas feudales y hasta que apuntó en Europa la era comercial, de suerte que, sin saber lo que hacían, remontaron la corriente y dejaron entre ellos y esta antigüedad las tempestades del Atlántico. Y la tala de bosques y la colonización del área de este continente se realizó bajo la influencia del libre espíritu de las asociaciones comerciales con éxito completo. No se hizo por nuestra habilidad ni por nuestra previsión, sino sencillamente porque se tomó el camino más ancho que jamás se mostró á los hombres para recorrer. Fué la raza humana, bajo la divina dirección, saliendo á recibir y habitar su patrimonio. Y ahora, si cualquier inglés, francés, español, ruso ó alemán puede encontrar materia de regocijo en este espectáculo, acogedle bien para quitarle sus opiniones. Nunca hubo una persona que mejor pudiese ser asunto de chanza. Un hombre honrado puede quizá extrañarse de cómo nuestros animados visitantes deben estar alegres y críticos. Quizá tienen gran necesidad de un día festivo, de un solaz en sus cuidados domésticos,

como los padres de familia que pasan en el hogar mucho tiempo y necesitan luego asueto amplio hasta cansarse los pies.

Es cierto también que, para las personas imaginativas de este país, hay algo seco y raso en nuestra breve historia y en nuestra soledad. ¿Exigen los que viven en un país nuevo que puedan vivir en uno viejo? Europa es para nuestros muchachos y muchachas lo que son las novelas; y no es extraño que ansíen ver los pintorescos rincones de un país anticuado. Pero una cosa es visitar las pirámides, y otra desear vivir allí. ¿Habían de agradecerles los diezmos al clero, y las contribuciones al gobierno, y los mastines, y los licenciados de presidio, y el dolor cuando nace un niño, y las amenazas, y los tejedores muertos de hambre, y un pauperismo que ahora constituye una décimatercera parte de la población? En vez del futuro que se extiende aquí ante la vista de todos los muchachos, ¿había de agradarles la reducción del futuro á un estrecho trozo del cielo? Una cosa, por ejemplo, recomendamos al estudio del viajero americano: las bellezas de la aristocracia. Los ingleses, el pueblo más conservador del lado acá de la India, no sienten la restricción, pero un americano lo sentiría seriamente. La aristocracia, incorporada por la ley y la educación, deprime la vida de las clases no privilegiadas. Es una compensación discutible al acerbo sentimiento de un orgulloso ciudadano, la reflexión de que el señor indigno que, por la magia de su título, paraliza su brazo y le arranca la mitad de las gracias y derechos del hombre, es también un aspirante excluido, con la misma crueldad de círculos elevados, desde que no hay fin para los torbellinos de este cielo espiral. Algo puede perdonarse al espíritu de lealtad cuando se hace fantástico; y algo á la imaginación, porque la vida más árida es simbólica.

Felipe II de España regañó á su embajador por desdeñar negocios de gran importancia en Italia. «Habéis dejado un negocio de importancia por una ceremonia». El embajador replicó: «¿Cómo? ¿Por una ceremonia? El sér de vuestra majestad no es más que una ceremonia». En el Este, donde el sentimiento religioso viene en auxilio de la aristocracia, y en la iglesia romana también, hay un grano de suavidad en la tiranía; pero, en Inglaterra, el hecho me parece intolerable; y se afirma comúnmente que tal es el honor trascendental concedido á la riqueza y al linaje que ningún literato, por gran eminencia que sea, es recibido en la buena sociedad, á no ser como á un mequetrefe, como á un bufón. La residencia en ese país es degradante para cualquier hombre no empleado en revolucionarlo. El inglés tiene muchas virtudes, muchas ventajas y la historia más brillante del mundo; pero lo necesita todo, y más que todo los recursos de lo pasado, para indemnizar á un heroico caballero residente en ese país por las mortificaciones que le preparó el sistema de sociedad, y que parecen imponer la alternativa de resistir ó evitarlo. Que haya mitigaciones y aligeraciones prácticas á su rigor, no es una excusa para la regla. El mérito dominante y el poder personal debe estar coronado en todas las compañías; ni las personas extraordinarias serán desdeñadas ó afientadas en una reunión de hombres civilizados. Pero el sistema es una invasión del sentimiento de justicia y los derechos naturales de los hombres, que, aunque decorados, deben aminorar el valor de la ciudadanía inglesa. A los ingleses toca considerarlo, no á nosotros; sólo decimos que nos dejéis vivir en América, agradecidos á nuestra falta de instituciones feudales. Nuestras casas y ciudades son como musgo y liquen, tan ligeras y nuevas; pero la juventud es una falta de que diariamente nos

enmendaremos. Y, realmente, al fin y al cabo, todos los países son iguales. El nuestro es también tan antiguo como el diluvio, y no necesita adorno ni privilegio que la Naturaleza puede dispensar. Aquí abundan las estrellas, los bosques, las colinas, los animales, los hombres y las vastas tendencias concurren á un nuevo orden. Si sólo los hombres están bien ocupados en conspirar con los designios del Espíritu que nos condujo acá y nos sigue guiando, avanzaremos rápidamente, oyendo las censuras de otros y lamentando las nuestras, hacia un nuevo estado social, el más grande que la historia ha recordado.

FIN

ÍNDICE

LA NATURALEZA

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I — Naturaleza	5
» II — Comodidad	9
» III — Belleza	12
» IV — Lenguaje	20
» V — Disciplina	29
» VI — Idealismo	38
» VII — Espíritu	49
» VIII — Perspectivas	53

DISCURSOS

El hombre pensador discurso pronunciado ante la Sociedad <i>Phi Beta Kappa</i> , en Cambridge, el 31 de Agosto de 1837.	65
Discurso pronunciado ante la clase de antiguos del Colegio de Dios, de Cambridge, en la tarde del domingo 15 de Ju- lio de 1838.	92
Ética literaria discurso pronunciado ante las Sociedades literarias del Colegio de Dartmouth, el 24 de Julio de 1838	116
El método de la Naturaleza discurso pronunciado ante la Sociedad de los Adelfos, en el Colegio de Waterville, en Maine el 11 de Agosto de 1841	141

	Páginas
El hombre reformador conferencia sobre algunos de los rasgos característicos del siglo actual, leída ante la Asociación de la Biblioteca de Mecánicos y Aprendices, en el Templo de Boston, de los Estados Unidos	166
El joven americano conferencia leída ante la Asociación de Biblioteca Mercantil en Boston (Estados Unidos), en el Odeón, el miércoles 7 de Febrero de 1844	186

OBRAS DE SOCIOLOGÍA

publicadas por la Casa Editorial LA ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Calle de Fomento, núm. 7, bajo, Madrid.

Caro.—*El suicidio y la civilización*, 3 pesetas —*El Derecho y la Fuerza*, 3 pesetas

Engels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, 6 pesetas.

Fouilléc.—*La Ciencia social contemporánea*, 8 pesetas —*Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*, 7 pesetas

Garófalo.—*La superstición socialista*, 5 pesetas.

Giddings.—*Principios de la Sociología*, 10 pesetas.

Grave.—*La Sociedad futura*, 8 pesetas.

Gumplowicz.—*Lucha de razas*, 8 pesetas —*Compendio de Sociología*, 9 pesetas

Janet.—*La familia*, 5 pesetas.

Kidd.—*La evolución social*, 7 pesetas.

Kropotkin.—*Campos, fábricas y talleres*, 6 pesetas.

Max-Muller.—*Origen y desarrollo de la religión*, 7 pesetas

Novicow.—*Los despilfarros de las sociedades modernas*, 8 pesetas —*El porvenir de la raza blanca*, 4 pesetas

Spencer.—*Los Datos de la Sociología*, 2 tomos, 12 pesetas —*Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas*, 9 pesetas —*Las Instituciones sociales*, 7 pesetas —*Las Instituciones políticas*, 2 tomos, 12 pesetas —*Las Instituciones eclesiásticas*, 6 pesetas —*Las Instituciones profesionales*, 4 pesetas —*Las Instituciones industriales*, 8 pesetas.—*La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal*, 7 pesetas —*La Justicia*, 7 pesetas —*La Beneficencia*, 6 pesetas.—*El Organismo social*, 7 pesetas —*El Progreso*, 7 pesetas —*Exceso de legislación*, 7 pesetas —*De las leyes en general*, 8 pesetas —*Ética de las prisiones*, 10 pesetas

Starccke.—*La familia en las diferentes sociedades*, 5 pesetas.

Stirner.—*El Único y su propiedad*, 9 pesetas

Sumner-Maine.—*Las Instituciones primitivas*, 7 pesetas.

Tarde.—*Las transformaciones del Derecho*, 6 pesetas —*Estudios penales y sociales*, 3 pesetas

Tolstoy.—*Placeres viciosos*, 3 pesetas —*El dinero y el trabajo*, 3 pesetas —*El Trabajo*, 3 pesetas —*Los Hambrientos*, 3 pesetas, —*¿Qué hacer?*, 3 pesetas.—*Lo que debe hacerse*, 3 pesetas

Varios autores.—Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buyla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Silva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc —*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

OBRAS DE HISTORIA

publicadas por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su
Administración, Calle de Fomento, núm. 7, bajo, Madrid.

Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.

Boissier.—Cicerón y sus amigos — *Estudio de la sociedad romana del tiempo del César*, 8 pesetas.

Campe.—Historia de América (2 tomos), 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa (2 volúmenes), 16 pesetas

Dowden.—Historia de la Literatura Francesa, 9 pesetas.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas

Fouillée.—Historia de la Filosofía (2 tomos), 12 pesetas

Fournier.—El ingenio en la Historia, 3 pesetas

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas — Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa (5 volúmenes), 34 pesetas.
—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas

Waliszewsky.—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo (2 volúmenes), 15 pesetas.

ORAS DE HIBITIA

ORAS DE HIBITIA





39092 09290695 9

39092 09290695 9

